

SAN JUAN EUDES

EL DIVINO
CORAZÓN DE JESÚS
DU DIVIN COEUR DE JÉSUS



EL DIVINO
CORAZÓN DE JESÚS

DU DIVIN COEUR DE JÉSUS

SAN JUAN EUDES

San Juan Eudes

El Divino Corazón de Jesús / San Juan Eudes ; traductor Álvaro Torres Fajardo. Bogotá: Corporación Universitaria Minuto de Dios — UNIMINUTO, 2021.

ISBN: 978-958-763-479-2

192 p.

1.San Juan Eudes -- 1601-1699 2.Virgen María -- Teología 3.Inmaculada concepción -- Teología 4. Cristianismo -- Teología 5.Sagrado corazón de Jesús -- Teología 6.Espiritualidad -- Teología i.Álvaro Torres Fajardo (traductor)

CDD: 922.22 E83d1 BRGH

Registro Catálogo UNIMINUTO No. 101557

Archivo descargable en MARC a través del link: <https://tinyurl.com/bib101557>



CONGREGACIÓN DE JESÚS Y MARÍA
PROVINCIA EUDISTA MINUTO DE DIOS



Nombre original: Du Divin Coeur De Jésus

Traducción: El Divino Corazón de Jesús

Presidente del Consejo de Fundadores

P. Diego Jaramillo Cuartas, CJM

Rector General Corporación Universitaria

Minuto de Dios - UNIMINUTO

P. Harold Castilla Devoz, CJM

Subdirectora Centro Editorial

Rocío del Pilar Montoya Chacón

Rector Bogotá Presencial

Jefferson Enrique Arias Gómez

**Facultad de Estudios Bíblicos, Pastorales y de
Espiritualidad**

P. Fidel Oñoro Consuegra, CJM

Unidad de Espiritualidad Eudista

P. Álvaro Duarte Torres, CJM

Esta obra se edita con el aval de la Congregación de Jesús y María – Padres Eudistas.

General de la Congregación de Jesús y María

P. Jean-Michel Amouriaux, CJM

Provincial Minuto de Dios

P. Camilo Bernal Hadad, CJM

Editio princeps:

San Juan Eudes

Oeuvres Complètes VIII

Traductor

P. Álvaro Torres Fajardo, CJM

Revisores

P. Jean-Michel Amouriaux, CJM

P. Álvaro Duarte Torres, CJM

D. Geovanny Colorado González, CJM

Diseño y Diagramación

Mauricio Salamanca

Impresión

Editorial Minuto de Dios

Corporación Centro Carismático Minuto de Dios

Corporación Universitaria Minuto de Dios - UNIMINUTO

Calle 81 B # 72 B - 70

Bogotá D.C. - Colombia

Segunda edición en español

* Reservados todos los derechos de esta edición a la Corporación Universitaria Minuto de Dios -UNIMINUTO y la Congregación de Jesús y María. La reproducción parcial de esta obra, en cualquier medio, incluido electrónico, solamente puede realizarse con permiso expreso de los editores y cuando las copias no sean usadas para fines comerciales. Los textos son responsabilidad del autor y no comprometen la opinión de UNIMINUTO.

CONTENIDO

Introducción	7
Presentación	13
Capítulo I	
El divino Corazón de Jesús, corona y gloria del santísimo Corazón de María.....	15
Capítulo II	
El divino Corazón de Jesús, hoguera de amor ardentísimo a su eterno Padre.....	17
Capítulo III	
El divino Corazón de Jesús, hoguera ardentísima de amor a su santísima Madre, y sus llamas resplandecen en los privilegios maravillosos de que la enriqueció	21
Capítulo IV	
Otro privilegio con que nuestro Salvador honra a su santísima Madre	27
Capítulo V	
El amor infinito de Jesús a su santa Madre llenó su Corazón de muy acerbos dolores al considerar los padecimientos que sufrió su Corazón virginal durante la pasión	31
Capítulo VI	
Ejercicios de amor y piedad sobre los dolores del divino Corazón de Jesús y del sagrado Corazón de María	39
Capítulo VII	
El divino Corazón de Jesús, hoguera de amor de la Iglesia triunfante, militante y purgante	45
Capítulo VIII	
El divino Corazón de Jesús, hoguera de amor para cada uno de nosotros.....	49
Capítulo IX	
El divino Corazón de Jesús, hoguera de amor para nosotros en el Santísimo Sacramento	55
Capítulo X	
El divino Corazón de Jesús, hoguera de amor a nosotros en su santa pasión.....	59
Capítulo XI	
El Corazón de Jesús es uno con el Corazón del Padre y del Espíritu Santo. El Corazón adorable de las tres divinas personas es hoguera de amor a nosotros	63



Capítulo XII	
El divino Corazón de Jesús, nuestro inmenso tesoro, Él es todo nuestro y el santo uso que nosotros debemos darle	69
Capítulo XIII	
Jesús nos ama como su Padre lo ama. Cómo debemos amarlo	75
Capítulo XIV	
Hermosas palabras de Lanspergio, santo doctor cartujo, sobre el divino Corazón de nuestro Salvador	81
Capítulo XV	
Palabras del seráfico san Buenaventura sobre el divino Corazón de Jesús.....	85
Capítulo XVI	
Ejercicios de amor y piedad al Corazón amable de Jesús, tomados de La Aljaba del divino amor, de Lanspergio, el cartujo.....	87
Capítulo XVII	
Otro ejercicio de amor al divino Corazón de Jesús, extracto de los “Ejercicios” de Santa Gertrudis “sobre la preparación a la muerte”	91
Capítulo XVIII	
Coloquio de un alma santa con el divino Corazón de Jesús.....	93
Capítulo XIX	
Otras maravillas del divino Corazón de Jesús.....	95
Capítulo XX	
Cuarenta llamas o aspiraciones de amor al amable Corazón de Jesús.....	99
MEDITACIONES SOBRE EL DIVINO CORAZON DE JESUS PRIMERA SERIE.....	105
Primera meditación	
Para la víspera de la fiesta. Disposiciones necesarias para prepararnos a celebrar bien esta fiesta.....	107
Segunda meditación	
Para el día de la fiesta. Cómo Jesús nos ha dado su Corazón	109
Tercera meditación	
Inmenso favor de Nuestro Señor al darnos esta fiesta	111
Cuarta meditación	
El santísimo Corazón de Jesús es nuestro refugio, oráculo y tesoro.....	115
Quinta Meditación	
El Divino Corazón de Jesús, modelo y norma de nuestra vida.	119

Sexta Meditación	
Jesús nos da su Corazón para que sea nuestro corazón	123
Septima meditación	
Humildad profundísima del divino Corazón de Jesús	127
Octava meditación	
El Corazón de Jesús es el Rey de los mártires	131
Novena meditación	
El Corazón de Jesús es el Corazón de María.....	135
SEGUNDA SERIE	139
Primera meditación	
La Santísima Trinidad vive y reina en el Corazón de Jesús.....	141
Segunda meditación	
El Corazón de Jesús es el Santuario y la imagen de las perfecciones divinas.....	145
Tercera meditación	
El Corazón de Jesús es el templo, el altar y el incensario del amor divino.....	147
Cuarta meditación	
Con amor inmenso y eterno nos ama el Corazón de Jesús	151
Quinta meditación	
El Corazón de Jesús es el principio de la vida del Hombre-Dios, de la vida de la Madre de Dios y de la de los hijos de Dios	155
Sexta meditación	
Tres son los Corazones de Jesús, que sin embargo no forman sino uno solo	157
Séptima meditación	
Los milagros del Corazón de Jesús	161
Octava meditación	
El Corazón de Jesús es hoguera de amor que purifica, ilumina, santifica, transforma y deifica los corazones	165
Conclusión de esta obra	
Elevación a la santísima Virgen para agradecerle, encomendarle la Congregación de Jesús y María y pedirle buena y santa muerte	169
LETANÍAS	
En honor del muy adorable Corazón de Jesús para la víspera, el día y la octava y la fiesta del divino Corazón	177
OREMOS.....	181
HIMNOS	
En honor del divino Corazón de Jesús	183

INTRODUCCIÓN

Una rica iniciativa yace en la nueva publicación en español del Libro XII de *El Corazón Admirable de la Sagrada Madre de Dios*, titulado *El Divino Corazón de Jesús*, escrito por san Juan Eudes. En el siglo XVII, este mismo libro fue publicado en el conjunto de Obras Completas en francés dentro del volumen VIII, al año siguiente de la muerte de su autor en 1681.

Esta obra de más de 1200 páginas ocupa un lugar muy especial en la vida de San Juan Eudes. En efecto, la redacción de este libro se menciona en el *Memoriale beneficiorum Dei*, un diario personal en el que Juan Eudes da cuenta de los acontecimientos que le suceden y agradece por esto a Dios. En el último párrafo, escrito de su mano y letra, Juan Eudes coloca una nota para la finalización del libro y, en cierto sentido, también, de su propia historia, con la conciencia de haber realizado una obra magistral:

Hoy, veinticinco de julio de este año de 1680, Dios me concedió la gracia de terminar mi libro sobre el Corazón admirable de la santísima Madre de Dios.

*¡Oh Trinidad sacrosanta,
Vida eterna de los corazones,
Santidad del Corazón de María,
Reina en todos los corazones. ¡Amén!*



Después de esto, la salud del padre Eudes se deterioró, aun así, pese a su enfermedad, Juan Eudes finalizó la escritura de su libro y murió el 19 de agosto rodeado de sus hermanos. La última parte de este gran escrito corresponde al libro XII. Sin lugar a duda, san Juan Eudes realizó con la gracia de Dios este verdadero tratado de teología espiritual, sin equivalente en la historia de la espiritualidad.

¿En qué momento surge el amor y la devoción para que San Juan Eudes escriba sobre el Corazón de Jesús? Son varias las menciones a las que podríamos aludir. Quizá ya en 1648 cuando escribió las oraciones de la Misa y los oficios en honor del Sagrado Corazón de María celebrados, públicamente, por primera vez el 8 de febrero de ese año. Por otra parte, en una carta dirigida a la Congregación en julio de 1672 para preparar a las comunidades a celebrar la fiesta en honor del Corazón de Jesús (20 de octubre de 1672), el padre espiritual de los Eudistas menciona la propia fundación de la Congregación, 1643, como punto de referencia para la devoción a los Corazones de Jesús y María:

«Nuestro designio ha sido siempre, desde los comienzos de nuestra Congregación, contemplar y honrar estos dos amables corazones como un mismo Corazón, en unidad de espíritu, de sentimiento y de afecto, como aparece de manera muy clara en la Salutación (*Ave Cor*) que a diario dirigimos al divino Corazón de Jesús y de María.»

Así, parece que *El Corazón Admirable de la Sagrada Madre de Dios* es el fruto de toda una vida de misión y oración, de lectura y meditación. Si el primer gran libro de San Juan Eudes: *La vida y el reino de Jesús en las almas cristianas*, publicado en 1637, ofrece la matriz de su enseñanza espiritual, *El Corazón admirable* es el fruto que ha alcanzado la madurez, para el sustento y deleite espiritual de los discípulos de Cristo. En esta rica obra, el último Libro, *Del Divino Corazón de Jesús*, es el centro de esta nueva publicación.

El Libro XII consta de dos partes a las que se añaden apéndices (letanías, aprobaciones, etc.). La primera parte, compuesta por 20 capítulos, sigue una construcción teológica que retoma un orden frecuentemente utilizado por Juan Eudes. Así, cuando habla de la formación de Jesús en la vida de los discípulos, recogiendo la expresión de San Pablo a los Gálatas (Cf. Ga 4,19), detalla la acción del Padre, la de la Virgen María, la misión de la Iglesia y nuestra parte, es decir, nuestra colaboración en la gracia recibida.

El mismo esquema se sigue con respecto al Corazón de Jesús. Después de haber establecido, en el primer capítulo, el vínculo entre los once libros anteriores sobre el Corazón de María y el nuevo libro que se ofrece a la meditación del lector, Juan Eudes aborda sucesivamente la relación del Corazón de Jesús con Dios Padre (capítulo 2), con su Madre - la Virgen María - (capítulos 3 a 6), con la Iglesia (capítulo 7) y con nosotros (capítulos 8 a 13), en términos de la alianza que hay que vivir con él en la experiencia de la fe. Esta construcción sistemática conduce a una visión que abarca el conjunto de los misterios revelados por Dios y celebrados en la Iglesia, pues se trata de mostrar que el culto al Corazón de Jesús recapitula los misterios, en un simbolismo obvio, -el corazón-, para un mensaje que puede entenderse directamente: el amor de Dios se ha manifestado en plenitud en su Hijo, y ahí está la fuente de la salvación del mundo.

Los capítulos 14 a 19 son extractos de autores espirituales, de los que Juan Eudes se inspira directamente para apoyar su argumentación, a menudo textos de tono místico, mostrando así las lecturas y los centros de interés de nuestro autor. Esta edición en español, permite la actualización en aclaraciones y correcciones sobre los autores y las obras citadas.

El vigésimo y último capítulo es precisamente un exuberante estallido de 40 llamas de amor al Corazón de Jesús, un texto sublime de alta contemplación, como la respuesta múltiple de San Juan Eudes ante la inmensidad del misterio.

La segunda parte del Libro XII consta de dos series de meditaciones. La primera serie de nueve meditaciones trata directamente de la preparación y el significado de la fiesta litúrgica en honor del Corazón de Jesús. La segunda serie, de ocho meditaciones, es de contenido teológico, con un énfasis tautológico, acento muy presente en nuestro autor. Juan Eudes pretende mostrar que la culminación de sus observaciones es la contemplación del Corazón de Jesús en el centro de la historia de la salvación, el corazón del mundo transfigurado por el amor eterno.

Por último, no debemos olvidar lo que se presenta como conclusión de *El Corazón Admirable de la Sagrada Madre de Dios* al final del Libro XII. Se trata de un texto muy personal de San Juan Eudes, en el que se dirige a la Virgen María, con devoción y cariño, reconociendo que ha recibido la gracia particular de conocer el misterio del amor divino manifestado en el Corazón de Jesús y en el de María:



“Me faltan las palabras que puedan expresar la excelencia infinita del favor incompreensible que me hiciste al darnos a mis hermanos y a mí el Corazón adorable de tu amadísimo Hijo, con el tuyo amabilísimo, para ser el Corazón, la vida y la regla viviente de nuestra Congregación.”

¿Cómo podemos leer esta obra hoy?

Un primer nivel de lectura consiste en saborearlo, en el sentido de dejarse embargar por la emoción y el afecto con que Juann Eudes lo escribió. Es una lectura literaria, sabiendo apreciar el escrito en sí mismo, como la puerta abierta para ir más allá en su significado. Juan Eudes quiso cantar y magnificar el amor de Dios porque percibió la llama viva y pura del amor divino en el Corazón de Jesús y en el Corazón de María y, sin duda, en su propio corazón humano. Es bueno dejarse arrastrar por este entusiasmo, en el primer sentido de la palabra, para llenarse de Dios. No hay que avergonzarse de una espiritualidad afectiva, que toca una parte importante de nuestro ser humano, que el Verbo ha asumido plenamente.

El segundo nivel de lectura es teológico. Juan Eudes maneja los datos de la revelación cristiana con gran destreza, lo que exige una atención sostenida por parte del lector. El padre Eudes apunta a la coherencia del misterio divino manifestado en la revelación y explicado en la Tradición de la Iglesia, particularmente en los Concilios Ecuménicos. Nunca separa la visión del Misterio de Cristo en la comunión trinitaria y en su encarnación; se refiere fielmente al fruto de la encarnación, a saber, la unión realizada entre la naturaleza humana y la naturaleza divina. Se apoya en un esquema antropológico donde la persona humana se realiza en la relación de fe.

La lectura teológica es, pues, sorprendentemente rica, como subraya la encíclica del Papa Pío XII cuando dice que el culto al Corazón de Jesús es la realización más integral de la religión cristiana, ya que todo está unificado por el amor del Corazón de Jesús:

“Siendo esto así, fácilmente se deduce que el culto al Sacratísimo Corazón de Jesús no es sustancialmente sino el mismo culto al amor con que Dios nos amó por medio de Jesucristo, al mismo tiempo que el ejercicio de nuestro amor a Dios y

a los demás hombres. Dicho de otra manera: Este culto se dirige al amor de Dios para con nosotros, proponiéndolo como objeto de adoración, de acción de gracias y de imitación.” (*Haurietis aquas*, n°29)

Un tercer nivel de lectura es el de la mística. El estilo de San Juan Eudes refleja su experiencia y lleva a cada uno a vivirla en su singularidad. La mística es el fruto esperado de la teología, ya que lo que esta contempla es el amor, que, como tal, no puede ser estudiado como objeto, a riesgo de perder el sentido mismo de lo que es.

Las palabras de Juan Eudes conducen claramente en esta dirección de la experiencia: la captación por lo que se contempla. Cuando insiste en el don del Corazón - “Jesús nos da su Corazón para que sea nuestro corazón” - o en la acción del Corazón de Jesús - “horno de amor purificador, iluminador, santificador, transformador y divinizador”-, el lector no puede quedarse fuera de lo que lee y comprende. Él entra en una experiencia que llega a su ser personal, hasta hacerle sentir la increíble cercanía a su interioridad más íntima del misterio mismo de Dios. A partir de esta experiencia, el corazón humano, transformado o transfigurado por el amor, se convierte en una fuente de caridad que fluye a torrentes, que no cesa de inventar formas posibles para transmitir, para dar vida, para ofrecer a su vez la experiencia del amor divino. Esto alimentó al siervo de Dios, Rafael García-Herreros, que fue tocado por el Corazón de Jesús hasta el punto de convertirse en un apasionado testigo del mismo. El Corazón de Jesús está sin duda en el origen de El Minuto de Dios.

¡Qué bueno es que estas páginas de San Juan Eudes se pongan más a disposición del Pueblo de Dios! Juan Eudes es un evangelizador y formador, y este es también el sentido de su abundante producción literaria: anunciar el misterio de Cristo y formar discípulos. El planteamiento actual de la Iglesia es el mismo, en su búsqueda de evangelizar y formar, con la gran gracia de poder contar con autores sólidos como San Juan Eudes “padre, doctor y apóstol del culto litúrgico a los corazones de Jesús y de María”, según los términos de San Pío X en el momento de su beatificación, que luego fueron retomados en el momento de su canonización.

Se nos ha confiado un tesoro a través de este Libro XII, a nosotros nos corresponde hacerlo fructificar para nuestro tiempo.

P. Jean-Michel Amouriaux, CJM

PRESENTACIÓN

Pensó san Juan Eudes que su obra sobre el Corazón Admirable de María debía culminar con una meditación teológica y espiritual sobre el que prefería llamar EL DIVINO CORAZÓN DE JESÚS. Dedicó a este tema el libro doce de su obra. Es quizás el texto más rico que existe sobre el Corazón de Jesús, estudiado no solo desde la teología sino también desde la experiencia espiritual de un santo. Su concepto del término corazón se acerca mucho al lenguaje bíblico correspondiente. Es la interioridad de la persona en su dimensión de pensamiento, voluntad, sentimiento, amor, responsabilidad y decisión. Y tratándose de Jesús, Verbo encarnado, no puede no hablar de un corazón divino, pero también de un corazón humano en la unidad de una persona.

Se adentra en el misterio de Dios, Trinidad de personas. El Corazón de Jesús es el Corazón del Padre y del Espíritu Santo. Toda la obra divina de la creación y de la salvación, su intervención en la historia, tiempo y espacio, en el misterio de la encarnación y la redención son expresamente vistos desde la riqueza del contenido del corazón. Vive ese misterio, divino y humano, de manera muy sentida en su larga meditación sobre la pasión de Cristo, seguida y padecida por Jesús y María, cada uno en su corazón, dos corazones que son una sola realidad.

Ofrece esta doctrina en textos de meditación espiritual en fórmulas de himnos para la liturgia y de letanías para el uso personal piadoso. Concluye su obra con una hermosa elevación a María, donde repasa momentos de su vida y ora apasionadamente por su pequeña comunidad. Es un texto para leer y meditar.

CAPITULO I

EL DIVINO CORAZÓN DE JESÚS, CORONA Y GLORIA DEL SANTÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA

No es justo separar dos cosas que Dios ha unido tan íntimamente por los vínculos más fuertes y por los nudos más estrechos de la naturaleza, de la gracia y de la gloria. Me refero al divino Corazón de Jesús, Hijo único de María, y al Corazón virginal de María, Madre de Jesús. Es el Corazón del mejor Padre que pueda existir y de la mejor Hija que haya existido o pueda existir jamás. Es el Corazón del más divino de todos los esposos y de la más santa de todas las esposas. Es el Corazón del más amante de todos los Hijos y de la más amante de todas las Madres. Son dos Corazones, reunidos por el mismo espíritu y por el mismo amor que une al Padre de Jesús con su Hijo muy amado, para no formar sino un solo corazón, no en unidad de esencia, como es la unidad del Padre y del Hijo, sino en unidad de sentimiento, afecto y voluntad.

Estos dos Corazones de Jesús y de María están unidos tan íntimamente, que el Corazón de Jesús es el principio del Corazón de María, como el creador es el principio de su criatura; y el Corazón de María es el origen del Corazón de Jesús, como la madre es el origen del corazón de su hijo. ¡Qué portento! El Corazón de Jesús es el Corazón, el alma, el espíritu y la vida del Corazón de María, que no tiene ni movimiento, ni sentimiento, sino por el Corazón de Jesús y el Corazón de María es la fuente de vida del Corazón de Jesús, que residió en sus benditas entrañas, como el corazón de la madre es el principio de la vida del corazón de su hijo.



Finalmente, el Corazón adorable de Jesús es la corona y la gloria del amable Corazón de la reina de los santos, puesto que es gloria y corona de todos los santos. De la misma manera el Corazón de María es la gloria y la corona del Corazón de Jesús porque le da más honor y gloria que todos los corazones del paraíso reunidos. Después de haber hablado tan extensamente del Corazón augusto de María es, por tanto, muy razonable no terminar esta obra sin decir algo del Corazón admirable de Jesús. Pero ¿qué es posible decir acerca de tema tan inefable, inmenso, incomprensible e infinitamente elevado por encima de todas las luces de los querubines? Ciertamente todas las lenguas de los serafines serían demasiado débiles para hablar dignamente de la menor chispa de ese horno abrasado del divino amor.

¿Cómo un miserable pecador, lleno de tinieblas e iniquidades, osará acercarse a este abismo de santidad? ¿Cómo se atreverá a mirar este temible santuario, oyendo resonar en sus oídos aquellas tremendas palabras: tiemblen a la vista de mi santuario? (Lev. 26, 2). Oh, mi Señor Jesús, borra en mí todas mis iniquidades, a fin de que merezca entrar en el Santo de los santos, con espíritu puro, con pensamientos santos, y con palabras inflamadas en el fuego del cielo que trajiste a la tierra, que ese fuego inflame los corazones de los lectores.

CAPÍTULO II

EL DIVINO CORAZÓN DE JESÚS, HOGUERA DE AMOR ARDENTÍSIMO A SU ETERNO PADRE

Infinitas razones nos obligan a tributar al divino Corazón de Jesús nuestras adoraciones y homenajes, con devoción y respeto extraordinarios. Estas razones se señalan en tres palabras de san Bernardino de Siena: horno de ardentísima caridad para inflamar e incendiar todo el universo¹. Ciertamente este admirable Corazón de Jesús es horno de amor a su divino Padre, a su santísima Madre, a su Iglesia triunfante, militante y purgante y a cada uno de nosotros en particular, según veremos en los capítulos siguientes.

Pero consideremos primero las ardientes llamas de esta hoguera de amor al Padre celestial. Mas, ¿qué inteligencia podría concebir y qué lengua podría expresar la mínima centella del amor infinito a su Padre en que se abraza el Corazón del Hijo? ¡Es amor digno de tal Padre y de tal Hijo! ¡Es amor que iguala maravillosamente las perfecciones inefables de su objeto amado! ¡Es Hijo infinitamente amante que ama a un Padre infinitamente amable! ¡Dios que ama a otro Dios! ¡Amor esencial, que ama al amor eterno; amor inmenso, incomprensible, infinitas veces infinito, que ama a un amor inmenso, incomprensible ¡infinitas veces infinito! Si lo miramos como hombre o como Dios, el Corazón de Jesús arde en amor a su

¹ Sermón 514, Sobre la pasión del Señor, p. 2. También fue utilizado por santa Margarita María Alacoque, haciendo referencia a su experiencia frente a la exposición del Santísimo Sacramento. También sabemos que, en la imagen de Nuestra Señora de los Corazones, san Juan Eudes ha presentado los Sagrados Corazones de Jesús y de María con el símbolo de una hoguera de amor donde los discípulos encienden antorchas para llenar de brasas el universo.



Padre y lo ama infinitamente más en cada momento que los ángeles y los santos todos juntos, por toda la eternidad.

Y, como no hay mayor amor que dar la vida por el amado, el Hijo de Dios ama tanto a su Padre que por Él sacrificaría aún la suya, como lo hizo en la cruz, y con los mismos tormentos, por amor a su Padre, (si tal fuera el divino beneplácito). Y siendo tan inmenso este amor, en medio de dolores entregaría su vida por el mundo, como ya la entregó en el Calvario; y siendo amor eterno, la sacrificaría eternamente y con eternos dolores; y siendo amor infinito, estaría dispuesto a hacer este sacrificio infinitas veces, si posible fuera, y con infinitos sufrimientos.

¡Oh, Padre divino, creador y conservador del universo, nadie tan amable como tú! Tus infinitas perfecciones y las bondades que abrigas en tu Corazón imponen a todos los seres que creaste la obligación de servirte, honrarte y amarte con todas las fuerzas. Y sin embargo nadie en el mundo es tan poco amado como tú, nadie tan ultrajado y despreciado de gran parte de vuestras criaturas: Me han odiado a mí y a mi Padre, dijo vuestro Hijo Jesús; y me odian sin motivo, (Jn. 15, 24-25), a mí que nunca les he hecho mal alguno, sino, al contrario, los he colmado de bienes. Veo el infierno lleno de innumerables demonios y condenados que te lanzan sin cesar millones de blasfemias y veo la tierra repleta de infieles, herejes y falsos cristianos que te tratan como a su mayor enemigo.

Sin embargo, dos motivos me llenan de consuelo y alegría. El primero, que tus perfecciones y grandezas, oh, Dios mío, sean tan admirables, y sean de tu complacencia infinita el amor eterno de tu Hijo y todas las obras que con este amor hizo y sufrió para reparar las ofensas de tus enemigos, ultrajes que no son ni serán nunca capaces de menoscabar en lo más mínimo tu gloria y felicidad.

El segundo, me regocija que, queriendo este Hijo eterno, muy amado, en exceso de su incomparable bondad, ser nuestra cabeza y nosotros sus miembros, nos ha asociado a él en el amor que te profesa, y por consiguiente nos ha dado el poder de amarte con este mismo amor, es decir, con amor, en cierto modo, eterno, inmenso e infinito.

Para entender esto, mi querido lector, advierte tres puntos: primero, que siendo eterno este amor de Jesús por su Padre, no pasa, sino que eternamente subsiste

y es siempre estable y permanente. Segundo, que, como este amor llena todas las cosas por su inmensidad, está en nosotros y en nuestro corazón: *Intimo meo intimior*, más adentro de mi propia intimidad, dice san Agustín.

Tercero, que, habiéndonos dado todo el Padre de Jesús al darnos a su Hijo en él nos lo dio todo (Rom. 8, 32) este amor del Hijo de Dios a su Padre es nuestro y podemos y debemos usarlo como algo propio. Con mi Salvador, puedo, por tanto, amar a su divino Padre y Padre mío, con el mismo amor con que él lo ama, es decir, con amor eterno, inmenso e infinito. Puedo practicarlo así:

¡Oh, mi Salvador, me doy a ti para unirme al amor eterno, inmenso e infinito que tienes a tu Padre! ¡Oh, Padre adorable, te ofrezco todo este amor eterno, infinito e inmenso de vuestro Hijo Jesús, como un amor que es mío! Y así como este Salvador nos dijo: los amo como mi Padre me ama (Jn. 15, 9), puedo yo también decirles: ¡Oh, Padre divino, te amo como tu Hijo te ama!

Y como el amor del Padre a su Hijo no es menos mío que el amor del Hijo a su Padre, puedo usar, como de algo mío, este amor del Padre al Hijo, diciendo, por ejemplo:

¡Oh, Padre de Jesús, me doy a ti, para unirme al amor eterno, inmenso e infinito que tienes a tu amado Hijo! ¡Oh, Jesús mío, te ofrezco todo el amor eterno, inmenso e infinito que tu Padre te tiene y te lo ofrezco como amor que me pertenece! De esta manera, como Jesús me dijo: te amo como mi Padre me ama, puedo recíprocamente decirle: ¡Oh, Salvador mío, te amo como tu Padre te ama! ¡Oh bondad inefable, oh amor admirable! ¡Oh dicha indecible!

Que el Padre eterno nos dé su Hijo, y con él nos dé todo, y nos lo dé no sólo para que sea nuestro redentor, nuestro hermano, nuestro Padre, sino también para que sea nuestra Cabeza. ¡Oh, qué ganancia ser miembros del Hijo de Dios y no ser sino uno con él, como los miembros son uno con la cabeza; y por consiguiente no tener sino un espíritu, ¡un corazón y un amor con él y poder amar a su divino Padre y Padre nuestro con un mismo corazón y un mismo amor con él!

No hay que extrañarse, pues, si hablando de nosotros al Padre celestial, le dice: «Los amaste como a mí mismo» (Jn. 15, 23); y si le ruega que nos ame siempre



así: El amor con que me amaste esté en ellos (Jn. 17,26). Ahora bien, si amamos a este Padre tan amable como lo ama su Hijo no debemos sorprendernos si nos ama con el mismo amor con que ama a su Hijo, ya que mirando a nosotros en él, como a miembros suyos, que no formamos sino uno con él, encuentra que lo amamos con su Hijo con un mismo corazón y un mismo amor. No nos extrañemos, pues, si nos ama con el mismo corazón y el mismo amor con que ama a su Hijo.

¡Oh, que el Cielo, la tierra y todo lo creado se transforme en puro amor a este Padre de bondades y al Unigénito de su divino amor!, como dice san Pablo: nos trasladó al reino del Hijo de su amor (Col 1, 13).

CAPÍTULO III

EL DIVINO CORAZÓN DE JESÚS, HOGUERA ARDENTÍSIMA DE AMOR A SU SANTÍSIMA MADRE, Y SUS LLAMAS RESPLANDECEN EN LOS PRIVILEGIOS MARAVILLOSOS DE QUE LA ENRIQUECIÓ

Verdad evidente esta: las soberanas e inconcebibles gracias con que nuestro salvador colmó a su bienaventurada Madre ponen de manifiesto su amor sin límites ni medida. Ella es el primero y más digno objeto, después de su divino Padre, de su amor, puesto que la ama infinitamente más que a todos sus ángeles, santos y criaturas juntas. Los extraordinarios favores con que la honró y los maravillosos privilegios con que la distinguió de todas las criaturas son pruebas de esta verdad.

Veamos estos privilegios. El primero es la elección que de ella hizo el Hijo de Dios, desde toda la eternidad, para elevarla sobre toda criatura, para establecerla en el más alto trono de gloria y de grandeza y para darle la más admirable de todas las dignidades, la de ser Madre de Dios

Vengamos de la eternidad a la plenitud de los tiempos y veremos que esta sagrada Virgen es la única entre las hijas de Adán, preservada, por privilegio especialísimo de Dios, del pecado original. En testimonio de lo cual la Iglesia celebra cada año la fiesta de su Inmaculada Concepción.



El amor del Hijo de Dios a su dignísima Madre, no sólo la preservó del pecado original, sino que la colmó, desde su concepción, de gracia tan eminente, que, según muchos teólogos, sobrepasó la gracia del primero de los serafines y la del mayor de los santos. Entre todos los hijos de Adán, sólo ella disfruta de este privilegio. También es la única privilegiada desde el primer momento de su vida, con la luz de la razón y de la fe, por la cual comenzó a conocer desde entonces a Dios, a adorarlo y a entregarse a él.

Por otro privilegio, comenzó desde el primer momento de su vida a amar a Dios y con mayor ardor que los mismos serafines. Sólo ella lo amó sin interrupción alguna durante todo el tiempo de su vida. Se dice con razón que no hizo sino un sólo acto de amor desde el primero hasta el último momento de su vida. Acto que jamás fue interrumpido.

Sólo ella cumplió siempre perfectamente el primero de los mandamientos divinos: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas». De aquí que muchos doctores de la Iglesia aseguren que su amor aumentaba cada hora; cada momento según algunos, pues cuando un alma, dicen ellos, hace un acto de amor con todo su corazón y con toda la gracia que en sí tiene, su amor crece. De suerte que como esta sagrada Virgen amaba a Dios continuamente con todo su corazón y con todas sus fuerzas, si tuvo diez grados de amor en el primer instante de su vida, en el segundo tendría veinte, cuarenta en el tercero y así iba creciendo su amor, duplicándose cada momento o por lo menos cada hora durante toda su vida. Juzga, entonces, qué incendio de amor divino abrasaría a este corazón virginal en los últimos días de su vida en la tierra

Sigamos considerando los privilegios singulares con que el Unigénito enriqueció a su divina Madre. Solamente ella pudo merecer con sus oraciones y lágrimas, según algunos doctores, anticipar la encarnación de su Hijo.

Nada más que ella hizo nacer de su propia substancia, al nacido desde toda la eternidad en el seno de Dios. En efecto, dio parte de su substancia virginal y de su purísima sangre para formar la humanidad santa del Hijo de Dios. Cooperó además con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo a la unión que se hizo de su substancia con la persona del Hijo de Dios, cooperando así a la realización del misterio de la encarnación, que es el mayor milagro que Dios hizo, hará y pueda hacer.

Hay otro privilegio maravilloso de esta divina Virgen: su sangre purísima y su carne virginal quedaron unidas para siempre, por la unión hipostática, a la persona del Verbo encarnado. Por esta razón la carne y sangre virginales de María son adorables en la humanidad del Hijo de Dios, con la misma adoración debida a esta humanidad y serán objeto de las adoraciones de los ángeles y los santos. ¡Oh privilegio incomparable! ¡Oh, inefable amor de Jesús a su santísima Madre!

Aún más. Esta Madre admirable proporcionó también la carne y la sangre de que fue formado el corazón admirable del niño Jesús; y este corazón recibió alimento y crecimiento de esa sangre durante los nueve meses que vivió en las purísimas entrañas de la bienaventurada Virgen y después, durante unos tres años, fue alimentado de su leche virginal

Esta incomparable Virgen es la única que ocupa el lugar de Padre y Madre respecto a Dios y por consiguiente la única que tiene sobre él autoridad de tales; es obedecida por el monarca del universo, teniendo por ello derecho a los honores de todo cuanto Dios ha creado.

Solo ella es a la vez Madre y Virgen y según algunos doctores, hizo voto de virginidad desde el momento de su Inmaculada Concepción. Solo ella llevó en sus benditas entrañas durante nueve meses al que el Padre eterno lleva en su seno durante toda la eternidad.

Solo ella alimentó y dio vida al que es la vida eterna y da vida a todo viviente. Solamente ella, en compañía de san José, vivió de continuo por espacio de treinta y cuatro años con el adorable Salvador. ¡Prodigio admirable! El divino redentor vino a la tierra para salvar a los hombres y, sin embargo, no les concedió sino tres años y tres meses de su vida para instruirlos y predicarles; en cambio empleó más de treinta años con su santa Madre, para santificarla más y más. ¡Oh! qué torrentes de gracias y bendiciones derramaría incesantemente, durante aquel tiempo, en el alma de su bienaventurada Madre, que tan bien dispuesta estaba a recibir las. ¿Con qué incendios y celestiales llamaradas el divino Corazón de Jesús, horno de amor ardentísimo, abrasaría el corazón virginal de su dignísima Madre? Recordemos la unión estrechísima de uno y otro cuando lo llevó en sus entrañas y cuando lo alimentaba con su sagrada leche; cuando lo llevaba en sus brazos y cuando lo estrechaba contra su pecho; cuando vivió en íntima familiaridad con



él, bebiendo, comiendo y orando a Dios con él, y cuando escuchaba sus divinas palabras que como carbones encendidos, inflamaban más y más su santísimo corazón en el fuego sagrado del amor divino.

¿Quién sería capaz de explicar el amor a Dios en que estaría abrasado el corazón de la Madre del salvador? En verdad, suficiente motivo hay para creer que si su Hijo no la hubiera conservado milagrosamente hasta el momento en que fue trasladada al cielo, hubiera muerto de amor, no solo una vez, como santa Teresa, sino mil y mil veces, pues su amor era casi infinitamente más ardiente que el de santa Teresa, y ya, desde su infancia, tenía lo bastante para morir de tal muerte de la que efectivamente murió, cuando su Hijo lo tuvo a bien, para hacerla vivir con él la más dichosa y feliz vida que pueda haber después de la suya.

Digamos también de esta maravillosa Virgen, que sólo ella, fuera de su Hijo, fue subida en cuerpo y alma al cielo, conforme a la tradición y al sentir de la Iglesia que celebra esta festividad por todo el mundo.

Sólo ella ha sido elevada por encima de todos los coros de los ángeles y de los santos, colocada a la diestra de su Hijo, coronada como Reina de cielos y tierra.

Sólo ella tiene todo poder en la Iglesia triunfante, militante y purgante: Mi poder está en Jerusalén (Sirá. 4, 1-5). Tiene ella más poder ante su Hijo Jesús, que todos los moradores del cielo juntos. Dice de ella el Cardenal Pedro Damián: “Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra”.

San Anselmo señala otro privilegio particular, cuando dice “Señora mía, si tú no pides nadie lo hará, pero cuando pides, todos los santos oran contigo”.

¿No resulta de lo dicho que es inmenso el número de privilegios con que nuestro Salvador honró a su santísima Madre? ¿Quién lo obligó a hacerlo? El amor ardentísimo que abrasaba su corazón filial. ¿Por qué tanto amor?

1. Porque es su Madre, de quien recibió nuevo ser y nueva vida en la tierra.
2. Porque ella le ama más que todas las criaturas juntas.
3. Porque cooperó con él en la redención del mundo, su gran obra.

En efecto, le dio un cuerpo mortal y pasible para que soportara todos los sufrimientos de su pasión; le proveyó de la sangre preciosa que derramó por nosotros; le dio la vida que inmoló por nuestra salvación y ofreció ella misma su sangre y su vida.

Siendo esto así, ¿no estaremos nosotros obligados a amarla, servirla y honrarla de todas las maneras posibles? Amémosla, pues, juntamente con su Hijo Jesús y si los amamos, odiamos lo que odian y amemos lo que aman. Tengamos con ellos un sólo corazón que deteste lo que detestan, esto es, el pecado, en particular contra la caridad, la humildad y la pureza; que ame lo que aman, en especial a los pobres, las cruces y las virtudes cristianas. ¡Oh! Madre de bondad, alcázame de tu Hijo estas gracias.

CAPÍTULO IV

OTRO PRIVILEGIO CON QUE NUESTRO SALVADOR HONRA A SU SANTÍSIMA MADRE

Agreguemos otro privilegio con que el Hijo de Dios glorifica a su santísima Madre; privilegio superior a todos los precedentes. Y es el de, no sólo ser asociada eternamente a la paternidad adorable del eterno Padre, sino, además, el conservar en el cielo la autoridad de Madre que poseía en la tierra: Les estaba sumiso (Lc. 2, 5-1). Le da más gloria este privilegio que el imperio de cien millones de mundos. Porque, aunque su Hijo la supera infinitamente en gloria, poder y majestad, sin embargo, la mirará y honrará eternamente como a su verdadera Madre. El ser Hijo de Dios, dice san Ambrosio, no le eximía en la tierra, de la obligación divina y natural de la obediencia a su Madre: les estaba sumiso. Sujeción de ninguna manera vergonzosa sino honorable y gloriosa, pues era voluntaria y piadosa no ciertamente era debilidad esta sumisión sino amor filial dice este santo Padre.

En fin, muchos santos doctores afirman que la Madre del Salvador tenía sobre la persona de su Hijo verdadero dominio, sea por derecho natural, sea por bondad y humildad de su Hijo. El mayor de todos los nombres de esta divina Virgen dice Gerson, es el de Madre de Dios, porque esta cualidad le da autoridad y dominio natural sobre el Señor de todo el mundo². No cabe imaginar que su Hijo le haya dado este poder en la tierra y se lo haya quitado en el cielo, pues la respeta y ama en el cielo tanto como en la tierra.

2 Sermón sobre la Anunciación



Siendo eso así, ¿no hay que creer que es tan poderosa en el cielo como en la tierra y que conserva cierta autoridad sobre su Hijo? Igual poder tienen la Madre y el Hijo, dice Amoldo de Chartres y Ricardo de San Lorenzo: fue constituida omnipotente por el Hijo todopoderoso.

Teniendo Hijo y Madre una misma carne, un mismo corazón y una misma voluntad, tienen en cierta manera el mismo poder. «Nada resiste a tu poder», dice a la Virgen Jorge, Arzobispo de Nicomedia, todo cede a tu fuerza y a tus mandatos, todo obedece a tu imperio; el que de ti nació, te elevó sobre toda criatura; tu creador hace de tu gloria la suya, y se considera honrado por los mismos que a ti te honran; “se alegra tu Hijo al ver el honor que te tributamos y como si cumplierse deberes contigo, te concede gustoso cuanto le pides”³

De veras sabemos, agrega san Anselmo, que la Virgen bendita está tan llena de gracia y de méritos, que obtiene siempre el efecto de todos sus deseos: “Sabemos que la Santísima Virgen tiene un mérito y una gracia tan grandes para con Dios que ninguna de las cosas que quiere lograr puede, en alguna medida, estar libre de efecto”⁴

Imposible, dice san Germán arzobispo de Constantinopla, que no sea escuchada en todo y por todo, puesto que su Hijo está siempre sumiso a su voluntad “No se puede escuchar cuando Dios se comporta como su verdadera Madre en todo, en todas las cosas y en todos los aspectos”⁵

De dos cosas me asombro dice san Bernardo, ambas portentosas: que Dios obedezca a una mujer es humildad sin igual y que una mujer tenga poder sobre un Dios es sublimidad sin par. De aquí que no teme decir el cardenal Pedro Damiani que esta bondadosísima Virgen se presenta en el cielo, no sólo como sierva, sino como madre que ordena⁶. Suplica al Padre, manda al Hijo; con derecho de Madre ejerce su autoridad. Así canta la Iglesia de París en una secuencia: cuando tienes algo que pedir al eterno Padre, divina Virgen, oras y suplicas; pero si es al Hijo, la autoridad de Madre te da derecho de usar del mandato.

3 Orat. De Oblat. Deiparae

4 De las excelencias de la Virgen, capítulo XII

5 Sermón II, Sobre la dormición de la Bienaventurada María

6 Sermón I, De la Natividad de la Bienaventurada Virgen María.

Dirás: es poner a la criatura por encima del creador. Respondo preguntando si la divina Escritura eleva a Josué por encima de Dios al decir que se detuvo el sol y que Dios obedeció a la voz de un hombre (Jos. 10, 14) no es poner a la criatura por encima de su creador, sino que el Hijo de Dios tiene tanto amor y respeto a su divina Madre que su oración es para él un mandato.

La Virgen, apunta Alberto el Grande⁷, puede, no sólo suplicar a su Hijo la salvación de sus fieles, sino hasta mandarle con autoridad de Madre; esto es, añade, lo que le pedimos por estas palabras: *Monstra te esse Matrem*, Muestra que eres Madre. Es una oración muy frecuente en la Iglesia, muy grata a ella y muy útil a nuestras almas. Es como si le dijéramos: Santa Madre de Dios, haz que experimentemos la bondad incomparable de que está repleto tu corazón maternal que veamos el inmenso poder que él tiene sobre el Corazón muy misericordioso de tu amado Hijo: Muestra que eres Madre por tu intercesión acoja las súplicas el que, nacido por nosotros, quiso ser tuyo.

⁷ Tomado del *Laus Virginis gloriosissime Dei genitricis Marie*, libro II, de San Alberto Magno (se trata de uno de los más grandes tratados mariológicos que se han escrito).

CAPÍTULO V

EL AMOR INFINITO DE JESÚS A SU SANTA MADRE LLENÓ SU CORAZÓN DE MUY ACERBOS DOLORES AL CONSIDERAR LOS PADECIMIENTOS QUE SUFRIÓ SU CORAZÓN VIRGINAL DURANTE LA PASIÓN

Los dolores que el Corazón adorable de nuestro Salvador soportó al ver a su santísima Madre sumergida en un mar de tribulaciones en el tiempo de su pasión son inexplicables e inconcebibles. Una vez que la bienaventurada Virgen fue Madre de nuestro redentor, soportó incesantemente un combate de amor en su Corazón. Porque conociendo que era la voluntad de Dios que su amado Hijo sufriera y muriera por la salvación de las almas, el amor muy ardiente que tenía a esta divina voluntad y a las almas la ponía en entera sumisión al querer de Dios; y el amor inconcebible de Madre a su queridísimo Hijo, le causaba dolores indecibles a vista de los tormentos que había de sufrir para rescatar el mundo.

Llegado el día de su pasión, creen los santos, que a juzgar por el amor y obediencia con que siempre se conducía con su santísima Madre y conforme a la bondad que tiene de consolar a sus amigos en las aficciones, antes de dar comienzo, a sus sufrimientos, se despidió de su Madre queridísima. A fin de hacerlo por obediencia tanto a la voluntad de su Padre como a la de su Madre, que era la misma voluntad, le pidió licencia para ejecutar la orden de su Padre. Le dijo que era voluntad de su Padre que le acompañase al pie de la cruz y envolviese su cuerpo,



cuando muriera, en un lienzo, para depositarlo en el sepulcro; le dio orden de lo que tenía que hacer y dónde había de estar hasta su resurrección.

Es igualmente creíble que le dio a conocer lo que él iba a sufrir para prepararla y disponerla a que lo acompañara espiritual y corporalmente en sus sufrimientos. Y como los dolores interiores de ambos eran indecibles, no se los declararon solo con palabras. Sus ojos y sus corazones se comprendían y comunicaban recíprocamente. Pero el perfectísimo amor recíproco y la entera conformidad que tenían a la voluntad divina, no permitían que hubiese imperfección alguna en sus sentimientos naturales. Siendo el Salvador el Hijo único de María, sentía mucho sus dolores, pero como era su Dios, la fortificaba en la mayor desolación que jamás ha habido. La consolaba con divinas palabras que ella escuchaba y conservaba cuidadosamente en su Corazón y con nuevas gracias que continuamente derramaba en su alma, a fin de que pudiese soportar y vencer los violentísimos dolores que le estaban preparados. Eran tan grandes estos dolores, que, si le hubiera sido posible y conveniente sufrir en lugar de su Hijo, le hubiera sido más soportable que el verlo padecer y le hubiera sido más dulce dar su vida por él que verlo soportar suplicios tan atroces. Pero, no habiendo dispuesto Dios de otra manera, ella ofreció su Corazón y Jesús dio su cuerpo, a fin de que cada uno sufriese lo que Dios había ordenado. María había de sufrir todos los tormentos de su Hijo en la parte más sensible que es su Corazón y Jesús había de soportar en su cuerpo sufrimientos inexplicables, y en su Corazón los de su santa Madre que eran inconcebibles.

Despidiose el Salvador de su santísima Madre y fue a sumergirse en el océano inmenso de sus dolores y su desolada Madre, en continua oración, lo acompañó interiormente, de suerte que en este triste día comenzaron para ella las plegarias, las lágrimas, las agonías interiores y, con perfectísima sumisión a la divina voluntad, repetía con su Hijo, en el fondo de su Corazón: «Padre, no se haga mi voluntad, sino la vuestra».

La noche en que los judíos prendieron a nuestro redentor en el Huerto de los Olivos, le condujeron atado a casa de Anás y luego a la de Caifás, donde se hartaron de burlarse de él y de ultrajarle de mil maneras. Hasta el amanecer quedó Jesús en aquella prisión, después de que todos se hubieron ido a casa. También san Juan Evangelista marchó de allí sea por orden de nuestro Señor, sea por divina

inspiración y fue a dar cuenta a la santísima Virgen de lo ocurrido. ¡Oh, Dios mío, qué lamentos, tristezas y dolores se cruzaron entre la Madre de Jesús y el discípulo amado, mientras este contaba y ella escuchaba los acontecimientos! En verdad, los sentimientos y angustias de ambos fueron tales, que cuanto se diga es nada en comparación de la realidad. Más decían con el corazón que con los labios, más con sus lágrimas que con discursos, en especial la bendita Virgen, puesto que su grandísima modestia, impidiéndole palabra alguna inconsiderada, hacía sufrir su Corazón lo que nadie puede imaginar.

A llegar el tiempo de buscar y acompañar a su Hijo en los tormentos, sale de su casa al despuntar el día, silenciosa como el Cordero divino, muda como oveja va regando el camino con sus lágrimas y de su Corazón se elevan al cielo ardientes suspiros. Acompáñenla en adelante en sus dolores sus devotos, caminando por la vía del dolor.

En medio de ultrajes e ignominias los judíos conducen al salvador a casa de Pilatos y de Herodes. A causa de la multitud y del alboroto del pueblo su Madre no logra verlo hasta que es mostrado a la muchedumbre flagelado y coronado de espinas. Entonces su Corazón sufrió dolores inmensos y sus ojos derramaron torrentes de lágrimas (Lc. 2, 18) al oír las voces del populacho, el tumulto de la ciudad, las injurias que los judíos vomitaban contra su Hijo, las afrentas que le hacían, las blasfemias que proferían contra él. Mas como había puesto todo su amor en él, aunque su presencia fuese lo que más la debía afligir, era, no obstante, lo que deseaba por encima de todo. El amor llega a estos extremos, soporta menos la ausencia del amado que el dolor, por grande que sea, que su presencia le hace sufrir. Entre tales amarguras e inimaginables angustias, esta santa oveja suspira por la vista del divino Cordero. Al fin lo vio todo desgarrado por los azotes, su cabeza atravesada por crueles espinas, su adorable rostro amoratado, hinchado, cubierto de sangre y de salivazos, con una cuerda al cuello, las manos atadas, un cetro de caña en la mano y vestido con túnica de burla. Sabe él que allí está su Madre dolorosa, conoce ella que su divina Majestad ve los sentimientos de su Corazón traspasado por dolores no menores a los soportados por él en su cuerpo. Oye los falsos testimonios contra él y cómo es pospuesto a Barrabás, ladrón y homicida. Oye miles de voces que clamaban llenas de furor: *quítalo, quítalo, crucificalo, crucificalo* (Jn. 19, 15). Escucha la cruel e injusta sentencia de muerte contra el autor de la vida, ve la cruz en la que se lo van a crucificar y cómo marcha hacia el



calvario cargándola sobre sus espaldas. Siguiendo las huellas de su Jesús, lava con lágrimas el camino ensangrentado por su hijo. También soportaba en su Corazón cruz tan dolorosa como la que llevaba él en sus hombros.

En el calvario las santas mujeres se esfuerzan por consolarla, a imitación de su dulce Cordero, enmudece y sufre inconcebibles dolores. Oye los martillazos que los verdugos descargan sobre los clavos con los cuales sujetan a su Hijo en la cruz. Al ver al que amaba infinitamente más que a sí misma, pendiente de la cruz entre tantos y tan crueles dolores, sin poder prestarle el menor alivio, cae en brazos de los que la acompañaban. Era tanta su debilidad después de velar toda la noche, de haber llorado tanto y sin tomar alimento alguno que pudiera sostenerla. Entonces, sécanse las lágrimas, pierde el color, estremecida de dolor; no tiene más reactivo que las lágrimas de sus compañeros, hasta que su Hijo le da de nuevo fuerzas para que le acompañe hasta la muerte.

De nuevo bañada por ríos de lágrimas, sufre martirios de dolores a la vista de su Hijo y su Dios pendiente de la cruz. Sin embargo, en su alma, hace ante Dios oficio de medianera por los pecadores, coopera con el redentor a su salvación y ofrece por ellos al eterno Padre, su sangre, sufrimientos y muerte, con deseo ardentísimo de su eterna felicidad. El indecible amor que tiene a su querido Hijo, le hace temer verle expirar y morir, pero a la vez la llena de dolor el que sus tormentos duren tanto que sólo con la muerte vayan a terminar. Desea que el eterno Padre mitigue el rigor de sus tormentos, pero quiere conformarse enteramente a todo su querer. Y así, el amor divino hace nacer en su Corazón contrarios deseos y sentimientos, que le hacen sufrir inexplicables dolores.

La bendita Oveja y el divino Cordero, se miran y entienden y comunican sus dolores solamente comprendidos por estos dos Corazones de Hijo y Madre, que, amándose mutuamente en perfección, sufren a una estos crueles tormentos. Y siendo el mutuo amor la medida de sus dolores, los que los consideran están tan lejos de poder comprenderlos cuanto de entender el amor de tal Hijo a tal Madre y recíprocamente.

Los dolores de la Santísima Virgen aumentan y se renuevan continuamente con los ultrajes y tormentos que los judíos ocasionan a su Hijo.

Qué dolor, al oírle decir: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt. 27, 46). Qué dolor al ver que le dan hiel y vinagre en su ardiente sed. Sobre todo, qué dolor al verlo morir en un patíbulo entre dos malhechores. Qué dolor al ver traspasar su Corazón con una lanza. Qué dolor, cuando le recibe en sus brazos. Con qué dolor se retira a su casa a esperar su resurrección. Oh, de cuán buena gana hubiera sufrido esta divina Virgen todos los dolores de su Hijo, ¡antes que vérselos sufrir a él!

Al acompañar los corazones de quienes se esfuerzan por imitar a su divino Padre y a su bondadosísima Madre, es obra de perfecta caridad hacerles soportar con gusto sus propias aflicciones y sentir vivamente las de los demás, de suerte que les es más fácil soportarlas que verlas padecer por los demás.

Es lo que el salvador hizo durante su vida terrena y especialmente en su pasión. En efecto, sabiendo que Judas le había vendido demostró mayor sentimiento por su condenación que por los tormentos que por su traición tenía que sufrir, al decir mejor le hubiera sido no haber nacido, si había de condenarse.

De igual manera, a las mujeres que lloraban en pos de él camino del calvario, les hizo ver cuánto más sensibles le eran las tribulaciones de ellas y las de la ciudad de Jerusalén que lo que estaba padeciendo con la cruz a cuestas. Hijas de Jerusalén, les dice, no lloren por mí, lloren más bien por ustedes y por sus hijos porque tiempo vendrá en que se diga: dichosas las que son estériles y dichosos los senos que no han dado a luz y los pechos que no han alimentado (Lc. 23, 28-29).

Clavado en la cruz, olvidándose de sus propios tormentos, hace ver que las necesidades de los pecadores le son más sensibles que sus dolores, al decir a su Padre que les perdone. Es que el amor a sus criaturas le hace sentir más los males de ellas que los propios.

De aquí que uno de los mayores tormentos de nuestro Salvador en la cruz, más sensible que los dolores corporales, es ver a su Madre sumergida en un mar de sufrimientos. A la que amaba más que a todas las criaturas juntas, a la mejor de todas las madres, compañera fidelísima de sus correrías y trabajos, y la que, inocentísima como era, no merecía sufrir en absoluto lo que padecía, por falta alguna que hubiese cometido. Madre tan amante de su Hijo como no han sido ni



serán jamás los corazones todos de los ángeles y santos, sufre tormentos sin igual. ¡Oh, qué aflicción para tal Madre ver a tal Hijo tan injustamente atormentado y abismado en un océano de dolores, sin poderlo aliviar lo más mínimo! Ciertamente, tan grande y tan pesada es esta cruz que no hay inteligencia capaz de comprenderla. Cruz que estaba reservada a la gracia, al amor y virtudes heroicas de la Madre de Dios.

De nada le valía ser inocentísima y Madre de Dios para librarse de tan terrible tormento. Al contrario, deseando su Hijo asemejarla a él quiso que el amor — causa primera y 1600 principal de sus sufrimientos y de su muerte— que como a su Madre le tenía, y el que ella le profesaba como a su Hijo, fuese la causa del martirio de su Corazón al fin de su vida como había sido al principio el origen de sus gozos y satisfacciones.

Desde la cruz veía el Hijo de Dios las angustias y desolaciones del sagrado Corazón de su santísima Madre, oía sus suspiros y veía las lágrimas y el abandono en que estaba y en el que había de quedar después de su muerte. Todo esto era un nuevo tormento y martirio para el divino Corazón de Jesús. No faltaba, pues, nada de cuanto podía afligir y crucificar los amabilísimos Corazones del Hijo y de la Madre.

Piensen algunos que la causa por la que el salvador no quiso darle el nombre de Madre cuando le habló desde la cruz fue precisamente por no afligirla y desolarla más. Sólo le dice palabras que le muestran que no la había olvidado y que, cumpliendo la voluntad de su Padre, la socorría en su abandono dándole por hijo al discípulo amado. En consecuencia, san Juan quedó obligado al servicio de la reina del cielo, la honró como a Madre suya y la sirvió como a su señora, juzgando el servicio que le hacía como el mayor favor que podía recibir en este mundo de su amabilísimo maestro.

Todos los pecadores tienen parte en esta gracia de san Juan. A todos los representa al pie de la cruz y nuestro salvador los mira a todos en su persona, a todos y cada uno dice: Esta es tu madre. Les doy mi Madre por Madre y los doy a ella para que sean sus hijos. ¡Oh precioso don! ¡Oh, tesoro inestimable! ¡Oh gracia incomparable! ¡Cuán obligados estamos con la bondad inefable de nuestro salvador! ¡Qué acciones de gracias debemos tributarle! Nos ha dado su divino Padre por Padre

nuestro y su santísima Madre por Madre nuestra a fin de que no tengamos más que un Padre y una misma Madre con él. No somos dignos de ser esclavos de esta gran reina y nos hace hijos suyos.

¡Qué respeto y sumisión debemos tener a tal Madre, qué celo e interés por su servicio y qué cuidado en imitar sus santas virtudes, a fin de que haya alguna semejanza entre la Madre y los hijos!

Esta bondadosísima Madre recibió gran consuelo al oír la voz de su querido Hijo en la última hora. Una palabra cualquiera de los hijos y de verdaderos amigos conforta y es singular consuelo. Como los sagrados Corazones de tal Hijo y de tal Madre se entendían tan bien entre sí, la bendita Virgen aceptó gustosa a san Juan por hijo suyo y en él a todos los pecadores, sabiendo que tal era la voluntad de su Jesús.

En efecto, muriendo Jesús por los pecadores y sabiendo que sus culpas eran la causa de su muerte, quiso, en la última hora, quitarles toda desconfianza que pudieran tener al ver los grandes tormentos, fruto de sus pecados y por esto les dio lo que más estimaba y lo que más poder tenía sobre él, a saber, su santísima Madre, a fin de que, por su protección y mediación, confiáramos ser acogidos y bien recibidos por su divina Majestad. No cabe duda del amor inconcebible de esta bondadosa Madre a los pecadores, ya que, en el alumbramiento espiritual junto a la cruz, sufrió increíbles dolores, los que no tuvo en el alumbramiento virginal de su Hijo y Dios.

Se ve entonces claramente que los dolores de la Madre y los tormentos del Hijo terminaron en gracias y bendiciones, y en inmensos favores a los pecadores. Cuán obligados estamos, pues, de honrar, amar y alabar los amabilísimos Corazones de Jesús y María; de emplear toda nuestra vida, y más si tuviéramos, en servirles y glorificarlos; de esforzarnos por imprimir en nuestros corazones una imagen perfecta de sus eminentísimas virtudes. Es imposible agradecerles andando por caminos diferentes a los suyos.

CAPÍTULO VI

EJERCICIOS DE AMOR Y PIEDAD SOBRE LOS DOLORES DEL DIVINO CORAZÓN DE JESÚS Y DEL SAGRADO CORAZÓN DE MARÍA

Jesús, bueno e inocentísimo Cordero, que sufriste tantos tormentos en la cruz, que viste el Corazón virginal de tu querida Madre abismado en un océano de dolores, dignate enseñarme a acompañarte en tus sufrimientos y a sentir tus aflicciones.

¡Oh, qué doloroso espectáculo ver estos Corazones de Jesús y María, tan santos e inocentes, tan llenos de gracias y perfecciones, tan colmados del divino amor, tan estrechamente unidos y afligidos el uno por el otro! El Corazón sagrado de la Madre de Jesús sentía vivamente los inmensos tormentos de su Hijo y el Hijo único de María estaba plenamente penetrado de los dolores incomparables de su Madre. La hermosa oveja y el inocentísimo Cordero se llaman uno a otro. El uno llora por el otro, sufre y siente las angustias del otro sin alivio alguno, y cuanto más puro y ardiente es el amor mutuo más sensibles y agudos son los dolores.

¡Oh corazón endurecido, cómo no te derrites en dolores y lágrimas al ver que eres la causa de los inenarrables dolores de esta santa oveja y del dulcísimo Cordero! ¿Qué han hecho para sufrir tantas aflicciones? Tú, desdichado pecador, tus abominables pecados son los 1616 verdugos de estos inocentísimos y santísimos Corazones. Perdónenme, Corazones benignísimos, tómense la venganza que merezco, ordenen a las criaturas que obedientes descarguen sobre mí los castigos de que soy digno. Envíenme sus dolores y sufrimientos, a fin de que, como he



sido su causa, les ayude a llorar y sentir lo que les he hecho sufrir. Oh Jesús, amor de mi corazón, oh María, consuelo de mi alma, tan semejante a tu Hijo, impriman en mi corazón gran desprecio y aversión a los placeres de esta vida que pasaron ustedes entre tormentos. Puesto que pertenezco a su casa y soy su indignísimo siervo, no permitan que acepte placer alguno en este mundo, sino en lo que ustedes lo tomaron y hagan que lleve siempre sus dolores en mi alma que ponga mi gloria y mis delicias en estar crucificado con Jesús y María.

Virgen santísima, ¿cómo tus goces se han cambiado en dolores? Si hubieran sido semejantes a los del mundo, justo hubiera sido este cambio, pero, oh Reina de los ángeles, jamás te complaciste en algo distinto de lo divino. Sólo Dios poseía tu Corazón y nada te contentaba fuera de lo que procedía de él y a él te llevaba. Tuviste el gozo de verte Madre de Dios, de llevarlo en tus benditas entrañas, de verlo nacido y adorado por ángeles, pastores y reyes, de verlo descansar en tu sagrado pecho y de alimentarlo con tu leche virginal; de servirle con tus purísimas manos, de ofrecerlo en el templo a su eterno Padre, de verlo conocido y adorado por el justo Simeón y por la profetisa Ana. Todos tus gozos durante los treinta años que con él moraste eran divinos, interiores y espirituales. De él mismo los recibías. Eran júbilos, elevaciones, de espíritu y arrobamientos del alma, que inflamada en el amor de este amabilísimo Jesús se elevaba y transportaba en su divina Majestad. Y así unida y transformada siempre en él recibía mayores favores que todas las jerarquías del cielo, puesto que tu amor sobrepasaba el de los serafines.

Oh, Señora y reina de los ángeles, ¿qué puede pasar que goces tan puros y santos, tan espirituales y celestiales satisfacciones se conviertan en dolores? ¿Tuvo que llegar hasta ti la miseria y tributo de los pobres hijos de Eva, desterrados del paraíso, en cuyo pecado no tuviste la menor parte? ¿No fue posible que este destierro dejara de ser para ti tierra de aficciones y valle de lágrimas?

Oh, pobre pecador, que crees encontrar placer en esta vida, que no los tiene sino engañosos y falsos, mira los sufrimientos del rey y de la reina del cielo. Muere de vergüenza a la vista de los desórdenes de tu vida y de la aversión que tienes a la cruz. Toda la vida de Jesús, la inocencia misma, es continuo sufrimiento. Toda la vida de María, santa e inmaculada es perpetua cruz. Y tú, miserable pecador, que has merecido mil veces el infierno, tú ambicionas placeres y consuelos.

Oh, Reina de los ángeles, durante todo el tiempo que viviste con tu Hijo Jesús, te viste oprimida por los dolores que de seguro te vendrían, puesto que habían sido profetizados por el anciano Simeón, dolores sin igual porque la medida de ellos era la grandeza de tu amor.

Llegado el momento de la pasión el divino salvador se despidió de ti para ir a sufrir, te hizo saber que era la voluntad de su Padre que lo acompañases al pie de la cruz y que tu Corazón fuera traspasado por la espada del dolor. Avisada por san Juan en el momento en que iba a ser inmolado el divino Cordero regaste las calles de Jerusalén con tus lágrimas. Encontraste a tu Hijo en medio de una muchedumbre de lobos y leones que aullaban y rugían contra él: *Quítalo, quítalo; crucifícalo, crucifícalo* (Jn. 19,15). Le viste, no adorado por ángeles ni reyes, sino mostrado al pueblo como falso rey, blasfemado, deshonrado, condenado a muerte, cargado con su cruz, conducido al calvario, a donde lo seguiste bañada en lágrimas en medio de inmensos dolores.

Cuando fue crucificado escuchaste los martillazos que partían tu Corazón, sufriste indecibles tormentos aguardando la hora dolorosa en la que lo habías de ver crucificado. Le contemplaste levantado en alto, entre gritos y blasfemias que vomitaban contra él las bocas infernales de los judíos y que helaban tu sangre. Estuviste aquellas doloridas horas junto a la cruz oyendo las atroces injurias que aquellos pérfidos proferían contra tu Cordero; contemplaste los terribles tormentos que le hicieron sufrir hasta que expiró entre tantos oprobios y suplicios.

Después lo pusieron muerto en tus brazos para que envolvieses su cuerpo en un lienzo y le dieses sepultura, de manera que como en su nacimiento le prestaste los primeros servicios, le ofrendases también los últimos obsequios en tan apremiantes dolores y crueles angustias. Tan penetrante era la desolación de tu corazón maternal, que, para comprenderla en algo, sería preciso entender el exceso de tu casi infinito amor a tu Hijo. Todo te afligía. En todo no veías sino motivos de desolación y lágrimas; tu maternal Corazón tan lleno estaba de sangrantes llagas, como tu querido Jesús padecía en su cuerpo y en su Corazón. Aunque en nada disminuía tu fe y la obediencia mantenía tu Corazón perfectamente resignado a la voluntad divina, no por eso dejabas de sufrir inconcebibles dolores, como los que experimentaba tu Hijo a pesar de su perfectísima sumisión a todas las



órdenes de su divino Padre. No hay, en fin, corazón capaz de comprender lo que entonces sufriste.

Tus fieles devotos y verdaderos amigos se deshacen en lágrimas y se llenan de dolor al ver tus divinos goces cambiados en tan crueles tormentos y al considerar que tu santísima inocencia sufre dolores tan inhumanos. Gustosos se consumirían y harían pedazos para darte consuelo, si lo pudieran. ¡Oh, qué sangriento martirio para el corazón de tu divino Hijo, unigénito de Dios y tuyo, ver tan claro todos los dolores que traspasaban tu Corazón, el abandono en que quedabas, las angustias que su ausencia había de ocasionarte! ¡Saber que no le hablabas, ni él te hablaba, pues no hay palabras capaces de mitigar tan atroces dolores!

Oh, Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, ¿qué Corazones son los que así tienes crucificados? ¿Cómo no prestas tu asistencia a tu único Hijo y a tu amada Hija y humildísima sierva? ¿Cómo quebrantas con ellos la ley que estableciste de que en tu altar no se sacrifique el mismo día al cordero y a su madre? Porque en el mismo día, a la misma hora, en la misma cruz y con los mismos clavos tienes clavado al único Hijo de la desolada María y su Corazón virginal de inocentísima Madre.

¿Te preocupas más de las ovejas, bestias irracionales, al no querer que sean sacrificadas cuando se encuentran dolidas por la pérdida de sus corderos, que de esta purísima Virgen afligida por los dolores y muerte de su divino Cordero? ¿Quieres que tenga por verdugo de su martirio el amor que tiene a tu Unigénito; que, en tan crueles tormentos, no falte a este bondadosísimo Hijo la vista de los sufrimientos de esta dignísima Madre para más afligirle y atormentarle? Alabanzas y bendiciones inmortales sean dadas, oh, Dios mío, al amor incomprensible que tienes a los pecadores. ¡Gracias infinitas y eternas por todas las obras de este divino amor!

Oh Jesús, Unigénito de Dios, Hijo único de María, luz de mi alma, te suplico, por el infinito amor que me tienes que ilumines mi mente con tus santas verdades, que arrojes de mi corazón el deseo de los consuelos de esta vida y que pongas en él deseos de sufrir por tu amor, causa de tus tormentos fuente de las tribulaciones de tu santa Madre. Qué ciego soy cuando creo poder agradarte por camino distinto del señalado. ¿Hasta cuándo, oh amor, seré tan ciego y viviré tan engañado? ¿Hasta cuándo huiré de ti?

¿Hasta cuándo este hombre de tierra se negará a tener tus divinos sentimientos? ¿Para qué quiero la vida si no la empleo en dártela como tú y tu santísima Madre la diste por mí en la cruz? ¿Qué mayor esclarecimiento de mis faltas quiero yo que este? ¡Oh divina sabiduría, tu luz celestial me guíe por doquier, que la fuerza de tu amor me posea totalmente y que obre en mi alma los cambios que produce en los corazones dóciles! Me ofrezco y me doy del todo a ti, haz Señor, que lo haga con puro y total corazón. Quítame el placer de todas las cosas que únicamente lo tenga en amarte y en sufrir contigo.

Oh Dios de mi corazón, te adoro y te doy infinitas gracias porque haces que redunden en mi provecho los dolores que sufres al ver los de tu santa Madre. Me la diste por Señora y Madre. Gracias por amarme hasta desear que ella me ame en tu lugar como a su Hijo y como tal tenga compasión de mí y de mis necesidades que me asista, favorezca, proteja, guarde y gobierne como a hijo suyo. Quizá, redentor mío, no has encontrado mayor consuelo para tu santísima Madre, que darle hijos perversos y pecadores para que emplee su poder y caridad en procurar su conversión y salvación. Bendito y alabado seas eternamente porque has querido que nada se pierda, sino que todo se emplee en remedio de mis males y para colmarme de verdaderos bienes. No permitas, pues, oh mi caritativo médico que muera entre tantos remedios. Recíbeme y hazme digno siervo y verdadero hijo de esta gran reina y buenísima Madre.

Santísima Madre de Dios recuerda que los dolores que no sufriste en el alumbramiento virginal de tu único Hijo se multiplicaron al pie de la cruz, en el alumbramiento espiritual de los pecadores cuando los recibiste a todos por hijos tuyos. Ya que tanto te he costado, recíbeme, aunque indignísimo, en calidad de tal. Haz conmigo, oh santísima Virgen el oficio de Madre protégeme, asísteme, guíame en todo y alcánzame de tu Hijo la gracia de mi salvación.

Oh moradores del cielo, benditos y sagrados frutos de las entrañas espirituales del maternal Corazón de esta purísima Virgen, pídanle que sea siempre para mí Madre benignísima y que me alcance de su querido Hijo Jesús servirlos y amarlos fielmente en este mundo para ser del número de los que lo bendecirán y amarán eternamente en el otro. Amén.

CAPÍTULO VII

EL DIVINO CORAZÓN DE JESÚS, HOGUERA DE AMOR DE LA IGLESIA TRIUNFANTE, MILITANTE Y PURGANTE

Este adorable Corazón es hoguera ardiente de amor divino que esparce sus fuegos y llamas por doquier, en la Iglesia triunfante en el cielo, en la militante en la tierra, en la purgante en el purgatorio y hasta en cierta manera en los infiernos.

Si elevamos los ojos y el corazón al cielo a la Iglesia triunfante, ¿qué vemos? Un ejército innumerable de santos: patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, confesores, vírgenes y bienaventurados. ¿Qué son todos estos santos? Llamas de la inmensa hoguera del Corazón divino del Santo de los santos. La bondad y el amor de este Corazón amabilísimo les hizo nacer en la tierra, los iluminó con la luz de la fe, los hizo cristianos, vencedores del diablo, del mundo y de la carne, los adornó de todas las virtudes, los santificó en el mundo y los glorificó en el cielo, encendió en sus corazones el amor a Dios, puso en sus labios las divinas alabanzas y es fuente de cuanto grande, santo y admirable hay en ellos. De aquí que, si durante el año se celebran tantas fiestas en honor de los santos, ¿qué solemnidad no merecerá el divino Corazón, principio de lo noble y glorioso de los santos?

Vengamos a la tierra y veamos lo más digno y grande de la Iglesia militante. El sacramento del bautismo nos hace hijos de Dios; la confirmación nos da el Espíritu Santo; la penitencia borra los pecados y nos pone en gracia con Dios; la eucaristía alimenta el alma con la carne y sangre del Hijo de Dios para hacernos vivir su vida; el matrimonio da hijos a Dios para servirle y honrarlo en la tierra y amarlo y glorificarlo por siempre en los cielos; el orden da sacerdotes a la Iglesia



para perpetuar las funciones sacerdotales del divino sacerdote y así cooperar con él en la salvación del mundo, la gran obra. De ahí que lleven el nombre y la condición de salvadores: suben los salvadores al monte Sión (Ab 21). El sacramento de la extrema unción, finalmente, nos fortifica a la salida de este mundo contra los enemigos de nuestra salvación que luchan con gran esfuerzo en aquel último momento.

Todos estos sacramentos son fuentes inexhaustas de gracia y santidad originadas en el océano inmenso del sagrado Corazón de nuestro Salvador; todas sus gracias son llamas de la hoguera divina de su Corazón. La más ardiente de estas llamas es la santísima eucaristía. En efecto, este gran sacramento es compendio del poder, maravillas, sabiduría y bondad de Dios; ciertamente es fruto del Corazón incomparable de Jesús y llama de esta divina hoguera

Por tanto, si con tanta solemnidad celebra la Iglesia este divino sacramento, ¿con qué solemnidad deberá celebrar la fiesta del sacratísimo Corazón, origen de todo lo grande, extraordinario y precioso que hay en el augusto sacramento?

Hablemos del purgatorio, de la Iglesia purgante. ¿Qué es el purgatorio? El temible trono de la divina justicia que despliega aquí castigos tales que santo Tomás dice que la menor pena que en él se sufre, supera todos los sufrimientos de este mundo⁸. San Agustín exclama *más grave es ese fuego que cuanto puede un hombre padecer en esta vida*⁹. Sin embargo, esta terrible justicia no excluye la misericordia, al contrario, ella junto con la justicia hizo el purgatorio para abrirnos el paraíso, de otra manera estaría cerrado a la mayoría de los hombres, pues es verdad de fe que nada manchado entra en el cielo (Ap. 21, 27). Aunque un alma, al dejar su cuerpo, sólo tuviera un pecado venial, jamás entraría en el paraíso, si la misericordia del Salvador no hubiera establecido el purgatorio para purificarla. Por tanto, el purgatorio es efecto de la bondad y caridad del Corazón benignísimo de nuestro redentor.

Descendamos más, vayamos, de espíritu y pensamiento, al infierno. San Crisóstomo nos declara que ni uno solo de los que así bajaron durante la vida

8 Suma Teológica, 3a, q. 46, a. 6, ad-3

9 Sermón IV, de difuntos

a ese lugar, para animarse a obrar su salvación con temor y temblor, bajará a él después de su muerte.

¿Qué es el infierno? Según el santo Evangelio es un lugar de tormentos (Lc. 16, 28); tortura de fuego, suplicio eterno, en una palabra es el lugar de las venganzas y de la cólera de Dios nuestro Señor. Sin embargo, ¿cabe aquí la infinita bondad del misericordioso Corazón de nuestro amable redentor? ¿Qué hace aquí tal bondad? En primer lugar, hace que los miserables condenados no sean castigados tanto como lo merecen, pues el pecado es ofensa contra Dios, que merece infinitamente ser servido y obedecido y con quien estamos infinitamente obligados.

Ese pecador merece por tanto castigos infinitos no sólo extensivamente, en cuanto a la cantidad, sino también intensivamente, en cuanto al grado y calidad de la pena. Ahora bien, aunque las penas de los réprobos sean infinitas, extensas en su duración, son limitadas intensivamente en su grado, pues nuestro Señor podría muy justamente aumentarlas más y más, lo que no hace por la bondad inflexible de su benignísimo Corazón.

En segundo lugar, aunque la justicia hizo el infierno para castigar a los malvados que mueren en pecado, lo hizo también la misericordia, dice san Crisóstomo, para infundir el temor de Dios en los corazones de los buenos e inducirlos a obrar su salvación con temor y temblor (Ef. 6, 5).

En tercer lugar, la bondad sin par de Nuestro Señor se sirve del fuego del infierno para encender en nuestros corazones el divino amor. ¿Cómo? Siendo merecedores del fuego del infierno, ¿cómo no amar al que nos libra de tal suplicio? Cuán pocas son las personas en el mundo que no hayan cometido algún pecado mortal. ¿Cuántas ofendieron a Dios mortalmente una sola vez en la vida y merecieron el infierno? Mas sólo irán a él los que no se libraron del pecado, pero los que lograron el perdón ¿a qué no estarán obligados para con la inmensa caridad del Corazón benignísimo de nuestro redentor? Estarán infinitamente obligados a servirle y amarlo. Reconoce pues que las bondades del amable Corazón del divino Salvador son tan admirables que echa mano hasta del fuego del infierno para obligarnos a amarlo y por lo tanto a ser del número de los que le poseerán eternamente.



Así, la hoguera divina del adorable Corazón de Jesús esparce sus llamas y fuegos en el cielo, en la tierra y hasta en el infierno. ¡Oh bondad inefable! ¡Oh amor admirable! ¡Oh Dios de mi corazón! ¡Quién tuviera los corazones todos que ha habido, hay y habrá en el cielo, en la tierra y en el infierno para con ellos amarte, alabarte y glorificarte incesantemente! ¡Oh Jesús, unigénito de Dios, Hijo único de María, te ofrezco el amabilísimo Corazón de tu divina Madre, que vale más y te es más grato que todos ellos. ¡Oh María, Madre de Jesús, te ofrezco el Corazón adorabilísimo de tu Hijo amadísimo, que es la vida, el amor y el gozo de tu Corazón!

CAPÍTULO VIII

EL DIVINO CORAZÓN DE JESÚS, HOGUERA DE AMOR PARA CADA UNO DE NOSOTROS

Para entender esta verdad, consideremos los admirables efectos de la bondad incomprensible y del amor indecible de este amabilísimo Corazón para nosotros. Dos principales entre otros muchos.

El primero es habernos librado del abismo de males en que el pecado nos había sumergido. Por el pecado fuimos hechos enemigos de Dios, objeto de su ira y su maldición, excomulgados de la santísima Trinidad, anatematizados del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, separados de la compañía de los ángeles, desterrados de la casa de nuestro Padre celestial, arrojados del paraíso, precipitados al infierno, sumergidos en las llamas devoradoras del fuego eterno, esclavizados bajo la horrible tiranía de Satanás, hechos esclavos de los demonios, abandonados a su rabia y su furor; en una palabra, condenados a los espantosos suplicios del infierno. Y todo eso para siempre y sin esperanza alguna de socorro ni alivio.

Enumero males infinitamente espantosos, mas hay uno que los supera a todos, mal de males, causa única de todos los males de la tierra y del infierno, el pecado ¡Oh, qué mal es el pecado! Para entender algo acerca de él, imaginémos que están en la tierra todos los hombres que ha habido, hay y habrá y que cada uno de ellos es tan santo como san Juan Bautista que unidos a ellos están todos los ángeles del cielo en carne humana, hechos pasibles y mortales.

Si todos estos hombres y ángeles derramasen hasta la última gota de su sangre, si muriesen mil veces, si posible fuera, si sufriesen por toda la eternidad todos



los tormentos del infierno, no podrían sin embargo librarnos del menor pecado venial, ni satisfacer digna y perfectamente a Dios por la ofensa que recibe por dicho pecado venial, ni por lo tanto librarnos del menor mal que por este pecado hubiéramos merecido ni darnos la gota de agua que hace tanto tiempo pide el mal rico, si el Hijo de Dios no hubiera derramado su sangre por nosotros.

Si un pecado venial es un mal tan grande, ¿qué será el pecado mortal, que es constituirse uno en esclavo de monstruo infernal, más abominable y espantoso que todos los monstruos y dragones de la tierra y del infierno?

En ese abismo de males hubiéramos sido precipitados sin esperanza alguna de poder salir de él, pues todas las fuerzas humanas y todos los poderes de tierra y cielo no hubieran sido capaces de sacarnos de allí. Con todo, para dicha nuestra, hemos sido librados de él ¿A quién se lo debemos? Al Corazón amabilísimo de nuestro adorable redentor. La inmensa bondad, la infinita misericordia y el amor incomprensible de este divino Corazón nos libró de tantos males. ¿Qué servicio le hemos prestado, qué le hemos hecho que a cosa tal le obligue? Nada, nada, absolutamente nada. Su amor purísimo fue el que nos honró con semejante favor. ¿Qué ha hecho él para procurarnos un bien tan grande? Ha hecho y sufrido cuanto se puede hacer y sufrir. Bien caro le hemos costado: su sangre, su vida, mil tormentos y una muerte cruelísima y muy ignominiosa. ¡Por tanto, cuán obligados estamos a honrar, alabar y amar este benignísimo Corazón!

Imagínate a un hombre que asalta y roba a un mercader en un bosque. Es apresado y llevado a la cárcel, se le sigue proceso y se le condena a muerte. Contéplalo en manos de los verdugos que están a punto de aplicarle el vil garrote. En esto llega el mercader y a fuerza de dinero, súplicas y amigos y hasta ofreciéndose a morir por él, logra librarlo y ponerlo en libertad. ¡Cuán obligado está ese tal con el mercader! Apliquemos. Por nuestros crímenes estábamos condenados a los suplicios del infierno, el unigénito de Dios, en exceso inconcebible de bondad de su divino Corazón, para librarnos, sufre muerte muy atroz e ignominiosa. ¡Juzga cuán obligados estaremos con este admirable Corazón!

Un elefante se da enteramente toda su vida al servicio de un hombre que le ha sacado de una fosa en donde había caído. Salvador mío, ¿qué te daré yo, qué haré por ti que me has sacado del abismo espantoso del infierno donde caí tantas veces

por mis pecados o hubiera caído si no me hubiera preservado de él la caridad de tu benignísimo Corazón? ¡Oh, que los irracionales me dan una lección y me enseñan la gratitud por tus inenarrables misericordias!

He aquí los efectos infinitos e innumerables del amor inmenso que el divino Corazón de nuestro redentor nos patentizó al librarnos de infinidad de males.

No le bastó librarnos de esos males, quiere además hacernos bienes inconcebibles. ¿Qué bienes? Escucha. ¡Qué bien y qué dicha no sólo ser librado del infierno, sino ser elevado al cielo, ser ciudadano del paraíso, donde hay exención de todo mal y posesión plena, entera, invariable y eterna de toda clase de bienes! ¡Qué dicha y qué bien ser asociado a los ángeles, ser su compañero, estar sentado en su trono, vivir de su vida, ser revestido de su gloria, gozar de su felicidad, en una palabra, ser semejante a los ángeles!

Qué bien y dicha es estar en el rango de los hijos de Dios, ser sus herederos y coherederos de su Hijo: mira qué caridad nos tuvo el Padre al llamarnos hijos de Dios y lo somos (1 Jn. 3, 1). Qué bien y qué dicha ser reyes de un reino eterno y poseer el mismo reino que el Padre dio a su Hijo Jesús: Como el Padre me dio el reino yo también lo doy a ustedes (Lc. 22, 23); Qué dicha y qué bien comer a la mesa del rey del cielo: Para que coman y beban en mi mesa (Lc. 22, 30); ser revestidos de la vestidura real y gloriosa del rey de los reyes: La gloria que me diste la doy a ellos (Jn. 17, 22); sentarse con el soberano Monarca del Universo: Al vencedor le daré sentarse conmigo en mi trono (Ap. 3, 21). Qué bien y qué dicha morar y reposar con nuestro Salvador en el seno y en el Corazón adorable de su divino Padre: Padre, quiero que los que me diste estén conmigo donde esté (Jn. 17, 24); ¿y dónde está tú? En el seno del Padre (Jn. 1, 18).

Qué bien y qué dicha poseer todos los bienes que Dios posee porque el que tenga a Dios gozará de toda la gloria, felicidad y riqueza que Dios posee, «Les aseguro que los constituirá sobre todos sus bienes» (Mt. 24, 48). Finalmente, qué bien ser del todo transformados en Dios, revestidos, henchidos y penetrados de todas las perfecciones de Dios y mejor que el hierro de las cualidades del fuego. Ser una misma cosa con Dios: Como tú, Padre, en mí y yo en ti, así ellos en nosotros sean uno (Jn. 17, 21); Partícipes de la naturaleza divina (2 Pe 1, 4). Ser, por gracia y por participación lo que Dios es por naturaleza y por esencia.



Dime ¿qué bienes son estos? ¿Qué inteligencia creada los puede comprender? Todas las lenguas de los hombres y de los ángeles ¿pueden acaso expresar una partecita de ellos? Ciertamente es lo que dice san Pablo, que son tan grandes todos estos bienes, que jamás ha visto el ojo, ni oído el oído, ni puede el corazón humano comprender los bienes inexplicables y los inestimables tesoros que Dios tiene preparados a los que le aman (1 Cor. 2, 9).

¿A quién debemos todos estos bienes? A la liberalidad inmensa y al amor infinito del Corazón buenísimo de nuestro amable salvador. ¿Por lo tanto, qué honores, qué alabanzas, qué acciones de gracias, debemos tributarle, y con qué devoción debemos celebrar la solemnidad de este muy augusto Corazón! Si el mercader que fue robado no sólo librase a su asaltador de las manos del verdugo y de la vergonzosa muerte que estaba a punto de sufrir, sino que le diese además la mitad de sus bienes ¿podría este criminal agradecer jamás lo bastante semejante bondad?

Pues bien, en nuestro caso hay más que todo eso, nuestro salvador no sólo nos ha librado de la muerte eterna con todos los tormentos que la acompañan, sino que además nos ha colmado de una inmensidad de bienes inenarrables, nos ha dado todos sus bienes. ¿Cómo se lo pagaremos? ¿Cómo devolveré al Señor todo lo que me ha dado? (Sal. 116, 12). ¿No es cierto que, aunque tuviésemos tantos corazones de serafines como estrellas hay en el cielo, átomos en el aire, granos de arena y gotas de agua en el mar y no los empleásemos sino en amarlo y glorificarlo nada sería todo esto en comparación del amor que nos tiene y de la obligación que tenemos de consagrarle nuestros corazones?

Sin embargo, ¿qué hacemos y qué hace la mayor parte de los hombres? ¿No es cierto que tratan a este adorable Salvador con tanta ingratitud como si nunca hubieran recibido de él bien alguno? ¿No es cierto que lo tratan como si les hubiera hecho todos los males del mundo? ¿No es cierto que él nada ha omitido de cuanto podía hacer para testimoniarles su amor, y que, aun cuando se tratara de toda su gloria y de su propia salvación, no hubiera podido hacer más que lo que hizo por amor a ellos? ¿Qué pude hacer que no hiciera?

Si fuera posible, dijo Jesús a santa Brígida, que volviera a sufrir tantas veces los tormentos de mi pasión como almas hay en el infierno, los sufriría de buena gana pues la caridad de mi Corazón es hoy tan ardiente como entonces.

Después de todo esto ¿no es asimismo cierto que la mayor parte de los hombres que hay en la tierra trata diariamente a este amable Salvador como a su mayor enemigo? ¿Qué injurias, qué crímenes, qué ultrajes, qué crueldades pueden desplegar contra él, que no hagan? En una palabra, ¿qué más execrable pueden hacer que crucificarle todos los días? Sí, crucificarle, porque el que peca mortalmente lo crucifica, de nuevo crucifican a Cristo (Heb. 6, 6); es crimen mayor que el de los judíos porque ellos no le conocían.

Aborrezcamos tamaña ingratitud, semejante impiedad y tan abominable cosa, abramos los oídos a la voz de nuestro Salvador digo a la voz, porque todos los males de que nos libró y los innumerables bienes que nos hizo son otras tantas voces que nos gritan: hasta tal punto nos amó Dios; así nos ha amado Jesús. Amemos, pues al que tanto nos ha amado. Si un hombre cualquiera, el más vil y el último de todos los hombres nos demuestra alguna amistad, no podemos menos de amarlo. Más, si un irracional, una bestia, si un miserable perro se aficiona a nosotros y nos hace algún pequeño servicio, lo amamos.

¡Ay! ¿Por qué no amaremos a Dios, que es nuestro creador? Nos conserva y nos gobierna; es nuestro rey y amigo fidelísimo, nuestro buenísimo hermano, nuestro Padre amabilísimo, nuestro tesoro, nuestra gloria, nuestro soberano bien, nuestra vida, nuestro Corazón, nuestro todo y es todo corazón y amor a nosotros.

¡Oh Salvador mío!, no sé si aún he comenzado a amarte como debo. Dije, ahora empiezo. Quiero amarte con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas. Renuncio para siempre a todo lo que es contrario a tu santo amor. Haz que muera mil muertes antes que ofenderte. Te doy mi corazón. Toma plena y entera posesión de él, aniquila cuanto en él desagrada, aniquílalo más bien que consentir que no te ame o amar a mi Jesús, o morir. ¿Pero acaso es darte algo, darte el corazón de una nada? Oh, Señor mío, si tuviera tantos corazones de serafines como tu omnipotencia podría crear, con qué gozo te los consagraría a tu amor. Te ofrezco el de tu dignísima Madre, que te ama más que todos los corazones que han sido, son y serán y puedan ser. ¡Oh Madre de Jesús, ama por mí a tu adorable Hijo. ¡Oh buen Jesús, ama por mí a tu amable Madre! ¡Oh ciudadanos todos de la Jerusalén celestial, amen por mí a Jesús y a María, y asóciénme a ustedes en el amor que le tienen y eternamente le tendrán!

CAPÍTULO IX

EL DIVINO CORAZÓN DE JESÚS, HOGUERA DE AMOR PARA NOSOTROS EN EL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Con razón san Bernardo llama al divino sacramento de la Sagrada Eucaristía, el Amor de los amores. Porque si abrimos los ojos de la fe para contemplar los prodigiosos efectos de la bondad inefable de nuestro Salvador con nosotros en este adorable misterio, veremos ocho llamas de amor que de continuo salen de este admirable horno.

La primera llama consiste en que el amor inconcebible del divino Corazón de Jesús, que le llevó a encerrarse en este sacramento, le obliga a morar en él continuamente, día y noche, sin salir jamás de él, para estar siempre con nosotros, a fin de realizar la promesa que nos hizo por estas palabras: Estaré todos los días con ustedes hasta la consumación de los siglos (Mt. 28, 20). Es el buen pastor que quiere estar siempre con sus ovejas, es el médico divino que quiere estar siempre a la cabecera de sus enfermos, es el padre lleno de ternura que jamás abandona a sus hijos. Es el amigo fidelísimo y afectuoso que cifra sus delicias en estar con sus amigos (Prov. 7, 31).

La segunda llama de esta ardiente hoguera es el amor del Corazón adorable de nuestro salvador que en este sacramento asume muchas, muy grandes e importantes ocupaciones por nosotros. Está aquí adorando, alabando y glorificando incesantemente a su Padre por nosotros, es decir, para dar cumplimiento a las infinitas obligaciones que nosotros tenemos de adorarlo, alabarlo y glorificarlo.



Y está ahí dando gracias continuas a su Padre, por todos los favores corporales y espirituales, naturales y sobrenaturales, temporales y eternos que nos ha hecho, a cada momento nos hace, y seguirá haciéndonos, si nosotros no se lo estorbamos.

Está ahí amando por nosotros a su Padre, es decir, cumpliendo nuestros deberes por las infinitas obligaciones que tenemos de amarlo.

Está ahí ofreciendo sus méritos a la justicia de su Padre, para pagarle por nosotros lo que le debemos por nuestros pecados.

Está ahí rogando de continuo a su Padre por nosotros, y por todas nuestras necesidades: Vive siempre para interceder por nosotros (Heb. 7, 25).

La tercera llama de nuestro horno es el amor infinito de nuestro amable redentor que impulsa a su omnipotencia a hacer por nosotros muchos prodigios en este adorable sacramento, convirtiendo el pan en su cuerpo y el vino en su sangre y obrando muchos otros milagros que sobrepasan incomparablemente todos los que hicieron Moisés, los profetas, los apóstoles y hasta nuestro Salvador mientras estaba en la tierra. Porque todos estos milagros se hicieron únicamente en Judea y éstos se realizan en todo el universo. Aquellos fueron pasajeros y de poca duración; estos son continuos y durarán hasta el fin del mundo. Aquellos se hicieron en cuerpos separados de sus almas, que resucitaron en enfermos que fueron curados y en otras criaturas semejantes; estos se obran en el cuerpo adorable de un Dios, en su preciosa sangre y hasta en la gloria y grandezas de su divinidad que está en este sacramento como aniquilada, sin que por ningún lado aparezca, como si en realidad no existiese.

La cuarta llama está señalada en estas divinas palabras del príncipe de los apóstoles, o mejor del Espíritu Santo que habla por su boca, Dios envió a su Hijo para bendecirlos (He. 3, 26); y vino este Hijo adorable todo lleno de amor a nosotros y con un deseo ardentísimo de derramar incesantemente sus santas bendiciones sobre los que le honran y le aman como a Padre suyo. Principalmente por este divino sacramento colma de bendiciones a los que no se lo estorban.

La quinta llama es su amor inmenso a nosotros que le obliga a tener consigo todos los tesoros de gracia y de santidad que adquirió en la tierra para dárnoslos. Y, en efecto, en la santa Eucaristía nos da bienes inmensos e infinitos y gracias

abundantísimas y muy particulares si aportamos las disposiciones requeridas para recibirlas.

La sexta llama es el amor ardentísimo que lo dispone todos los días no sólo a enriquecernos con los dones y gracias que con su sangre nos adquirió, sino también a dárnos a sí mismo enteramente por la santa comunión; es decir, a darnos su divinidad, su humanidad, su persona divina, su cuerpo adorable, su sangre preciosa, su santa alma, en una palabra todo lo que tiene y es, en cuanto Dios y en cuanto hombre y consiguientemente a darnos su eterno Padre y su Espíritu Santo, inseparables de él; como también a inspirarnos la devoción a su santísima Madre, que sigue por doquier a su divino Cordero, mucho más que las santas vírgenes de las que se ha dicho que siguen al Cordero donde quiera que vaya (Ap. 14, 4).

La séptima llama es el amor increíble que lleva a este buenísimo Salvador a sacrificarse aquí continuamente por nosotros, amor que en cierta manera supera al amor con que se inmoló en el altar de la cruz. Porque allá se inmoló sólo en el calvario y aquí se sacrifica en todos los lugares en que está presente por la santa Eucaristía. Allá se inmoló sólo una vez aquí se sacrifica miles de veces todos los días. Es cierto que el sacrificio de la cruz se realizó en mar de dolores y que aquí se hace en océano de gozo y de felicidad; pero estando el Corazón de nuestro salvador tan abrasado en amor a nosotros ahora como entonces, si fuera posible y necesario para nuestra salvación estaría dispuesto a sufrir los mismos dolores que soportó al inmolarse en el calvario, tantas veces como a diario se sacrifica en todos los altares del mundo y ello por el amor infinito e inmenso que nos tiene.

La octava llama de nuestro amable horno consiste en el amor que nuestro benignísimo redentor nos demuestra cuando da a los hombres todos estos testimonios de su bondad en un tiempo en que no recibe de parte de ellos sino demostraciones del más furioso odio que pueda imaginarse.

¿En qué tiempo nos hace patente tanto amor? El último de sus días y la víspera de su muerte cuando instituye este divino sacramento, cuando los hombres despliegan contra él más rabia y furor que los mismos demonios, según estas sus palabras: Es la hora de ustedes y de la potestad de las tinieblas (Lc. 22, 53).

¡Oh Salvador mío!, no tienes sino pensamientos de paz, de caridad y bondad hacia los hombres y ellos no tienen sino pensamientos de malicia y de crueldad



contra ti. Tú no piensas sino en encontrar medios de salvarlos y ellos no piensan sino en encontrar medios de perderte.

Todo tu Corazón y todo tu Espíritu se dedican a romper las cadenas que los tienen cautivos y esclavos de los demonios y ellos te venden, te traicionan y te entregan en manos de tus crueles enemigos. Tú te ocupas en instituir un sacramento admirable para estar siempre con ellos; pero ellos no quieren nada de ti; se esfuerzan por arrojarte del mundo, por desterrarte de la tierra, y, si pudieran, hasta aniquilarte. Tú les preparas infinidad de gracias, de dones y de favores para la tierra y tronos magníficos y coronas gloriosas para el cielo, si no quieren hacerse indignos de ellas y ellos te preparan cordeles, azotes, espinas, clavos, lanzas, cruces, salivazos, oprobios, blasfemias y toda suerte de ignominias, de ultrajes y de crueldades. Tú les haces un festín delicioso con tu propia carne y tu propia sangre y ellos te abreven con hiel y vinagre. Tú les das tu cuerpo santísimo, inocente e inmaculado; y ellos lo magullan a golpes, lo desgarran a fuerza de azotes, lo traspasan con clavos y con espinas, lo cubren de llagas desde los pies hasta la cabeza, lo descoyuntan en la cruz, y le hacen sufrir los más atroces suplicios. En fin, Señor mío, tú los amas más que a tu sangre y tu vida, pues por ellos los sacrificaste, y ellos te arrancan el alma del cuerpo a fuerza de tormentos.

¡Oh qué bondad! ¡qué caridad! ¡Oh qué amor el de tu Corazón adorable! ¡Oh Salvador mío!, qué ingratitud, qué impiedad, qué crueldad la del corazón humano contigo.

Lo que entonces pasó, pasa también ahora. Porque tu amabilísimo Corazón, Jesús mío, está en este sacramento del todo abrasado en amor a nosotros; y obra para nuestro bien mil y mil efectos de su bondad, pero ¿qué es lo que te devolvemos, Señor mío? Ingratitudes y ofensas de mil modos y maneras, de pensamiento, palabra y obra, pisoteando tus divinos mandamientos y los de tu Iglesia. ¡Ah! ¡qué ingratos somos! Nuestro benignísimo Salvador nos ha amado tanto que hubiera muerto de amor a nosotros mil veces mientras estuvo en la tierra, si no hubiera conservado él mismo su vida milagrosamente; y a ser posible, y si necesario fuera para nuestra salvación, estaría aún dispuesto a morir mil veces por nosotros. Muramos, de dolor a vista de nuestros pecados; muramos de vergüenza, al ver que tan poco amor le tenemos; muramos con mil muertes antes que ofenderlo en lo venidero. ¡Oh Salvador mío, concédenos esta gracia! ¡Oh Madre de Jesús, alcánzanos de tu amado Hijo este favor!

CAPÍTULO X

EL DIVINO CORAZÓN DE JESÚS, HOGUERA DE AMOR A NOSOTROS EN SU SANTA PASIÓN

Toda la vida pasible y mortal de nuestro muy adorable Salvador en la tierra fue continuo ejercicio de caridad y de bondad con nosotros, pero fue en su pasión donde nos dio los mayores testimonios de su amor. Porque, en este tiempo, en exceso de su bondad, sufre tormentos espantosos para librarnos de los suplicios terribles del infierno y para adquirírnos la felicidad inmortal del cielo. Se ve entonces su cuerpo adorable cubierto de llagas y bañado en su sangre. Su cabeza sagrada es taladrada por agudas espinas, sus pies y manos traspasados por gruesos clavos; sus oídos escuchan solo blasfemias y maldiciones; su boca abrevada con hiel y vinagre y la crueldad de los judíos le arranca el alma a fuerza de tormentos. Principalmente su divino Corazón se ve afligido con infinidad de llagas sangrientas y dolorosas cuyo número es casi infinito. Se pueden contar, sí, las llagas de su cuerpo, pero las de su Corazón son incontables.

¿Qué llagas son las del Corazón adorable de Jesús? Las hay de dos clases que proceden de dos diferentes causas: la primera causa de las llagas dolorosísimas del divino Corazón de nuestro redentor son todos nuestros pecados. Leo en la vida de santa Catalina de Génova que un día le hizo Dios ver el horror del menor pecado venial y asegura ella que, por más que esta visión no duró más que un momento, lo vio sin embargo tan espantoso que se le heló la sangre en las venas, entró en agonía y hubiera muerto si Dios milagrosamente no la hubiera conservado para contar a los demás lo que había visto. Añadió que, si se hallara en lo más profundo de un mar de fuego y de llamas, y estuviera en su poder salir de él a condición de volver a ver cosa tan espantosa, preferiría seguir en él a salir con esta condición.



Pues si la vista del menor pecado venial puso a esta santa en tal estado ¿qué hemos de pensar del estado a que nuestro Salvador se vio reducido a la vista de todos los pecados del universo? Porque todos los tenía de continuo delante de sus ojos y siendo su luz infinitamente mayor que la de esta santa, veía en el pecado infinitamente más horror que el que ella podía ver.

Veía la injuria y el infinito deshonor que todos los pecados dan a su Padre; veía la condenación de cantidad innumerable de almas causada por tales pecados; y como tenía un amor infinito a su Padre y a sus criaturas todos estos pecados y su vista inundaban su Corazón de infinitas llagas.

Cuenta si puedes todos los pecados de los hombres que son más que las gotas del mar y habrás contado las llagas del Corazón amable de Jesús.

La segunda causa de estas llagas es el amor infinito a todos sus hijos en que se abrasaba este Corazón y la visión que tenía de todas las penas y aflicciones que habían de sobrevenirles, especialmente de los tormentos que todos sus santos mártires habían de sufrir. Cuando una madre que ama mucho a su hijo, lo ve sufrir, sus dolores le son más sensibles que al propio hijo. Nuestro Salvador nos ama tanto, que, si se reuniese en un solo corazón el amor de todos los padres y todas las madres, todo ello no sería sino una mínima centella del que arde en el suyo hacia nosotros. Por eso, como todas nuestras penas y dolores estaban siempre presentes a sus ojos y los veía clara y distintamente eran para su Corazón paternal otras tantas sangrientas llagas: en verdad cargó nuestros sufrimientos y llevó nuestros dolores (Is. 53, 4); llagas tan dolorosas y penetrantes que le hubieran causado mil veces la muerte durante el curso de su vida, incluso desde su nacimiento si no le hubiera sido conservada por milagro puesto que desde su nacimiento hasta la muerte su Corazón estuvo sin tregua traspasado con llagas mortales.

Siendo esto así, ¡cuán obligados estamos con este muy buen Corazón, que tantas llagas soportó por nuestro amor!

¡Qué motivo tenemos para temer incurrir en nuevos pecados, que le dan sobrada ocasión para quejarse de nosotros! Me han añadido llagas sobre llagas y dolores sobre dolores (Sal. 69, 27). Cómo debemos temer ser del número de los que san Pablo dice que le crucifican de nuevo (Heb. 6, 6). ¡Con qué afecto debemos

abrazar y sufrir todas las aflicciones que nos sobrevengan por amor a nuestro Señor, puesto que él las soportó primero por nuestro amor! ¿No deben parecernos muy dulces, puesto que pasaron por su dulcísimo y amabilísimo Corazón? Y ¡qué horror hemos de tener a nuestros pecados que tantas llagas hicieron y tantos dolores causaron al Corazón divino de nuestro redentor!

Leemos en la vida de san Francisco de Borja¹⁰, de la Compañía de Jesús, que hablando un día delante de un crucifijo a un gran pecador al que exhortaba a convertirse y siguiendo este desgraciado endurecido en su crimen, el crucifijo, o más bien el Crucificado en exceso de admirable bondad, le habló, exhortándole a que hiciera lo que su siervo le decía; y al mismo tiempo salió sangre de sus llagas, dándole a entender con esto nuestro bondadosísimo Salvador que estaba dispuesto a derramar de nuevo su sangre y a morir por su salvación, si fuera necesario. Pero, a pesar de esta indecible bondad, este desdichado permaneció en su endurecimiento. Salió entonces una ola 1649 de sangre de la llaga del costado, que, lanzada sobre él, le dio allí mismo la muerte. ¿Qué fue de su alma? Lo dejo a tu consideración. ¡Oh, Dios mío, qué terrífico espectáculo!

Aprendamos de aquí que si no nos salvamos no es por nuestro redentor. ¡Pero hay corazones tan duros, que, aun cuando bajare él mismo del cielo para predicarles, y aun cuando lo vieran cubierto de llagas y bañado en su sangre!, no se convertirían. Oh, Dios mío, no permitas que seamos de este número, sino concédenos la gracia de abrir los oídos a la voz de las sagradas llagas de tu Cuerpo y de tu Corazón que son otras tantas bocas por las que clamas sin cesar: «vuelvan, pecadores, vuelvan a su corazón», es decir, a mi Corazón que es todo suyo, pues te lo he dado todo. Regresen al benignísimo Corazón de su Padre, lleno de amor y misericordia para ustedes. Él los recibirá y los alojará en sus entrañas y los colmará de toda clase de bienes. Pero vuelvan pronto y enteramente y con todos sus afectos. Dejen el pecado, renuncien al partido del infierno; huyan de todas las ocasiones del mal y abracen la práctica de todas las santas virtudes. Afortunados los que se rindan a esta voz; desgraciados los que le cierran los oídos y endurezcan sus corazones como ese infortunado de que acabamos de hablar. ¡Ay del corazón duro, porque su fin será el del réprobo! (Sir. 3, 27). ¡Ay del corazón duro, porque perecerá

10 Hace referencia a un libro del padre Antoine Verjus, publicado en el año 1672.



eternamente, rabiará eternamente y sufrirá eternamente tormentos indecibles e incomprensibles!

¡Oh Salvador mío te doy mi corazón: guárdalo de semejante desgracia! ¡Oh, Madre de misericordia!, te doy este mismo corazón; entrégalo a tu Hijo y suplícale que lo ponga junto a los corazones santos que amarán a Hijo y Madre por toda la eternidad.

CAPÍTULO XI

EL CORAZÓN DE JESÚS ES UNO CON EL CORAZÓN DEL PADRE Y DEL ESPÍRITU SANTO. EL CORAZÓN ADORABLE DE LAS TRES DIVINAS PERSONAS ES HOGUERA DE AMOR A NOSOTROS

Todo el mundo sabe que la fe cristiana nos enseña que en el misterio adorable de la santísima Trinidad hay tres Personas: tres Personas que no son sino una misma divinidad, un mismo poder, una misma sabiduría, una misma bondad, una misma inteligencia, una misma voluntad y un mismo corazón. Por eso, nuestro Salvador, en cuanto Dios, no tiene sino un mismo Corazón con el Padre y el Espíritu Santo y en cuanto hombre su Corazón humanamente divino y divinamente humano no es más que una misma cosa con el Corazón del Padre y del Espíritu Santo, en unidad de espíritu, de amor y voluntad.

De aquí que adorar al Corazón de Jesús sea adorar al Corazón del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; es adorar a un Corazón que es hoguera de amor ardentísimo a nosotros. Es preciso ahora que nos sumerjamos en esta hoguera, a fin de arder en ella eternamente. Desgraciados los que han de ser arrojados en el horrible horno del fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles; pero felices los que serán arrojados en la hoguera eterna del divino amor que abrasa el adorable Corazón del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.



Para animarnos a sumergirnos en él de todo corazón, veamos qué fuego y qué amor es éste. ¿Quieres ver cómo es el amor del Corazón paternal de nuestro divino Padre, que es el Padre de Jesús? Escucha a san Pablo: No perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros (Ro. 8, 32). Lo envió a este mundo y nos lo dio para testimoniarnos su amor de manera admirable. Porque, antes de enviarlo, sabía muy bien de qué manera le habíamos de tratar. Sabía que al nacer en la tierra para que los hombres nacieran para el cielo, su divina Madre buscó un lugar donde dárnoslo nacido y no lo encontró: No hubo lugar para ellos en la posada (Lc. 2, 7); que así que hubiera nacido, lo buscarían para matarlo; que se vería obligado a huir y a ocultarse en un país extranjero y de bárbaros; que cuando comenzara a predicarles e instruirlos lo tratarían como a un insensato y quisieron atarlo como si hubiera perdido el juicio; que cuando predicara la palabra de su Padre muchas veces alzarían piedras para apedrearlo y que le llevarían a lo alto de un monte para precipitarlo y matarlo; que lo atarían y lo agarrotarían como a un ladrón; que lo arrastrarían por las calles de Jerusalén como a un criminal; que le harían sufrir infinidad de ultrajes y de tormentos; que lo harían morir con la más infame y cruel de todas las muertes; que una vez resucitado, ahogarían la creencia de su resurrección, a fin de aniquilarla por completo; que establecida la Iglesia y los sacramentos para aplicar a las almas los frutos de su pasión y de su muerte, la mayor parte de los cristianos abusarían de ellos, los profanarían y los usarían para su mayor condenación; que en fin, después de todos sus trabajos, sus sufrimientos y su muerte, la mayor parte de los hombres pisotearían su preciosa sangre y harían vano e inútil todo lo que por su salvación hubiera hecho y se perderían miserablemente.

Veías, Padre adorable, todo esto y, sin embargo, no dejaste de enviarnos a tu amado Hijo. ¿Qué te obligó a esto? El amor incomprensible de tu Corazón paternal a nosotros. Se diría, oh Padre de las misericordias que nos amas más que a tu Hijo y más que a ti mismo, pues tu Hijo no es sino una cosa contigo. Pareciera que, por amor a nosotros menosprecias a tu Hijo, y por tanto a ti mismo, no siendo sino una cosa con él. ¡Oh exceso y bondad inconcebibles! ¡Oh amor admirable! Esto es algo del infinito amor del Corazón amable del Padre eterno hacia nosotros. ¿Quieres ver ahora el amor incomprensible del divino Corazón del Hijo de Dios a nosotros? Escúchalo: *te he amado como mi Padre me ha amado* (Jn. 15, 9). Mi Padre te ama tanto que, por amor tuyo, me entregó a la muerte y a la muerte de cruz y yo te amo tanto que, por amor a ti me abandoné al poder de las tinieblas

y a la rabia de los judíos, mis mortales enemigos: Es la hora de ustedes y de la potestad de las tinieblas (Lc. 22, 53). ¡Oh Salvador mío, puedo en verdad decirte con tu fiel siervo san Buenaventura que me amas tanto, que parece que por mí te aborrecieras!

Vengamos al amor del Espíritu Santo que es el Corazón del Padre y del Hijo. Cuando este divino Espíritu formó al Hombre-Dios en las sagradas entrañas de la bienaventurada Virgen, para darnoslo, ¿sabía lo que habíamos de hacer de él? ¿Sabía todas las indignidades y crueldades que los hombres habían de cometer contra él? ¿Sabía que harían todos sus esfuerzos para destruir su admirable obra maestra, que es el Hombre-Dios? Sí, lo sabía perfectísimamente; y sin embargo no dejó de formarlo en el seno virginal; de hacerlo nacer en el mundo para nosotros; de mostrarse en figura de paloma sobre su cabeza, en el río Jordán, a fin de darnoslo a conocer; de guiarlo al desierto para que allí hiciera penitencia por nuestros pecados; de animarlo a predicarnos su santo Evangelio y anunciarnos las verdades del cielo: El Espíritu del Señor está sobre mí etc. (Lc. 4, 18); y de llevarlo a sacrificarse a sí mismo en la cruz, por nuestra redención. Por el Espíritu Santo se ofreció a sí mismo (Heb. 9 14). ¡Oh amor sin igual! ¡Oh Espíritu de amor y de caridad! Permíteme que te diga que amas más al hombre pecador y criminal que al Hombre-Dios que es el Santo de los santos; a un esclavo de Satanás que al Hijo único de Dios; a un tizón del infierno que al rey del cielo. ¡Oh prodigio sin par! ¿Qué es lo que así te ha seducido? Perdóname, oh Espíritu adorable, si así hablo; pero ¿no es cierto que parece que el amor excesivo que nos tienes te ha seducido a ti, al divino Padre y a su Hijo único? ¡Oh cuán cierto es lo que se dice que: Amar y saber solo a Dios se concede!

Así es como nos aman el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo: *de tal manera amó Dios al mundo* (Jn. 3, 16), así el divino Corazón es una hoguera de amor a nosotros.

Después de esto, ¿qué haremos para ser reconocidos a tanta bondad? ¿Qué pides, Dios mío, de nosotros? No oyes su voz que hace mucho tiempo nos dice ¿Hijo mío, dame tu corazón? (Prov. 23, 26)

Un gran prelado llamado Juan de Zumárraga, primer arzobispo de México, en una carta que escribió a los Padres de su Orden reunidos en Tolosa el año 1532,



según nos lo refiere Drexelius, de la Compañía de Jesús¹¹, atestigua que antes de que los habitantes de dicha ciudad de México se convirtiesen a la fe, el diablo, a quien adoraban en sus ídolos, ejercía sobre ellos tiranía tan cruel que les obligaba a degollar todos los años más de veinte mil niños de ambos sexos y a abrirles las entrañas para extraerles el corazón, a fin de hacer con ellos un sacrificio, quemándolos sobre carbones encendidos a guisa de incienso. Si sólo en la ciudad de México se inmolaban todos los años a Satanás más de veinte mil corazones de niños dejo a tu consideración cuántos se le sacrificarían cada año en todo el reino de México.

Adoramos a un Dios que no exige cosas tan extrañas. Pide ciertamente nuestro corazón, pero no quiere que lo saquemos del pecho para ofrecérselo. Se contenta con que le demos sus afectos, especialmente los de amor y de odio: el amor para amarlo con todas nuestras fuerzas y sobre todas las cosas; el odio, para no odiar más que el pecado.

¿Hay nada más dulce que amar a una bondad infinita de la que no hemos recibido jamás sino toda clase de bienes?

¿Hay nada más fácil que odiar la cosa más horrible del mundo, única causa de todos los males? Si negamos nuestro corazón al que hace tanto tiempo nos lo pide de manera tan dulce y encantadora y un corazón que por infinidad de títulos le pertenece, todos esos paganos que sacrificaron al diablo los corazones de sus hijos se levantarán contra nosotros y nos condenarán el día del juicio. ¡Oh, qué confusión para nosotros, cuando el verdadero y legítimo rey de nuestros corazones nos muestre a estos pobres idólatras!, y nos diga: ¡Miren, ha habido gentes que arrancaron el corazón del pecho de sus propios hijos para inmolarlos a Satanás, y ustedes me han negado los afectos del suyo! No consintamos que se nos eche en cara tan vergonzoso reproche; demos de una vez entera e irrevocablemente nuestro corazón al que lo creó, lo rescató y al que tantas veces nos dio el suyo.

La historia de las Cruzadas, escrita por un Padre de la Compañía de Jesús¹², refiere que el año 1098, Godofredo de la Tour, natural de Limoges, Francia, uno de

11 Obras publicadas en Lyon (Francia), 1658, t. 2, p. 320-321

12 El padre en referencia es Louis Maimbourg, Histoire des croisades, 1676, tomo 1, p. 269-271

los más valientes militantes del ejército cristiano, habiendo oído el rugido de un león que parecía quejarse de algún gran mal que padecía entró en el bosque próximo y corriendo hacia el lugar donde se oía el rugido, vio que una horrible serpiente de descomunal tamaño, enroscada en las patas y el cuerpo del león le había dejado indefenso y le lanzaba redobladas porciones de su veneno para matarlo. Conmovido Godofredo ante el peligro del león dio con su sable contra la serpiente sin herir al león. Al verse libre este pobre animal reconociendo al autor de su libertad, le daba las gracias de la mejor manera posible halagándolo y lamiéndole los pies se apegó y aficionó después a él como a quien debía la vida; no quiso abandonarlo jamás y le siguió por todas partes como un perro fiel a su dueño, sin hacer nunca mal a nadie, sino a los que ofendían a su señor. Con él iba siempre al combate y a la caza, proveyéndole siempre de abundantes piezas. Pero lo más admirable es, que, al volver a Francia, después de las Cruzadas, no queriendo consentir el patrón de la embarcación que entrase en ella el león que le acompañaba esta pobre bestia desesperada al verse alejada de su bienhechor, se lanzó al mar, hasta que, faltándole las fuerzas pereció ahogada, prefiriendo morir a verse separada de su amo.

Después de esto ¿no es cierto que debiéramos morir de confusión, viendo que una bestia tan feroz como un león nos dé esta lección de agradecimiento a nuestro soberano bienhechor? ¿Habría que enviar a los cristianos a la escuela de las fieras para aprender lo que deben a Dios? ¡Oh, Salvador mío!, ¡tú me arrancaste de las garras del dragón infernal!, me diste tu vida para librarme de la muerte eterna del infierno y hacerme vivir de una vida inmortal y bienaventurada en el cielo. Sea yo todo tuyo y no viva sino para ti. Haz que te siga por doquier y que las facultades de mi alma se adhieran inviolablemente a tu divina voluntad que no tenga otros sentimientos que los tuyos, que no odie jamás sino al pecado, tu enemigo que sólo te ame a ti en todas las cosas y muera antes mil veces que separarme de mi amabilísimo Jesús.

CAPÍTULO XII

EL DIVINO CORAZÓN DE JESÚS, NUESTRO INMENSO TESORO, ÉL ES TODO NUESTRO Y EL SANTO USO QUE NOSOTROS DEBEMOS DARLE

Después de haber considerado al Corazón adorable de nuestro salvador como hoguera de amor a nosotros, digamos ahora, en primer lugar, que es inmenso tesoro que contiene riquezas infinitas y luego que este tesoro es nuestro y cual santo uso que hemos de hacer de él.

Sí, el divino Corazón de Jesús es un tesoro inestimable que encierra en sí todas las riquezas maravillosas del cielo y de la tierra, de la naturaleza, de la gracia y de la gloria; todas las riquezas que hay en todos los ángeles y santos, en la Virgen bienaventurada, en la Divinidad, en la santísima Trinidad, en todas las perfecciones divinas. Porque, si San Crisóstomo dice que la santísima Virgen es “abismo de inmensas perfecciones de la Divinidad”¹³ tratándose del Corazón adorable de Jesús es innegable.

Además, este Corazón es un tesoro preciosísimo que contiene todos los méritos de la vida del salvador, todos los frutos de sus divinos misterios, todas las gracias que con sus trabajos y sufrimientos nos adquirió todas las virtudes que en un

13 In Hor. ani.



grado infinitamente elevado practicó todos los dones del Espíritu Santo de que fue colmado.

Ahora bien, ¿para quién es tan maravilloso tesoro? Para nosotros, para cada uno de nosotros en particular, porque sólo a nosotros interesa tomar posesión de él ¿Por qué títulos, y con qué derecho es nuestro este tesoro? Nos lo dio el Padre de Jesús al darnos a su Hijo y nos lo da continuamente porque su donación no es pasajera: *los dones de Dios son sin arrepentimiento* (Ro. 11, 29). El Hijo de Dios nos da este tesoro además infinitas veces dándose a nosotros y nos lo da continuamente en la sagrada Eucaristía. El Espíritu Santo nos lo da también sin cesar. La Virgen santa de igual manera porque no teniendo sino un Corazón y una voluntad con su Hijo, quiere todo lo que Él quiere y nos da con Él todo lo que Él nos da.

Queda, pues, asentado que el Corazón amable de Jesús es todo nuestro y que es nuestro Corazón. Cada uno de nosotros puede decir con san Bernardo¹⁴

*El Corazón de Jesús es mi corazón, lo diré con atrevimiento, porque si Jesús es mi cabeza ¿lo que es de mi cabeza, no es mío? Como los ojos de mi cabeza corporal son verdaderamente míos, así el Corazón de mi cabeza espiritual es verdaderamente mi Corazón. ¡Oh, qué dicha, pues es cierto que no tengo con Jesús sino un solo Corazón!*¹⁵

Pero ¿de qué serviría a un hombre poseer un rico tesoro si se dejase morir de hambre, de sed y de frío junto a su tesoro?; y si, ¿por no pagar sus deudas se dejase llevar a una cárcel y podrirse en ella? Así, ¿de qué nos servirá este gran tesoro si no hacemos uso de él? Porque Dios para este fin nos lo ha dado, para que, al servirnos de él, cumplamos todas nuestras obligaciones y paguemos todas nuestras deudas

¿Qué deudas son estas? Infinitas, porque debemos a Dios y a los hombres, al Creador y a todas las criaturas. Con el creador tenemos cinco deberes: 1. Adoración, honor, gloria y alabanza; 2. Amor; 3. Acción de gracias; 4. Satisfacción por nuestros pecados; 5. Entrega de nosotros mismos, pues le pertenecemos por infinidad de títulos. Añadamos a esto la oración, cuya obligación se funda en dos

¹⁴ Se le atribuye a san Bernardo; sin embargo, según el padre du Chesnay el autor es san Buenaventura

¹⁵ Tratado de la Pasión del Señor, cap. III

principios: en nuestra pobreza e indigencia infinitas, no siendo nada, ni teniendo nada de nosotros mismos; y en que Dios es el soberano bien y la fuente de todo bien, y su bondad infinita pone en él una infinita inclinación a colmarnos de sus bienes; pero quiere y es justo que se lo pidamos en nuestras oraciones.

Para pagar todas estas deudas hay que hacer lo siguiente: en primer lugar, es necesario estar en gracia de Dios, después, al celebrar la santa Misa, si eres sacerdote, o al asistir a ella, si no lo eres y principalmente después de haber comulgado, acuérdate de que tienes al Corazón divino de Jesús en tu pecho, donde están también las tres Personas divinas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; y dirigiéndote en primer lugar al Padre, háblale así, pero con todo el respeto y la humildad posibles:

«Padre santo, te rindo honor, gloria, amor, alabanzas, adoraciones, acciones de gracias y satisfacciones infinitas; y me doy a ti por infinidad de razones. No tengo de mí mismo con qué pagar todas estas deudas, no teniendo ni siendo nada. Pero te ofrezco el Corazón divino de tu muy amado Hijo, que tú me has dado para satisfacer la obligación que tengo de adorarte, honrarte, alabarte, glorificarte, amarte, darte gracias, satisfacerte por mis pecados, darme a ti y rogarte por este mismo Corazón que me concedas todas las gracias que necesito. Este es mi tesoro. Me lo diste en exceso de bondad; dignate recibirlo, oh, Padre de las misericordias, tomando de este sagrado tesoro con qué dar plena satisfacción a todas mis deudas».

Después di otro tanto al Hijo de Dios, ofrécele este tesoro, es decir, su propio Corazón, como también el de su santísima Madre que en cierta manera es una misma cosa con él suyo y que le es más grato que todos los corazones del paraíso. Y harás lo mismo con el Espíritu Santo.

A continuación, ten presentes las infinitas obligaciones para con la Madre de Dios, que te dio un salvador, con todos los infinitos dones que de este maravilloso don proceden. Ofrécele el amable Corazón de su amado Hijo, en acción de gracias por todos los favores que de esta divina Madre has recibido. Ofrécele también este Corazón en reparación y suplemento de todas tus negligencias, ingratitudes e infidelidades que has tenido con ella. Ella misma dio a Santa Matilde esta enseñanza, cuando apenada por las negligencias cometidas en su servicio, la santísima Virgen le advirtió que le ofreciera el santísimo Corazón de su queridísimo Hijo



asegurándole que esto le sería más grato que todas las devociones y ejercicios de piedad que para con ella pudiera practicar¹⁶.

Considerando además que también eres deudor con el ángel de tu guarda con todos los demás ángeles, con tus patronos y demás santos por las oraciones que por ti hacen y por la mucha asistencia que te han prodigado, ofréceles a todos en general y a cada uno en particular tu gran tesoro, en acción de gracias, en suplemento de tus faltas para con ellos y para aumento de su gloria accidental.

Piensa que aún eres deudor con tu prójimo a todos debes caridad, incluso a tus enemigos; a los pobres, tu asistencia según tus posibilidades; a tus superiores, respeto y obediencia. Para cumplir todos estos deberes ofrece a nuestro salvador su divino Corazón en reparación de las faltas que en esto has podido cometer; pídele que las repare en tu lugar y que te dé las gracias que necesitas para en adelante cumplir perfectamente tus obligaciones con el prójimo.

Encuentro en las obras de santa Matilde que habiéndole suplicado cierta persona rogara por ella a nuestro Señor que le diese un corazón humilde, puro y caritativo y habiéndolo así hecho, nuestro Señor dio a la santa esta respuesta: «Que busque en mi Corazón cuanto desea necesita; y que me pida ella que se lo conceda, como un niño pide confiadamente a su padre todo lo que desea. Cuando desee la pureza de corazón, que recurra a mi inocencia; cuando desee la humildad, que la saque de mi humildísimo Corazón; que tome también de aquí mi amor con toda mi santa vida y se apropie confiadamente todo lo bueno y santo que hay en este Corazón, puesto que todo lo he dado a mis hijos¹⁷». Este es el tesoro inmenso e inagotable que nuestro buenísimo Jesús nos ha dado, del que podemos tomar con confianza todo lo que nos falta, mientras lo poseemos.

Pero ¡ay! si llegamos a perderlo por el pecado, Dios mío, ¡qué espantosa pérdida! Estoy seguro de que, si lo conociésemos bien, aun cuando viviéramos hasta el día del juicio y no dejáramos de llorar hasta formar un mar de lágrimas y lágrimas de sangre nada sería bastante para deplorar dignamente tan inmensa desgracia. Y aun cuando todos los ángeles y santos descendieran del cielo para consolarnos jamás

16 El padre Eudes no indica donde encontró este hecho. Es posible que sea un pasa del Libro de la Gracia Especial, Parte I, Capítulo 46

17 Libro de la Gracia Especial, Parte IV, Capítulo 28

podrían enjugar nuestras lágrimas. Clama san Agustín Ay ¿cuánto ha perdido el que ha perdido a su Dios? ¡Ay qué pérdida inmensa para el que perdió el Corazón de su Jesús! ¿Quién será capaz de comprender la inmensidad de esta pérdida? ¿Quién la podría expresar? ¿Quién podría deplorarla dignamente?

Y, sin embargo, después de haber perdido este tesoro infinito tantas y tantas veces te ves, hombre insensato, tan poco conmovido, como si nada hubieras perdido. ¡Oh, qué dolor debiera ser el tuyo! ¡Qué lágrimas de sangre debieras derramar! ¡Qué horror debieras concebir de tus pecados, que tan espantoso desastre te han causado! ¡Oh, qué temor de venir a caer en él!

¡Qué necesidad de dar con todos los medios posibles para guardarte de él! Oh, ¿Qué no habrá que perder antes que perder el Corazón amabilísimo de nuestro redentor? Perdido él, todo está perdido. ¡Oh, perdámoslo todo, todos los bienes de la tierra, perdamos los amigos, nuestra salud, todos los bienes imaginables, perdamos antes cien mil millones de mundos!

¡Oh salvador mío, concédeme esta gracia! ¡Oh, Madre de Jesús, alcánzame de tu amadísimo Hijo!

CAPÍTULO XIII

JESÚS NOS AMA COMO SU PADRE LO AMA. CÓMO DEBEMOS AMARLO

Hemos visto numerosos y admirables efectos del ardentísimo amor del Corazón sagrado de nuestro Salvador a nosotros pero hay uno que aventaja a todos los demás, y está contenido en estas maravillosas palabras salidas de su divino Corazón, brotadas de sus adorables labios: *Los amo como mi Padre me ama* (Jn. 15, 9).

Detengámonos aquí un momento, ponderemos bien estas palabras: los amo, ¡Oh dulce palabra salida de labios del soberano Monarca del universo! ¡Oh, encantadora palabra! ¡Ventajosa y consoladora palabra! Los amo, dice nuestro buen Jesús. Si un príncipe o un rey de la tierra se tomase la pena de trasladarse a la casa del último de sus súbditos para decirle: vengo aquí expresamente para darte la seguridad de que te amo y para hacerte sentir los efectos de mi afecto, ¡qué alegría para este pobre hombre! Y si un ángel del cielo, o un santo, o la reina de los santos se apareciesen en medio de una iglesia llena de numerosos cristianos, para decir pública y claramente a alguno de ellos: Te amo, mi corazón es tuyo, ese tal qué transportes, qué arrobamientos experimentaría. ¿No moriría de gozo? Pues es infinitamente más que el Rey de los reyes, el Santo de los santos, el Hijo único de María baje de los cielos y venga expresamente acá abajo para decirte: Yo te amo. Yo que soy el creador de todo, yo que gobierno el universo entero, yo que poseo todos los tesoros del cielo y de la tierra, yo que hago cuanto quiero, a cuya voluntad nadie puede resistirse, yo te digo: te amo. ¡Oh Salvador mío, qué gloriosa es esta palabra para mí! No sería bastante favor si me dijeras: Pienso algunas veces en ti; una vez al año pongo mis ojos en ti; tengo buenos designios sobre ti. Pero no te basta esto: quieres asegurarme que me amas y que tu Corazón está lleno de ternura para conmigo; para conmigo, digo, que no soy nada; para conmigo,



miserable pecador, gusano de la tierra que tanto te ha ofendido; conmigo que tantas veces merecí el infierno: Yo te amo.

Pero ¿de qué manera nos ama este adorable Salvador? Escucha: te amo como mi Padre me ama; ¿te amo con el mismo corazón y el mismo amor con que soy amado por mi Padre? ¿Con qué amor el divino Padre ama a su Hijo? Es un amor que tiene cuatro cualidades, que, por consiguiente, se encuentran en el amor del Corazón de Jesús a nosotros.

En primer lugar, el amor del Padre a su Hijo es amor infinito, es decir sin límites ni medida; amor incomprendible e inexplicable; amor tan grande como la esencia misma del Padre eterno. Mide, si puedes, la extensión y grandeza de la divina esencia y habrás medido la grandeza del amor de del Padre a su Hijo; y, al mismo tiempo, habrás medido la grandeza y extensión del amor del Hijo de Dios a nosotros, puesto que nos ama con el mismo amor con que es amado por su Padre.

En segundo lugar, el amor del Padre a su Hijo es amor eterno que llena todos los espacios de la eternidad. Este divino Padre ama a su Hijo desde toda la eternidad y nunca ha estado sin amarle; lo ama continuamente y sin intermisión, y lo amará eternamente. ¡Oh Salvador mí qué gozo al verte amado como lo mereces! Los pérfidos judíos, los infieles demonios y los condenados te odian, pero, no por eso eres menos amable y tu adorable Padre te ama en cada momento más que todos esos desdichados pueden odiarte por mil eternidades.

Pues bien, como el Padre ama a su Hijo con amor eterno, el Hijo de Dios nos ama también con amor eterno, o sea, que todos los espacios de la eternidad están llenos del amor que nos tiene. ¿No es cierto entonces, que, si hubiéramos existido desde toda la eternidad, desde toda la eternidad hubiéramos debido amar a este buenísimo Salvador? Si tuviéramos que vivir en la tierra mil años, diez mil, cien mil, una eternidad ¿no deberíamos emplearlos en amar al que nos ama con amor eterno? Sin embargo, no contamos más que contados días en este mundo, y los empleamos en amar la tierra, la suciedad, las bagatelas. ¡Oh, qué condenable es nuestra ingratitud!

En tercer lugar, el amor del divino Padre a su Hijo, es amor inmenso que llena el cielo y la tierra, y hasta el infierno. El cielo, porque lo ama con el corazón de todos

los ángeles y los santos. La tierra, porque lo ama con todos los corazones que en la tierra son suyos. El infierno, porque le ama dondequiera que está y las tres divinas Personas están presentes en el infierno como en la tierra y en el cielo y hacen allí lo mismo que hacen en el cielo.

De igual manera, nuestro Salvador nos ama con amor inmenso que llena el cielo, la tierra y el infierno. El cielo, porque anima a todos sus ciudadanos a amarnos como a ellos mismos, los hace partícipes del amor que él nos tiene y nos ama por ellos. La tierra, de tres maneras:

1. Porque nos ama dondequiera que está en la tierra.
2. Porque por nuestro amor creó, conserva y gobierna cuanto hay en el universo. Lo que hace decir a san Agustín estas hermosas palabras: el cielo y la tierra y cuanto hay en el cielo y en la tierra no dejan de decirme que ame a mi Dios¹⁸.
3. Porque prohíbe a todos los moradores de la tierra, bajo pena de eterna condenación, que nos hagan mal alguno, ni en nuestra reputación, ni en nuestras personas, ni en cosa alguna que nos pertenezca, y les manda que nos amen como a sí mismos.

Este amor inmenso de nuestro redentor llena no sólo el cielo y la tierra, sino también el infierno; pues ha encendido los fuegos devoradores del infierno de la manera que se dijo, es decir, a fin de que, considerando que con nuestros pecados hemos merecido los fuegos eternos y que nuestro Salvador nos libró de ellos sufriendo por nosotros los tormentos de la cruz, nos veamos obligados a amarle. ¡Oh Dios mío me amas en todas partes, pero, ingrato como soy, en todas partes te ofendo! ¡Ah, no lo permitas ya más, sino haz que por doquier te amemos y bendigamos: Alma mía, bendice a mi Señor por todo el universo! (Sal. 103, 22).

En cuarto lugar, podría hacerte ver que, como el amor del Padre eterno a su Hijo es amor esencial, porque le ama con todo lo que es, siendo así que es todo corazón y todo amor a él, de igual manera el del Hijo de Dios a nosotros es amor esencial porque es todo corazón y todo amor a nosotros y nos ama con todo lo que es, es decir, con todo lo que hay en él, con su divinidad, su humanidad, su alma,

18 Citación de las Confesiones de san Agustín, libro X, capítulo 6



su cuerpo, su sangre, todos sus pensamientos, palabras, acciones, privaciones, humillaciones, sufrimientos, en fin, con todo lo que es y tiene con todo lo que puede emplear en amarnos.

Pero hay otro efecto de su amor que excede a todos los demás, nos lo refiere Luis Bail, doctor en teología, en su docto y piadoso libro sobre la Teología afectiva¹⁹. Se ve también en cuatro lugares de los libros de santa Brígida, aprobados por tres Papas y dos Concilios generales. Revelaron el divino Salvador y su santísima Madre a esta santa que estando en la cruz, sufrió por amor a nosotros dolores tan vivos, tan penetrantes, tan violentos y terribles que su Corazón adorable se rompió, se desgarró y estalló: mi Corazón se rompió por la violencia de la pasión.

Mi Corazón, dijo este adorable Salvador a santa Brígida, estaba lleno de dolor y tanto más cuanto que era de naturaleza excelentísima y delicadísima; mi dolor iba del Corazón a los nervios, y de los nervios volvía al Corazón; y de esta manera aumentaba él dolor y se prolongaba la muerte. Estando tan sumergido en dolores, abrí los ojos y vi a mi queridísima Madre abismada en un mar de angustias y lágrimas. Esto me afligió más que mis propios sufrimientos; vi también a mis amigos agotados de aflicción. Estando en tal suplicio, mi Corazón estalló por la violencia y fuerza del dolor; y entonces salió mi alma y se separó de mi cuerpo²⁰.

Así habló nuestro divino Salvador a santa Brígida. En otra ocasión le habló de la siguiente manera. “Piensen con cuánto dolor fui clavado y estuve en la cruz, cuando estalló mi Corazón por la violencia de los dolores”²¹. Oigamos a la bienaventurada Virgen que dijo a la misma santa que al acercarse la muerte de su Hijo, su Corazón se rompió por la violencia de los dolores. Y en otro lugar le dijo lo mismo: “Al acercarse la muerte, con dolor intolerable se rompió el Corazón”²². En otro lugar ella dice estas mismas palabras²³

19 La obra es también conocida como *La théologie affective ou saint Thomas en méditation* de Luis Bail, que fue publicada en París en 1678 y fue reeditada en muchas ocasiones hasta formar cinco volúmenes en 1671. Pero la referencia de las *Obras Completas* (Parte 3, Meditación 45) hace referencia a una edición de 1855 por Don Chevereau.

20 Tomado de *Revelaciones* (Roma), Capítulo 51 del tomo 2, p. 443, edición del 1628

21 Tomado de *Revelaciones* (Roma), Capítulo 106 del tomo 2, p. 470, edición del 1628

22 Tomado de *Revelaciones* (Roma), Capítulo 10 del tomo 1, p. 24, edición del 1628

23 Dice: “Y mientras la muerte se acercaba, mi corazón se rompió por el dolor insoportable”: *Revelaciones* (Roma), Capítulo 26 del tomo 1, p. 43, edición del 1628

Algo semejante encontramos en el ejercicio sexto de las Insinuaciones de la divina piedad de santa Gertrudis, donde habla así a nuestro redentor: “Tu Corazón divino fue desgarrado y roto en tu muerte, por el exceso de tu amor a mí”²⁴ que te hizo sufrir tormentos tan violentos por mi amor, por mi este Corazón adorable se rompió y desgarró por el esfuerzo de los dolores; de suerte que se puede decir que moriste de amor y de dolor por mí». Y cada uno de nosotros puede decir lo mismo con toda verdad.

Oh gran Dios, ¿quién ha oído jamás cosa semejante? Oh hombre, oh pecador, ¿no abrirás los ojos para ver el amor que tu Salvador te tiene? Oh corazón humano ¿no te conmovió tan ardiente amor? ¿No te convertirás? ¿No acabarás amando a quien tanto te ama?

¿Hijo de hombres, hasta cuándo seguirá tu corazón sepultado en el barro y fango de la tierra, en el humo y en las vanidades de este mundo? ¿No quieres amar al que es para ti todo corazón y todo amor y que promete darte un imperio eterno? Escucha lo que quiere de ti: Permanece en mi amor. Si guardas mis mandamientos permanecerás en mi amor, como yo he guardado los mandatos de mi Padre y permanezco en su amor (Jn. 15, 10). Después de lo cual nos dice: Les he dicho esto a fin de que mi gozo esté en ustedes, y su gozo sea cumplido y perfecto (Jn. 15,11).

¿Quieres por tanto dar gran gozo a tu Salvador y hacer que tu corazón esté siempre alegre y contento, y que comiences tu paraíso en la tierra? Ama a tu amabilísimo Salvador sobre todas las cosas y ama a tu prójimo como a ti mismo. Es todo. ¡Oh Jesús, te doy todo mi corazón! ¡Oh, Madre de Jesús, a ti también lo doy enteramente con los corazones de todos mis hermanos! Dígnate ofrecerlos a tu Hijo y pídele que tome de ellos plena, entera y eterna posesión.

¡Creador mío!, te doy mi corazón y mi alma, porque me has dado tu cuerpo y tu alma, tu vida y a ti mismo. ¿Qué te daré en cambio? Si tuviera millones de vidas, y te las diese cada hora millones de veces, nada sería. Pero puesto que estoy tan obligado que con nada puedo pagarte, ven tú mismo a tomar de mí todo lo que tengo. Te ofrezco las potencias de mi alma, los sentidos de mi cuerpo, todos mis

24 En los ejercicios de alabanza y de acción de gracias



miembros, mi corazón y mis entrañas. Lo sacrifico todo a tu adorable voluntad, a fin de que haga de mí cuanto le agrade. No quiero ojos sino para mirar lo que quieres que mire; ni oídos, sino para oír tu divina palabra y para obedecerte. Que mi lengua sea arrancada de mi boca si no me sirvo de ella para bendecirte; que mi corazón se haga pedazos en mi pecho, si no te ama; que pierda la memoria si no es para acordarme de ti; y que me falte para todo la razón si no es para conocerte y admirarte. Que se me corten las manos si no las empleo en tu servicio. No quiero pies sino para buscarte y seguirte. No quiero querer ni no querer sino de la manera como tú quieres que quiera o no quiera. Lo único que deseo es tu divino beneplácito. Haz de mí lo que quieras, puesto que por mí has hecho de ti más de lo que yo me hubiera atrevido a querer y hubiera podido desear. Me pongo enteramente en las manos de mi Dios, que más que yo mismo quiere mi bien y es el único que sabe conocerlo y que me lo puede procurar.

CAPÍTULO XIV

HERMOSAS PALABRAS DE LANSBERGIO, SANTO DOCTOR CARTUJO, SOBRE EL DIVINO CORAZÓN DE NUESTRO SALVADOR²⁵

Los que han escrito sobre la devoción al Verbo Encarnado, que vive y muere por la salvación de los hombres, consideran esta devoción superior a las demás, y no sin razón. Porque, por mucho que se haya dicho o pueda decirse para hacer ver la excelencia y la santidad de esta devoción, jamás se dirá lo bastante en alabanza suya. Por eso, si quieres verte perfectamente lavado de tus pecados, libre de todos los vicios y lleno de toda clase de virtudes, sé devoto de la persona de este adorable Salvador. Además, con toda la frecuencia posible, eleva tu corazón y tu espíritu, y sumérgelos en el Corazón amable de Jesús, Corazón verdaderamente divino, puesto que, según el apóstol, habita en él corporalmente la, plenitud de la Divinidad (Col. 2, 9), y por él podemos todos tener acceso al Padre celestial.

«Adquiere la costumbre de recoger interiormente tu espíritu, para al mismo tiempo llevarlo al Corazón del que dijo: Vengan a mí todos los que andan agobiados con trabajos y cargas, que yo los aliviaré» (Mt. 3, 28).

«En efecto, en el Corazón de Jesús se encuentran en su más alto grado todas las virtudes: la misericordia, la justicia, la paz, la gracia, la salvación eterna, la

25 El texto es atribuido a Lanspergio, pero en realidad es de Domingo de Tréveris (1384-1461)



fuentes de la vida, el perfecto consuelo y la verdadera luz, que ilumina a todos los hombres, particularmente al que, en sus necesidades y aflicciones, acude en busca de ayuda».

En fin, de este Corazón se saca todo lo que se puede desear, y jamás recibimos nada que tenga razón de gracia y de salvación, sino de él. Es hoguera del divino amor, del todo ardiente por el fuego del Espíritu Santo que purifica, abrasa y transforma en él a todos los que desean unirse a este amabilísimo Corazón. Y para decirlo todo, en una palabra, en este Corazón adorable están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia divina (Col. 2, 31). Por eso, mantente adherido a él, sin que ni los lugares, ni las compañías, ni las ocasiones puedan impedirte acudir a él como a tu refugio. Allí no encontrarás sino amor y fidelidad; siendo cosa cierta que aun cuando todos los hombres te engañen, aun cuando te abandonen y no entiendan de correspondencia, el buenísimo Corazón de Jesús jamás te engañará ni abandonará. Es demasiado fiel para realizar un acto de cobardía; te ama inmensamente para echar en olvido tu recuerdo y los dolores que por ti sufrió no le permiten olvidarse de nada para llevar a cabo tu salvación.

«Si quieres andar con seguridad por el camino del cielo y entrar por la verdadera puerta, nada busques fuera de este amable Salvador; y puedes estar seguro de que jamás llegarás al conocimiento de su divinidad, sino por el camino de su santa humanidad, sirviéndote de su cruz como de báculo para sostener tus pasos y apoyar en él tu flaqueza».

Si además quieres adquirir mayores bienes, sin que te cuesten mucho, entrégate enteramente a él y él se dará enteramente a ti. Ofrecele todas tus obras, y únelas a las suyas. Entra en sociedad con amorosa confianza, y lo regocijarás; y, poniendo tus méritos junto a los suyos, entre los dos todo será común, y te hará partícipe de sus inmensos tesoros. ¡Oh ventajoso intercambio! ¡Oh comercio sin igual! ¡Oh, ¿quién no daría gustoso un trocito de cobre por una montaña de oro? ¿Quién no cambiaría un guijarro por una piedra preciosa? Tú puedes realizar este intercambio espiritual, si unes todas tus palabras, tus acciones, pensamientos y sufrimientos a los de Jesús.

Puedes, por ejemplo, decirle: ¡Oh adorable Salvador mío, te ofrezco el sueño a que me voy a entregar en unión del que tuviste cuando estabas en la tierra! Cuando

se te diga alguna injuria, di: Adorable Salvador mío, te ofrezco este sufrimiento y desprecio que acabo de recibir, y lo uno de todo corazón, a las injurias que sufriste por mí

«De esta suerte tus méritos, aunque en sí pequeños, unidos a los infinitos de tu redentor, serán ennoblecidos más de cuanto te lo puedas imaginar, y se encontrarán absorbidos en los suyos, y como cambiados en ellos, como se cambia una gota de agua vertida en el vino»

CAPÍTULO XV

PALABRAS DEL SERÁFICO SAN BUENAVENTURA SOBRE EL DIVINO CORAZÓN DE JESÚS²⁶

Este incomparable doctor, abrasado en amor al Salvador, después de haber asegurado que su divino Corazón es la puerta del paraíso, la felicidad de los ángeles, el tesoro de la divina sabiduría y de la caridad eterna; y que el amor excesivo de este amable redentor abrió su divino costado para darnos su Corazón y para hacer que moremos en este augusto santuario, protesta que allí quiere fijar su morada para siempre, y poner sus delicias y descanso. Y luego exclama:

«Ciertamente, mi Señor Jesús, aun cuando me aborrecieras, debería amarte, porque eres mi Dios. Cuánto más obligado estaré a hacerlo, si me amas tanto y sin descanso corres tras de mí, para colmarme de tus beneficios. Porque me amas tanto, que parece que, en consideración a mí, te odiaras».

«¿No has querido, juez universal, ser juzgado y sufrir muerte infame y cruelísima por amor a mí? Oh Dios mío, ¿qué más pudiste hacer por mí? Ciertamente, quieres que sea todo tuyo, puesto que te has dado todo a mí. Y Señor mío, ¿qué te ha obligado a esto? Solo tu inmensa bondad y tu inmensa caridad, a fin de enardecernos en tu divino amor. ¡Oh único deseo de mi corazón! ¡Oh dulzura y suavidad de mi espíritu! ¡Oh brasero y llama de mi pecho! »

¡Oh luz y claridad de mis ojos! ¡Oh alma mía, oh vida mía! ¡Oh entrañas de mi Corazón! ¡Oh gozo y júbilo mío! ¿Por qué no me transformo todo en amor? ¿Por

26 Sobre este texto, lo que se le atribuye a san Buenaventura es en realidad un texto de Santiago de Milán (Siglo XIII)



qué hay en mí otra cosa que amor? Tu amor, oh Salvador mío, me rodea por doquier y no sé lo que es amor.

«Oh dulcísimo Jesús, qué admirable es tu amor al hombre, pues no te consiente separarte de él! ¿No es este amor el que, antes de subir a los cielos, nos dio poder de retenerte en nuestros altares todo el tiempo que queramos? Nos diste este poder antes de ir a la muerte a fin de que no temamos perderte. Pero ¿por qué lo has querido así, teniendo el proyecto de enviarnos tu Espíritu Santo? ¿Por qué quieres morar siempre con el hombre? Quisiste incorporarnos a ti, y abrevarnos con tu sangre, a fin de que, embriagados de tu amor, no fuésemos un solo corazón y un alma contigo. Porque ¿qué es beber tu sangre, sino unir inseparablemente tu alma a la nuestra?»

«¡Oh maravillosa e inestimable fuerza del amor, que hace bajar a Dios a la tierra y eleva al hombre al cielo; une a Dios y al hombre tan estrechamente, que hace que Dios sea hombre y el hombre sea Dios, que lo temporal venga a ser eterno, y que el inmortal venga a ser mortal y el mortal inmortal, que el enemigo de Dios venga a ser su amigo, y de su esclavo hace un hijo suyo! »

«Oh amor, ¿qué te daré pues me haces todo divino? Vivo, pero no yo, vive en mí Cristo. Oh amor, tu virtud es inenarrable, transfigura el barro en Dios. ¿Hay algo más poderoso que tú? ¿Hay algo más dulce, más agradable, más noble? ¡Oh amor excelente, que cambias la tierra en cielo, y haces que no sea yo sino una cosa con mi amado! ¡Oh codiciable amor, que embriagas a los amantes celestiales en soberanas delicias! Oh alma mía, si la voz de tu amado hace que te derritas en su amor ¿cómo no estás del todo abrasada y consumida, cuando, por la llaga sagrada de su costado, entras en el horno ardiente de su amable Corazón?»

CAPITULO XVI

EJERCICIOS DE AMOR Y PIEDAD AL CORAZÓN AMABLE DE JESÚS, TOMADOS DE LA ALJABA DEL DIVINO AMOR, DE LANSBERGIO, EL CARTUJO

Procuren estimularse y animarse a la veneración del Corazón bondadosísimo de Jesús, colmado de amor y misericordia hacia ustedes. Visítenlo frecuentemente con devoción y amor, bésenlo en espíritu, con respeto y afecto y hagan en él su morada».

«Pidan por su mediación a Dios cuanto tengan que pedirle y ofrezcan por su medio a la divina Majestad todos los ejercicios de piedad que practiquen, porque en él están encerradas todas las gracias y todos los dones del cielo. Él es la puerta por donde vamos a Dios, y por la que Dios viene a nosotros. A fin de recordar este ejercicio, y por él encenderse en amor de Dios, pongan en algún lugar de su casa, por donde pasen a menudo, alguna imagen o cuadro de este divino Corazón de Jesús; y al mirarla, acuérdense de su destierro, de su miseria y de sus pecados».

«Eleven su corazón a Dios con ardiente devoción; suspiren y gimán junto a él. Clámenle interiormente, sin proferir palabras, o hasta con palabras, si estas les ayudan, deseando que su corazón sea purificado y que su voluntad esté perfectamente unida al divino Corazón de Jesús y al divino beneplácito. Pueden, asimismo, en el fervor de su devoción, tomar la imagen del Corazón de Jesús y besarla tiernamente, poniendo su intención en el verdadero Corazón; y, como si lo tuviesen en sus manos, deseen ardientemente imprimirlo en su corazón; que su espíritu se pierda y se abisme en él y su corazón atraiga a sí el espíritu, la gracia, las virtudes y en general todo lo que de santo y de saludable hay en este amable



Corazón, que es abismo de virtud y santidad. Es bueno y grato a Dios honrar este Corazón adorable con especial devoción».

«Recurran al buenísimo Corazón de Jesús en sus necesidades y recibirán de él los consuelos y asistencia de que tengan necesidad, pues aun cuando los corazones de todos los hombres los hubieren abandonado y engañado, estén tranquilos; este Corazón muy bueno y fiel jamás los abandonará». ²⁷

Oración

«Oh Corazón noble y misericordioso, bondadoso y siempre fiel amante, de mi Dios y de mi Señor Jesús, te suplico que atraigas mi corazón y lo absorbas en ti, así como todos mis pensamientos y afectos, mis potencias de alma y cuerpo, cuanto hay en mí, lo que soy y puedo; sepúltalo y sumérgelo todo en ti, para tu gloria y para el cumplimiento de tu santísima voluntad».

«Oh Jesús, misericordioso Señor mío, me encomiendo a tu divino Corazón; me abandono enteramente en tus manos. Te suplico también, benignísimo Señor, que me quites este corazón de carne, impío e ingrato, y me des tu déifico Corazón; o mejor, haz que mi corazón sea conforme al tuyo y siga tu divino beneplácito».

«Oh Señor, Salvador y redentor mío, quítame todos mis pecados, y destruye en mí cuanto te desagrada. Vuelca de tu Corazón en el mío todo lo que te es grato. Conviérteme del todo, y toma plena posesión de cuanto hay en mí para hacer de ello lo que sea más grato a tu amor. Une mi corazón al tuyo, mi voluntad a la tuya, a fin de que jamás quiera otra cosa, ni pueda nunca querer algo distinto de lo que quieres, y como lo quieres. Buen Jesús, mi Dios, haz que te ame con todo mi corazón, en todo y sobre todo». ²⁸

Otra oración del mismo Lanspergio al divino Corazón

«Oh amabilísimo Jesús, queridísimo esposo de mi alma, te conjuro por tu sagrado Corazón traspasado por una lanza y embriagado de amor: hiere, traspasa, desgarras,

²⁷ La Aljaba del divino amor, de Lanspergio, el cartujo, Libro I, Parte V, inicio.

²⁸ La Aljaba del divino amor, de Lanspergio, el cartujo, Libro I, Parte V.

inflama y abrasa mi corazón con el incendio que arde en el tuyo, a fin de que te ame con todo mi corazón, es decir, en toda la extensión de mis deseos y con voluntad perfecta; que mire solo a ti, que te busque solo a ti, aspire únicamente a ti, y que te ame en todo y sobre todo».²⁹

Otra oración a la sagrada llaga del costado de Jesús, de Lanspergio, tomada del Rosario de la Pasión de Nuestro Señor.

«Oh amabilísimo y dulcísimo Jesús, deseo, con todo el afecto de mi corazón, que todos los seres creados e increados te alaben, honren y glorifiquen eternamente, por la sagrada llaga que se abrió en tu divino costado. Deposito, encierro, oculto en esta llaga y en esta abertura de tu Corazón, mi corazón con todos sus afectos, pensamientos, deseos, intenciones, y todas las potencias de mi alma; te suplico, por la preciosa sangre y el agua santa que corrió de tu amabilísimo Corazón, que tomes entera posesión de mí, que me guíes en todo, y me consumas en el fuego ardentísimo de tu santo amor, para que esté de tal suerte absorto y transformado en ti, que no sea sino una misma cosa contigo»³⁰

Del mismo Lanspergio

«Oh Padre amable y muy bueno, te ofrezco en satisfacción de todos mis pecados y de los de todo el mundo, y en reparación de mi pereza, mi tibieza, mi negligencia y mi amor desordenado, te ofrezco, digo, esta sagrada llaga del Corazón de tu Hijo, la sangre y el agua que de él brotaron, y el amor inmenso con que él te amó; te suplico que de esta santa llaga derrame en mi alma un amor purísimo, ardentísimo, perfectísimo y eterno, con el que te ame de todo corazón, y en todo y sobre todo te bendiga, que no piense sino en ti, que no desee sino a ti, que sólo te busque a ti, que a ti sólo me aficione, que sólo a ti trate de agradar, y emplee por entero las facultades de mi cuerpo y de mi alma en amarte y glorificarte».³¹

29 Ibíd

30 Rosario de la Pasión de Nuestro Señor de Lanspergio, el cartujo, Libro II, Parte V

31 Rosario de la Pasión de Nuestro Señor de Lanspergio, el cartujo, Libro I, Parte V

CAPÍTULO XVII

OTRO EJERCICIO DE AMOR AL DIVINO CORAZÓN DE JESÚS, EXTRACTO DE LOS “EJERCICIOS” DE SANTA GERTRUDIS “SOBRE LA PREPARACIÓN A LA MUERTE”³²

¡Oh Amor, el divino fuego en que ardes, me ha dado entrada en el Corazón
« buenísimo de mi Jesús! ¡Oh Corazón que mana dulzura! ¡Oh Corazón lleno
de piedad! ¡Oh Corazón del que rebosa caridad! ¡Oh Corazón que destila la
misma suavidad! ¡¡Oh Corazón todo lleno de misericordia, haz que muera de
amor a ti! ¡Oh mi amadísimo Corazón de Jesús, absorbe y abisma mi pobre cora-
zón en el tuyo! ¡Oh perla preciosa de mi corazón, invítame a tus festines que dan
vida a las almas, y aunque indignísimo, haz que beba del vino de tus consuelos, a
fin de que tu divina caridad llene todo el vacío que en mí encuentre y el exceso de
tu amor supla mi tibieza y mi negligencia».

«Oh querido amor, cómo ansío que ofrezcas por mí este divino Corazón, este
dulce perfume, este incienso de excelente olor, este augusto sacrificio, en el altar
de oro donde se realiza el misterio de la reconciliación del género humano, que
ofrécelo en pago de todos los días de mi vida que he dejado pasar sin haber hecho
por ti lo que debía».

32 Ejercicios, Santa Gertrudis, VII



«Oh amor, sumerge mi espíritu en este sagrado Corazón como en un río; sepulta todas mis negligencias y pecados en el abismo de tus divinas misericordias. Haz que en el Corazón de Jesús encuentre una mente llena de claridad, y muy purificados afectos, y que por tu medio posea un corazón libre, desprendido y exento de toda imperfección; a fin de que, a la hora de mi muerte, cuando el amor separe al alma de mi cuerpo, pueda encontrarla, sin mancha en las manos de Dios».

«Oh Corazón amabilísimo, que te ame sobre todas las cosas; es lo que con todos sus afectos implora mi pobre corazón. Dígnate acordarte de mí, y que la dulzura de tu caridad reanime y fortifique las debilidades de mi corazón»

«Oh dulzura eterna de mi alma, único amado de mi corazón; tu santa faz está llena de atractivos y de encantos, y tu Corazón está lleno de dulzuras que te hacen infinitamente amable. ¡Ay, ay, ay, cuán lejos está de ti mi pensamiento! Oh Dios de mi corazón, recoge en ti todos los extravíos de mi espíritu. ¡Oh amadísimo mío!, lava y purifica, por la pureza y santidad de tus divinos afectos, y por el amor ardentísimo de tu traspasado Corazón, todas las manchas de mi criminal corazón, y todos los desarreglos de mi imaginación, a fin de que tu amarguísima pasión me sirva de sombra a la hora de la muerte, y este dulce Corazón, rasgado de amor a mí, sea mi eterna morada, puesto que te amo a ti solo, más que todas las criaturas que hay en el mundo». (Santa Gertrudis).

CAPÍTULO XVIII

COLOQUIO DE UN ALMA SANTA CON EL DIVINO CORAZÓN DE JESÚS³³

Oh Señor, qué grato es el olor de tus perfumes! Espero que en adelante la dulce satisfacción que de ellos recibo me hará olvidar enteramente los falsos placeres y las vanas delicias del mundo, y que su suavidad me atraerá junto a ti, de suerte que abandonado todo lo que me ata a la tierra, marche junto a ti, corra hacia ti, a ti dirija el vuelo de mi alma y haga mi morada en tu amable Corazón.

Este divino Corazón es puerto seguro donde puedo estar a cubierto y a salvo de los vientos y tempestades del mar de este mundo. En este Corazón hay una calma que no teme los rayos ni las tempestades. En este Corazón se gustan las delicias sin amargura alguna. En este Corazón hay una paz que no sufre jamás la menor turbación ni división alguna. En este Corazón se encuentra un gozo que no sabe lo que es tristeza. En este Corazón se posee felicidad perfecta, dulzura suavísima, serenidad sin nubes y beatitud inconcebible. Este Corazón es el primer principio de todo bien y la fuente primigenia de todos los goces y delicias del paraíso.

De ahí, oh dulcísimo Jesús, de tu divino Corazón, como de fuente primera, principal e inagotable, corre al corazón de los hijos de Dios, toda felicidad, toda dulzura y serenidad, toda seguridad y descanso, toda paz, todo gozo, todo contento y suavidad, toda dicha y todo bien. Porque ¿qué bien podría haber, cómo podría haber algo bueno que no proceda de ti?. Jesús mío, eres el bien por esencia, el verdadero bien, el soberano bien, el único bien.

33 Según el padre du Chesnay, eudista, el texto citado es de Lanspergio: *Alloquium Christi ad animam fidelem*, publicado en el año 1575. El estudio del padre du Chesnay fue publicado en el libro colectivo llamado *Le Cœur du Seigneur*, La Colombe, París, 1955, p. 19-42.



¡Oh, qué provecho sacar de esta divina fuente toda clase de bienes! ¡Qué dicha beber y ser embriagado de las aguas celestiales de esta fuente de santidad, que lanza fuera de sí como un torrente de dulzuras y de dichas! ¡Oh, mil y mil veces afortunado el perfume embalsamado de tus divinas acciones, es decir, de tus celestiales virtudes, cuyo olor es tan grato, que invita a los que lo aspiran a acercarse a tu amable Corazón! No sólo los invita, sino que los atrae fuertemente y los conduce hasta el santuario de este divino Corazón. No permite que queden frustrados en sus esperanzas; por el contrario, los fortifica y consolida de tal suerte que jamás se apartan de él una vez que han encontrado en este benignísimo Corazón, como en un lecho de reposo, el fin de todos sus trabajos.

Haz, pues, correr en abundancia, oh Dios de amor, el buen olor de tus divinos perfumes, que son las virtudes admirables de tu santísimo Corazón. ¡Haz que penetre las potencias de mi alma, a fin de que, engolosinada por las dulzuras que tú le harás sentir, oh fuente única de toda dicha y de todo contentamiento, se desprenda de sí misma y se una a ti, establezca su morada en tu amable Corazón, muera a sí misma y no viva sino en ti y para ti!

CAPÍTULO XIX

OTRAS MARAVILLAS DEL DIVINO CORAZÓN DE JESÚS³⁴

Si el Hijo de Dios nos enseña que sus miembros moran en él, y que él mora en ellos, y si es el verdadero Aarón que no sólo lleva a su pueblo grabado en piedras preciosas en su seno, sino que le lleva en el fondo de su Corazón por la abundancia de su amor: no debemos encontrar extraño que haya manifestado a sor Margarita que la había alojado en su santuario, donde recibe universalmente a todos sus elegidos; y que, para elevarla más y más en su gracia, la retirara al lugar donde sin cesar han de morar todos los que le aman. El descanso del discípulo amado sobre su Corazón en la última cena, y el de los justos en el seno de Abraham, no eran sino una figura de la caridad infinita que con las almas ejerce. Es, dice el Profeta, pastor, que lleva a sus corderos en sus brazos y en su propio seno. Nadie debe sorprenderse entonces del favor que hizo a sor Margarita, de introducirla en su Corazón, cuando, arrebatándola en espíritu por encima de sus sentidos, quiso hacerla participante de sus celestiales delicias».

«Hemos visto que Dios la hizo entrar en trato con los ángeles y con los santos y que luego la elevó hasta su trono en el cielo. Vamos a ver ahora cómo la hizo subir a un grado más sublime, y cómo la unió a él más estrechamente, al abrirle su propio Corazón, y la ocultó en el Santo de los santos».

«Hízole contemplar su Corazón como vasta e inmensa hoguera de amor. La encerró día y noche, durante el espacio de tres semanas o un mes. Sacó de él,

34 Son relatadas en el capítulo VI del libro III de la “Vida de la hermana Margarita del Santísimo Sacramento”, religiosa carmelita del Monasterio de Beaune. El libro fue escrito por el padre Amelotte, que hacía parte del Oratorio. Era doctor en teología; el libro fue aprobado por cinco obispos y nueve doctores en teología de la facultad d París. Juan Eudes tuvo relaciones directas con la hermana Margarita del Santísimo Sacramento en la misión que predicó en el año 1648 en la ciudad de Beaune.



como de fuente, muchas gracias y llegó a tal santidad que sus progresos parecieron más grandes en un solo día, que lo habían sido antes en años enteros. Este divino Corazón, la quemaba como un fuego vivísimo que consumía sus imperfecciones; la sumergía como en un abismo de caridad que la abrasaba de tal manera que el calor pasaba y se dejaba sentir fuera; el amor de Jesús la embargaba con tanto ímpetu que se la veía levantada del suelo, hermosa e inflamada como un serafín; el amor de Jesús la purificaba como en una fuente de santidad; teñida en la misma inocencia se la veía inundada de pureza.

“Sentía la doble moción de elevación presión del Corazón de Jesús, que han experimentado Otros Santos”³⁵. Y comprendió que el sagrado Corazón se estrechaba como para llenarse del divino espíritu, para amar a su divino Padre en su propio nombre, para ofrecerse a él en sacrificio, para anonadarse ante su majestad, para entrar en su vida divina, para unirse a todas sus adorables perfecciones, para tributarle todos sus propios deberes y que se dilataba a fin de derramar su Espíritu en todos sus miembros y de comunicar a su Iglesia, que es su Cuerpo, el calor vital que en sí mismo tenía

«Contempló en este amable Corazón un océano sin fondo ni ribera de amor a Dios su Padre, una posesión y un gozo de su divina bondad, un descanso en su infinita beatitud, una calma y paz que superaba toda inteligencia, un tesoro incomprensible de todas las virtudes que brillaban con una dicha, profundidad, extensión y esplendor tan grandes, e inexplicables, que habría sobrado con qué llenar infinidad de mundos más vastos que este».

«Sin embargo, entre tanta riqueza y tanta dicha, vio que este divino Corazón estaba como ahogado en profundos abismos de dolores y amarguras; que hallaba abatido y embargado de tristeza, por los pecados de los hombres, cuya hiel y veneno se veía obligado a digerir; y que, de no ser sostenido por el Verbo Increado, hubiera sucumbido bajo el peso de nuestros crímenes».

«Pero no obstante las palpitaciones a que el horror de nuestros pecados le había reducido todos los días de su vida, con todos los combates que había sostenido

35 Sobre los Latidos del Corazón de Jesús. Cf. Santa Gertrudis: “El Heraldo del amor divino, Libro I, Parte III, Capítulos 51-52; Libro I, Parte IV, Capítulos 4,24; Santa Matilde: “El Libro de la Gracia Especial”, Parte I, Capítulo 5; Parte 2, Capítulo 20; Parte 5, Capítulo 32.

contra los dolores de la muerte, contempló en este Corazón benignísimo un transporte de amor tan admirable por los que tanto mal le habían causado, que no admite explicación. La fuerza y la generosidad de este amor fue lo que dio impulsos a los espíritus y humores que se habían retirado hacia el centro, cuando luchó contra el temor de la muerte, causándole sudor de sangre por todo el cuerpo».

«Vio a este Corazón admirable como un palacio sagrado donde habían nacido y habían sido alimentados todos los afectos del salvador, todos sus deseos, sus sacrificios, sus gozos y tristezas. Pero entre estos inagotables tesoros de virtud y santidad, fue hecha partícipe, sobre todo, del amor, de la pureza y de la inocencia».

«La posesión que de día en día tomaba Dios de ella de tal manera había consumido sus facultades naturales que casi apenas tomaba alimento. Pero en este Corazón sagrado de Jesús encontraba suplemento sobrenatural que la sostenía sin comer, y que restablecía todas sus fuerzas., mejor que lo hubiera hecho el alimento. Parecía a veces que de este Corazón divino corría a todo su cuerpo un sagrado licor, ya en forma de aceite dulcísimo, ya como una leche purísima, ya como un baño lleno de un perfume celestial, ya como un maná agradable que no sólo fortificaba su cuerpo, sino que producía también en su alma efectos maravillosos».

«Las gentes del siglo, cuyo espíritu está sumergido en la vida de los sentidos, están muy lejos de comprender cómo una joven, viviendo en la tierra, podía estar oculta en el Corazón del salvador».

«Pero los hijos de la luz, que se alimentan de la vida del espíritu, aciertan a concebir que no se trata aquí de un transporte del cuerpo, sino solamente del alma y que esta entrada que él le dio en su Corazón era una amorosa invención para asociarla más estrechamente a su inocencia y demás disposiciones suyas».

«Por más que el Hijo de Dios no hace gracias tan particulares a todas las almas, es sin embargo creíble que hay muchos que, en la oscuridad de la fe, entran en el Corazón de Jesús y en todos sus afectos con tanta verdad como muchos santos a quienes se ha dado la entrada luminosa y sensible en su espíritu. Cada uno de nosotros debe elevarse humildemente por este camino común de la Iglesia, que es el camino de la fe y cuando queremos amar o adorar a Dios, concebir verdadero dolor de nuestros pecados, sacrificarnos al Padre eterno, no tenemos mejor medio



que entrar en espíritu en el Corazón del Hijo de Dios, y revestirnos de sus santas disposiciones, amando a Dios en él y con él detestando el pecado como él lo detesta y uniéndonos por la fe al sacrificio que él mismo ofrece de sí».

El autor que escribió la vida de esta santa religiosa, y que refiere todas las cosas precedentes, añade muchas otras que yo omito; me contento con haber puesto las que miran principalmente al Corazón adorable de nuestro salvador, al que sean dados honor, alabanza y gloria infinitos por los siglos de los siglos, por todas las gracias, favores, y bendiciones que este Corazón buenísimo y muy generoso ha derramado y derramará en la tierra y en el cielo, en todos los corazones que le aman y le amarán eternamente.

Nota: este texto se refiere a la Vida de sor Margarita del Santísimo Sacramento, religiosa carmelita del monasterio de Baume. El autor de la obra, aparecida el año 1655, es el Padre Amelotte, sacerdote del Oratorio. San Juan Eudes la visitó en su monasterio en 1648. A ella, como devota de la infancia de Jesús, se refiere la novena tradicional de Navidad en uso en Colombia.

CAPITULO XX

CUARENTA LLAMAS O ASPIRACIONES DE AMOR AL AMABLE CORAZÓN DE JESÚS

1. ¡Oh Corazón admirable de mi Jesús, qué gozo al ver en ti todas las grandezas, tesoros y maravillas que existen en todos los seres creados e increados!
2. ¡Oh divino Corazón, eres el primer objeto del amor del Padre eterno, quien es a la vez el primer objeto de tu amor! ¡Me doy a ti para ser sumergido y abismado para siempre en este amor!
3. Oh Corazón adorable del Hijo único de María, mi corazón rebosa de gozo al ver que tienes más amor a esta amable Virgen que a todas las criaturas; y que ella te ama más que todas ellas juntas. ¡Yo hago entrega de todo mi corazón a este amor mutuo del Hijo y de la Madre!
4. ¡Oh amabilísimo Corazón de mi Salvador, te ofrezco todo el amor que por ti arde en los corazones de todos los divinos amantes; les ruego que unan mi corazón a ellos en este amor!
5. ¡Oh Jesús, rey legítimo y soberano de todos los corazones, sé el rey de mi corazón, y sea yo todo corazón y amor para ti, como tú eres todo corazón y amor hacia mí!
6. ¡Oh buen Jesús, ¿a dónde huiré de tu justicia, si no me oculto en tu Corazón?
7. ¡Oh Corazón admirable, principio de mi vida, no viva yo sino en ti y por ti!



8. ¡Oh amabilísimo Corazón, muy caro te he costado, pues me has rescatado al precio de la última gota de tu sangre! ¡Oh, qué inmenso gozo sería el de mi corazón si te diera la última gota de la suya!
9. ¡Oh benignísimo Corazón, me has colmado de tus gracias y favores que todos los latidos de mi corazón sean otros tantos actos de amor y de alabanza a ti!
10. ¡Oh Corazón benignísimo, jamás has estado sin amarme; que mi corazón no respire sino para amarte!
11. ¡Oh Corazón lleno de caridad, que moriste por darme la vida; viva yo de tu vida, y muera con tu muerte, y por tu amor!
12. ¡Oh Jesús, tu Corazón está del todo abrasado en purísimo amor a mí; que yo te ame, no por interés alguno, ni temporal, ni eterno, sino pura y únicamente por tu amor!
13. ¡Oh Jesús mío, tu divino Padre lo ha puesto todo en tus manos, y tu amor las tiene siempre abiertas para dárme las; que todo lo que tengo y cuanto soy sea enteramente tuyo y para siempre!
14. ¡Oh Dios de mi corazón, que tu amor que te hizo morir por mí me haga morir por ti!
15. ¡Oh Corazón inmenso!, ¿hay algo más grande que tú? ¿Puede alguien decirme que en la tierra o en el cielo hay algo mayor que tú a quien he dado mi corazón?
16. ¡Oh Corazón de Jesús, me has dado a mi Jesús para que sea mi tesoro, mi gloria, mi vida y mi todo, haz que yo sea todo de él!
17. ¡Oh Hijo único de Dios!, ¿cómo es posible que siendo Hijo de Padre tan bueno hayas querido tener un hermano tan malo como yo que tanto ofendió a este adorable Padre?

18. ¡Oh Corazón lleno de sabiduría y de luz, que piensas siempre en mí y en lo mínimo que conmigo se relaciona! ¡Que mi espíritu y mi corazón estén siempre adheridos a ti, y que te sirva fielmente lo mismo en lo más pequeño cosas que en lo grande!
19. ¡Oh Corazón poderosísimo, emplea tu divino poder en destruir en mi corazón todo lo que te desagrada!
20. ¡Oh Corazón inmenso, que por doquier me amas, que yo ame en todas partes y en todas las cosas!
21. ¡Oh Corazón fidelísimo en tu amor, que amas más a tus amigos en la adversidad que en la prosperidad, haz que te ame más en las aflicciones que en los consuelos!
22. ¡Oh Corazón del rey de los humildes, abismo de humildad, destruye en mí todo lo que sea contrario a esta santa virtud, y haz que reine del todo en mi corazón!
23. ¡Oh Corazón obedientísimo, que preferiste perder la vida antes que desobedecer, haz que ame tiernamente esta santa virtud, sin la que es imposible agradar a mi Dios!
24. ¡Oh Corazón infinitamente más puro que todos los coros angélicos, y que eres fuente de toda pureza, imprime en mi corazón amor muy particular a la pureza, y horror infinito a todo lo que le es contrario!
25. ¡Oh Corazón, hoguera ardiente de caridad, destruye y consume en nosotros todo lo que se opone a esta divina virtud, y haz que reine en los corazones de los hijos de Dios!
26. ¡Oh divino Corazón, ¿quién podrá comprender la aversión infinita que tienes al pecado? ¡Imprímelo en nuestros corazones y haz que aborrezcamos en el mundo a este monstruo infernal, objeto único de tus odios!



27. ¡Oh Padre de Jesús, ama por mí a tu Hijo Jesús, y hazme partícipe del amor que le tienes!
28. ¡Oh Jesús, ama a tu divino Padre por mí y enciende mi corazón en el amor que le tienes!
29. ¡Oh adorable Espíritu, eres todo amor y todo caridad; ama a mi benignísimo Padre y a mi amabilísimo Jesús por mí, y transforma mi corazón en amor a ellos!
30. ¡Oh Jesús, Hijo único de Dios, Hijo único de María, ama por mí a tu divina Madre e inflama mi corazón en el amor que te tienen!
31. ¡Oh Madre de amor, ama a tu Jesús y al mío, por mí, y hazme partícipe del amor que le tienes!
32. ¡Oh bienaventurado san José, san Gabriel, san Joaquín, santa Ana, san Juan Bautista, san Juan evangelista, san Lázaro, santa Magdalena, santa Marta, santos apóstoles y discípulos de Jesús, santos mártires, santos sacerdotes y levitas, santas vírgenes y todos los santos y santas, especialmente los más amados del Corazón de Jesús y de María, amen a Jesús y a María por mí y pídanle que me hagan según su corazón, que me pongan en él número de los hijos de su Corazón, y me asocien al amor que eternamente les tendrán!
33. ¡Oh Jesús mío, ya que tu Padre me lo dio todo al darte a mí, los corazones todos del universo me pertenecen; tomo, pues, todos esos corazones, y quiero amarte con todo el amor de que eran capaces cuando los creaste para amarte!
34. ¡Oh Jesús mío!, has dicho que viniste a la tierra para poner en ella fuego y que no tienes otro deseo sino el de que ardan en él todos los corazones. ¿Por qué entonces toda la tierra está llena de corazones helados respecto de ti? La única causa es el pecado. ¡Oh execrable pecado! ¡De buena gana consentiría ser reducido a la nada, a fin de que fueses destruido en todas las almas!

35. ¡Oh Corazón de mi Jesús, hoguera inmensa de amor, lanza tus llamas sagradas a todos los corazones del universo, para iluminarlas con tus divinas luces y para abrasarlas en tus celestiales ardores!
36. ¡Oh, Buen Jesús, que por mi amor has amado tanto la cruz, y que llamaste por boca del Espíritu Santo día de la alegría de tu Corazón, al día de tus sufrimientos, haz que ame y abrace con toda voluntad y por amor de mi amable Crucificado, todas las cruces que me quieras enviar!
37. ¡Oh amabilísimo Corazón de Jesús y de María, eres uno solo en unidad de espíritu, de voluntad y de afecto; haz que este indignísimo hijo no tenga sino un solo corazón contigo y con todos los corazones que te pertenecen!
38. ¡Oh Corazón de Jesús, ya que el Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo te ha dado a mí cuando me dio a mi Jesús, y que por esto en verdad eres mi corazón, ama por mí todo cuanto yo debo amar y en la forma y medida que Dios exige de mí!
39. ¡Oh Corazón de Jesús y de María, tesoro inestimable de toda suerte de bienes, sé mi único tesoro, mi refugio y mi salvaguardia! A ti quiero recurrir en todas mis necesidades; cuando me engañan y abandonan los corazones humanos se enciende mi confianza en este bondadosísimo Corazón de Jesús y de María, ¡que no me engañará ni me dejará nunca!
40. ¡Escucha, escucha, oh gran hoguera de amor! ¡Una brizna te suplica con humildad e insistencia que la sumerjas, la absorbas, la consumas en tus sagradas llamas por toda la eternidad!

MEDITACIONES
SOBRE EL DIVINO
CORAZON DE JESUS

PRIMERA SERIE

PRIMERA MEDITACIÓN

PARA LA VÍSPERA DE LA FIESTA
DISPOSICIONES NECESARIAS
PARA PREPARARNOS A
CELEBRAR BIEN ESTA FIESTA

Primer punto: Primera disposición: Gran deseo de celebrarla santamente

Considera que el adorable Corazón de Jesús es él principio y fuente de su encarnación, de su nacimiento, de su circuncisión, de su presentación en el templo; de todos los demás estados y misterios de su vida; de todo cuanto pensó, dijo, hizo y padeció en la tierra por nuestra salvación. Pues fue su Corazón, abrasado de amor a nosotros, el que lo movió a hacer todo esto en favor nuestro. Por eso estamos inmensamente obligados a honrar y a amar a ese amabilísimo Corazón y a celebrar su fiesta con todo el amor que podamos.

Ofrezcamos, pues, nuestro corazón al Espíritu Santo pidiéndole con grande instancia que encienda en nosotros gran deseo de solemnizar esta fiesta con tanta devoción como si sólo esta vez hubiéramos de celebrarla en la tierra. Este gran deseo es la primera disposición requerida para prepararnos a la fiesta.

Segundo punto: Segunda disposición: la humildad.

La segunda disposición es un sentimiento de profunda humildad. Somos, en efecto, indignos de participar en tan santa solemnidad. Primero, porque esta fiesta es más del cielo que de la tierra. Segundo, porque las bendiciones que Dios nos ha



concedido cuantas veces en lo pasado hemos celebrado esta fiesta, no las hemos aprovechado como debíamos. Tercero, porque, las gracias que del cielo hemos recibido durante nuestra vida y que tienen su fuente en ese divino Corazón, por nuestra ingratitud e infidelidad han sido para nosotros vanas e inútiles.

Humillémonos profundamente por todo esto y entremos por fin en un espíritu de sincera penitencia que nos inspirará horror de nuestros pecados y un profundo dolor y nos incitará a hacer una buena confesión para purificar nuestra alma y nuestro corazón y nos preparará para recibir las luces y gracias necesarias para celebrar santamente esta fiesta.

Tercer punto: tercera disposición: unirnos a los ángeles, los santos y las tres divinas personas.

La tercera disposición consiste en entregarnos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, a la Santísima Virgen, a todos los ángeles y a todos los santos, en especial a nuestros ángeles custodios y a nuestros santos protectores. Supliquémosles que nos preparen para esta solemnidad, la celebren con nosotros, nos admitan en su compañía y nos comuniquen algo del amor que profesan al amabilísimo Corazón de nuestro adorabilísimo Jesús.

Jaculatoria: Gracias, oh Jesús, por el don inefable de tu Corazón.

SEGUNDA MEDITACIÓN

PARA EL DÍA DE LA FIESTA CÓMO JESÚS NOS HA DADO SU CORAZÓN

Primer punto: Jesús nos ha dado su Corazón.

Adoremos y contemplemos a nuestro amabilísimo salvador en su bondad inmensa para con nosotros y en los generosos dones de su amor.

¿Qué dones? Los siguientes: el ser y la vida con todos los bienes inherentes; este espacioso mundo lleno de tantas y tan variadas cosas, todas para nuestra utilidad y recreo. Todos sus ángeles que son nuestros protectores; todos sus santos que son nuestros defensores e interceden ante de él por nosotros. Su Madre santísima que es nuestra bondadosísima Madre; todos los sacramentos y misterios de la Iglesia que nos salvan y santifican. Su eterno Padre que es nuestro verdadero Padre; su Espíritu Santo, nuestra luz y nuestro guía.

Sus pensamientos, palabras, acciones, y misterios; todos sus padecimientos y toda su vida, dedicada toda a nuestro bien e inmolada hasta la última gota de su sangre. Además, nos da también Jesús su amabilísimo Corazón, principio y fuente de todos sus demás favores. Porque su divino Corazón lo hizo salir del seno adorable de su Padre y lo hizo venir a la tierra para concedernos todas estas gracias; y su Corazón humano-divino y divino- humano mereció y conquistó para nosotros esos favores, mediante los muchos dolores y congojas que hubo de sufrir cuando se hallaba en este mundo.



Segundo punto: debemos dar a Jesús nuestro corazón.

Siendo esto así, ¿qué daremos a nuestro benignísimo redentor? Paguémosle amor con amor y corazón con corazón. Ofrecámosle y démosle nuestro corazón como él nos dio el suyo. Nos dio el suyo íntegramente; démosle el nuestro íntegramente y sin reservas. Nos dio el suyo para siempre; démosle el nuestro para siempre he irrevocablemente. Con amor infinito nos dio el suyo; démosle el nuestro con ese mismo amor infinito.

Y no se contenta Jesús con darnos su Corazón; nos da también el de su eterno Padre, el de su santísima Madre, el corazón de todos sus ángeles y sus santos y hasta el corazón de todos los hombres que hay en la tierra, pues les manda, su pena de eterna condenación, que nos amen como se aman a sí mismos, y aún que nos amen como él mismo nos ha amado. Mi mandamiento es que se amen unos a otros como yo los he amado (Jn. 15, 14). Ofrecámosle también y démosle en acción de gracias el Corazón de su eterno Padre, el Corazón de su santísima Madre, los corazones de todos los santos y de todos los ángeles y de todos los hombres. Tenemos derecho a disponer de ellos como de cosa propia, ya que el apóstol nos asegura que el eterno Padre al darnos a su Hijo, nos dio todas las cosas (Rom. 8, 32) y que todo es nuestro (Cor. 3, 22). Mas sobre todo ofrecámosle su mismo Corazón, porque nos lo dio y nos pertenece todo entero, y nada más grato podríamos ofrecerle. En efecto, al ofrecerle su Corazón le ofrecemos el de su eterno Padre, con el cual no tiene sino un solo Corazón por unidad de esencia; y le ofrecemos también el Corazón de su santísima Madre con quien no tiene sino un solo corazón por unidad de voluntad y afecto.

Jaculatoria: Gracias infinitas por sus dones inefables.

TERCERA MEDITACIÓN

INMENSO FAVOR DE NUESTRO SEÑOR AL DARNOS ESTA FIESTA

Primer punto: Excelencia de la fiesta del sagrado Corazón

Adoremos y admiremos la bondad incomprensible de nuestro amabilísimo salvador por habernos dado esta fiesta pues fue gracia extraordinaria nos hizo. Para conocerla bien es preciso saber que todas las fiestas que en el transcurso del año celebra la santa Iglesia, son fuente de gracia y de favores divinos.

Pero esta fiesta es mar de gracias y santidad por ser la fiesta del santísimo Corazón de Jesús, océano inmenso de incontables gracias. Esta es, en cierto modo, la fiesta de las fiestas, porque es la fiesta del amable Corazón de Jesús, principio, como lo hemos visto en las dos meditaciones precedentes, de todos los demás misterios contenidos en las demás fiestas que se celebran en la Iglesia, y fuente de todo lo grande, santo y venerable que hay en las demás fiestas.

Debemos, pues, dar gracias a este bondadosísimo Salvador e invitar a los santos y los ángeles, a la santísima Virgen y a todas las criaturas, para que lo alaben, bendigan y glorifiquen con nosotros por este favor inconcebible. También hemos de prepararnos para recibir las gracias que nos quiere comunicar en esta admirable solemnidad formando firme resolución de no omitir nada de cuanto podamos hacer y de dedicar todo nuestro cuidado y afecto y todos los medios que estén a nuestro alcance para celebrarla digna y santamente durante los días de su octava



Segundo punto: Homenajes que debemos al sagrado Corazón

¿Para qué nos ha dado el Rey de los corazones esta fiesta de su admirable Corazón? Para que cumplamos los deberes que tenemos con este corazón. ¿Qué deberes? Son cuatro principales:

El primero es adorarlo. Adorémoslo pues con todo nuestro corazón, con todas nuestras fuerzas, porque siendo el Corazón de un Dios, del unigénito de Dios, del Hombre- Dios, es infinitamente digno de adoración. Adorémosle en nombre y de parte de todas las criaturas que deberían adorarle. Adorémosle y ofrezcámosle todas las adoraciones que le han sido tributadas y le serán eternamente en la tierra y en el cielo. ¡Oh salvador mío! que el universo se convierta en adoración a tu divino Corazón. ¡Oh, con qué gusto consentiría yo, mediante tu gracia, en ser aniquilado ahora y para siempre, a fin de que el Corazón de mi Jesús fuera adorado sin cesar por todo el universo!

El segundo deber es alabar, bendecir y glorificar a ese Corazón infinitamente generoso y darle gracias por el amor que ha tenido y eternamente tendrá a su eterno Padre, a su santísima Madre, a todos los ángeles y a todos los santos, a todas las criaturas y a nosotros especialmente; agradecerle todos los dones, favores y bendiciones que han manan de ese inmenso mar de gracias y se difunden por todo lo creado y sobre nosotros en particular.

¡Oh generoso Corazón de Jesús, te ofrezco todas las alabanzas, la gloria y los agradecimientos que te han sido y te serán tributados en la tierra y en el cielo, en el tiempo y en la eternidad! ¡Oh, que los corazones todos te alaben y bendigan eternamente!

El tercer deber es pedir a Dios perdón por todos los dolores, tristezas, congojas y martirios cruelísimos que hubo de sufrir por nuestros pecados; y en desagravio ofrecerle todo el gozo y la alegría que le han proporcionado su eterno Padre, su santa Madre y todos los corazones que lo aman con ardor y fidelidad. Por amor a él hay que aceptar también todas las amarguras, tristezas y aflicciones que en cualquier tiempo nos sobrevengan.

El cuarto deber es amar cordial y fervorosamente a este Corazón todo amor, y amarlo por todos los que no lo aman y ofrecerle todo el amor de los corazones que le pertenecen.

¡Oh amabilísimo Corazón que eres todo amor! ¿cuándo te amaré como debo?
¡Ay, incontables motivos tengo que me obligan a amarte y no puedo decir que ya empecé a amarte cuanto debo!

Por favor, haz que empiece ya a amarte. Quita de mi corazón todo lo que te desagrade y establece en él perfectamente el reino de tu santo amor.

Jaculatoria: ¡Oh Jesús, Dios de mí corazón!, me herencia para siempre.

CUARTA MEDITACIÓN

EL SANTÍSIMO CORAZÓN DE JESÚS ES NUESTRO REFUGIO, ORÁCULO Y TESORO

Primer punto: El Corazón de Jesús, refugio y asilo nuestro.

Nuestro muy bondadoso salvador nos dio su Corazón no solo para que sea objeto de nuestro culto y adoración en la fiesta que le celebramos, sino también como refugio y asilo en todas nuestras necesidades. Recurramos, pues, a él en todos nuestros asuntos. Busquemos en él consuelo en nuestras tristezas y aflicciones. Pongámonos bajo su protección contra la malicia del mundo, contra nuestras pasiones y contras las asechanzas de los demonios.

Refugiémonos en ese asilo de bondad y misericordia para estar a cubierto de los peligros y miserias de que está llena la presente vida. Busquemos protección en esta ciudad de refugio para librarnos del castigo de la justicia divina provocada por nuestros pecados que mataron al autor de la vida. En fin, que este Corazón benigno y generoso sea nuestro asilo y refugio en todas nuestras necesidades.

Segundo punto: El Corazón de Jesús, oráculo nuestro.

Nuestro muy amado Jesús nos dio también su Corazón para que sea nuestro divino oráculo, mucho más excelente que el del tabernáculo de la alianza de Moisés y después en el templo de Salomón.



En efecto, el primer oráculo se encontraba en un solo lugar, en cambio el nuestro se halla doquiera esté presente nuestro salvador. Aquel no duró mucho tiempo, este empero permanecerá hasta la consumación de los siglos.

Un ángel hablaba en aquel; en éste, eres tú mismo, oh Jesús mío, el que nos habla y nos habla cara a cara, corazón a corazón, y nos hace conocer tus voluntades, aclaras nuestras dudas, resuelves nuestras dificultades, cuando recurrimos a tu amable Corazón, con fe, humildad y confianza.

Cuando deseemos conocer lo que Dios nos pide en diversas circunstancias, cuando emprendamos alguna obra para su serbio o cuando estemos en alguna duda o perplejidad, recurramos a este muy bondadoso Corazón diciendo la misa en su honor, si somos sacerdotes, o comulgando si no lo somos y experimentaremos los efectos de su bondad.

Tercer punto: El Corazón de Jesús, nuestro tesoro

Nuestro amabilísimo salvador nos ha dado además su amabilísimo Corazón para que sea nuestro tesoro. Es tesoro inmenso e inagotable que enriquece el cielo y la tierra con infinidad de bienes.

Saquemos de ese tesoro con qué pagar a la justicia divina lo que le debemos por todas nuestras faltas; ofrezcámosle ese sacratísimo Corazón en satisfacción por nuestros innumerables pecados, ofensas y negligencias. Si tenemos necesidad de alguna virtud, saquémosla de nuestro tesoro que contiene en grado eminente todas las virtudes, y supliquemos a nuestro Señor, que, por la profundísima humildad de su Corazón, nos dé humildad verdadera; que, por la ardentísima caridad de su Corazón, nos dé caridad perfecta; y así en cuanto a las demás virtudes.

Cuando en las diversas coyunturas tengamos necesidad de alguna gracia particular saquémosla de nuestro tesoro pidiéndole a nuestro Señor que por su benignísimo Corazón nos la conceda. Si deseamos ayudar a las almas del purgatorio para que paguen sus deudas a la justicia divina, y ofrezcámosle nuestro precioso tesoro para que saque de él con qué pagarse. Cuando los pobres nos pidan limosna saquemos

CUARTA MEDITACIÓN

EL SANTÍSIMO CORAZÓN DE JESÚS ES NUESTRO REFUGIO, ORÁCULO Y TESORO

de nuestro tesoro con qué socorrerlos, diciendo esta u otra oración: Benignísimo y generoso Corazón de Jesús, ten piedad de todos los necesitados.

Cuando alguien se encomiende a nuestras oraciones o nos pida algo, levantemos nuestro corazón hacia nuestro tesoro y digamos humilde y confiadamente: Oh Corazón amable de mi salvador, haz sentir los efectos de tu caridad a todos los que recurran a mí.

Finalmente, ya que nuestro corazón está unido a su tesoro, procuremos que los afectos y ternuras de nuestro corazón estén u Graba en mi corazón el odio que tienes al mundo, al que quiero detestar como a verdadero anticristo. Es siempre tu enemigo y te ha crucificado cruelmente.

¡Oh Dios de mi corazón!, concédeme que conserve siempre en mi alma, por amor a ti, íntegra caridad con mi prójimo. Esta es la norma suprema. Venga la paz sobre todos los sigan esta norma (Ga 6, 16).

Jaculatoria: ¡Oh Corazón de Jesús, ley y norma de nuestro corazón!

QUINTA MEDITACIÓN

EL DIVINO CORAZÓN DE JESÚS, MODELO Y NORMA DE NUESTRA VIDA.

Primer punto: El Corazón de Jesús es nuestra regla

Jamás podremos comprender y estimar suficientemente la gracia inconcebible que nos dio Nuestro Señor al darnos su divino Corazón. Imagina un hombre tan amado de su soberano que pueda decir con verdad: El Corazón del rey es mío; yo poseo el Corazón de mi soberano. ¡Qué dicha para él! ¡Qué gran motivo de alegría! Pero para nosotros hay algo infinitamente más. Es una verdad incontestable que el rey de los reyes nos ama tan ardientemente que cada uno puede decir con verdad: El Corazón de mi Jesús, es mío; yo poseo el Corazón de mi salvador.

Sí, este admirable Corazón es mío y por varios títulos: es mío, porque su Padre eterno me lo dio; es mío, porque la santísima Virgen me lo dio; es mío, porque el Espíritu Santo me lo dio; es mío, porque mi Salvador me lo dio mil y mil veces.

Me lo dio no solamente para que fuera mi refugio y mi asilo en todas mis necesidades, para que fuera mi oráculo y mi tesoro; me lo dio también para que fuera el modelo y la regla de mi vida y de mis acciones.

Esta norma es la que quiero mirar y estudiar continuamente para seguirla con fidelidad. Quiero estudiar cuidadosamente lo que el Corazón de mi Jesús aborrece y lo que ama; para no odiar yo sino lo que él odia, y no amar sino lo que él ama. Y encuentro que él no ha odiado ni odiará jamás sino una cosa: el pecado. ¿Por ventura tuvo algún odio contra los desdichados judíos que lo persiguieron tanto, o contra los verdugos que lo trataron con tanta crueldad? De ninguna manera;



por el contrario, disculpó ante su Padre el más horrible de los crímenes y pidió que les fuera perdonado. Esta es la regla que quiero seguir por amor a ti, salvador mío. No quiero odiar sino el pecado y quiero amar todo lo que tú amas, incluso a los que me aborrezcan y con tu gracia quiero hacer el bien que me sea posible a los que me hagan mal.

Segundo punto: Sentimientos que deben animarnos a ejemplo del Corazón de Jesús.

«Oigo también mi norma que me dice: Tened en sus corazones los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo en el suyo» (Flp. 2, 5). ¿Qué sentimientos son esos? Encuentro que son seis:

1. Los sentimientos de amor que Jesús tiene a su Padre y a su amabilísima voluntad. Ama tanto a su Padre que se sacrificó por su gloria y está listo todavía a sacrificarse millares de veces. Tiene tanto amor a su divina voluntad que durante su vida no hizo nunca la propia, ni siquiera una sola vez, sino cifró la dicha en cumplir la de su Padre: mi comida es hacer la voluntad del que me ha enviado (Jn. 4, 34).
2. Los sentimientos de repulsión y de odio al pecado, al que aborrece tanto que se abandonó a la rabia de sus enemigos y al suplicio de la cruz para aplastar a este monstruo infernal.
3. Los sentimientos de aprecio y de afecto a la cruz y a los sufrimientos. Los ama tan apasionadamente, que el Espíritu Santo hablando del día de su pasión, lo llama el día de la alegría de su Corazón. (Cant. 3, 11).
4. Los sentimientos de amor a su queridísima Madre, a quien ama muy por encima de sus ángeles y sus santos juntos.
5. Los sentimientos de caridad que tiene con nosotros, a quienes ama tan tiernamente que parece, dice san Buenaventura, que se odiara a sí mismo por nosotros: Tanto me amas que parece que te aborrecieras, dice este santo.

QUINTA MEDITACIÓN

EL DIVINO CORAZÓN DE JESÚS, MODELO Y NORMA DE NUESTRA VIDA.

Estas son las normas divinas que quiero guardar por amor a ti, salvador mío.

Quiero amar a mi Dios con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas, y quiero cifrar toda mi dicha en seguir siempre y en todo su adorabilísima voluntad.

Quiero odiar y abominar en tal grado toda clase de iniquidades, que con la ayuda de tu santa gracia moriré antes que consentir alguna vez en ellas.

Concédeme, Jesús mío, que ame tanto las cruces y aflicciones, que por amor a ti encuentre en ellas toda mi dicha, y pueda decir con tu santo apóstol: Estoy inundado de consuelo, rebose de gozo en todas mis tribulaciones (2 Cor. 7, 4).

Haz que comparta el grandísimo amor que tienes a tu divina Madre, para que, después de ti, ella sea el primer objeto de mi culto y de mi devoción ferviente.

Graba en mi corazón el odio que tienes al mundo, al que quiero detestar como a verdadero anticristo. Es siempre tu enemigo y te ha crucificado cruelmente.

¡Oh Dios de mi corazón!, concédeme que conserve siempre en mi alma, por amor a ti, íntegra caridad con mi prójimo. Esta es la norma suprema. Venga la paz sobre todos los sigan esta norma (Ga 6, 16).

Jaculatoria: ¡Oh Corazón de Jesús, ley y norma de nuestro corazón!

SEXTA MEDITACIÓN

JESÚS NOS DA SU CORAZÓN PARA QUE SEA NUESTRO CORAZÓN

Primer punto: El Corazón de Jesús nos es dado para que sea nuestro corazón.

El Hijo de Dios nos ha dado su Corazón no solamente para que sea modelo y norma de nuestra vida, sino también nuestro corazón. Quiere que, con este Corazón, inmenso, infinito y eterno podamos tributar a Dios todos los homenajes que le debemos, y cumplir las obligaciones que tenemos con su divina Majestad, de manera digna de sus infinitas perfecciones.

Cinco motivos muy grandes nos obligan con Dios:

1. Adorarlo en su grandeza divina.
2. Darle gracias por los inenarrables favores que hemos recibido y recibiremos siempre de su inefable bondad.
3. Satisfacer a su divina justicia por nuestros innumerables pecados y negligencias.
4. Amarlo por su incomprensible bondad.
5. Rogarle a fin de alcanzar de su divina liberalidad todo lo que nos es necesario, para el alma y para el cuerpo.

¿Pero cómo cumplir estos deberes de manera digna de Dios? Es imposible. Aunque fuesen nuestros todos los espíritus, los corazones y todo el poder de los



ángeles y de los hombres, y los empleásemos en adorar a Dios, en darle gracias, en amarlo dignamente y en satisfacer con perfección a su divina Justicia, esto nada sería al lado de nuestras infinitas deudas.

Pero tenemos una manera infinitamente infinita hacia nuestro bondadosísimo salvador. Es el habernos dado él un medio admirable de cumplir íntegra y perfectamente todas estas deudas. Nos dio su adorable Corazón, para que dispusiésemos de él como de un corazón nuestro, para adorar a Dios cuanto es adorable, para amarlo cuanto merece ser amado, y para cumplir todas nuestras obligaciones de manera digna de la majestad suprema.

Gracias eternas e infinitas, oh mi bondadosísimo Jesús, por el don infinitamente precioso de tu Corazón. Que los ángeles todos, que los santos todos, que las criaturas todas te bendigan eternamente por ese don.

Segundo punto: Uso que del Corazón divino hemos de hacer.

¡Qué dicha, qué gloria la nuestra tener tal Corazón! ¡Cuán ricos somos!

¡Qué tesoro poseemos! ¡Qué deudas con tu incomprendible bondad, salvador mío! Pides a tu Padre que no seamos sino una sola cosa con él y contigo, como él y tú no son sino un solo Dios, y quieres que tengamos con tu Padre adorable y contigo un solo corazón.

Quieres ser nuestra cabeza y que seamos tus miembros, que no tengamos contigo sino un solo corazón y un solo espíritu. Nos hiciste hijos de un mismo Padre cuyo hijo eres tú mismo; para eso nos has dado tu Corazón, de modo que en tu compañía amemos a tu Padre con un solo Corazón.

Nos aseguras que este mismo Padre nos ama con el mismo amor que te tiene (Jn. 17, 23), y que tú nos amas con el mismo Corazón con que te ama tu Padre (Jn. 15, 9). Nos das tu Corazón para que amemos a tu Padre y a ti con el mismo Corazón y el mismo amor con que tu Padre y tú nos aman, y para que nos sirvamos de ese gran Corazón, con el fin de tributarles nuestras adoraciones, alabanzas, y

acciones de gracias y demás homenajes que les debemos, de manera digna de su grandeza divina.

Y ¿qué hemos de hacer para servirnos de este gran Corazón que Dios nos ha dado, y cumplir así todas nuestras obligaciones?

Primero, cuando se trata de adorar a Dios, de alabarlo, darle gracias y amarlo, de practicar alguna virtud o hacer alguna obra para el divino servicio, ante todo hay que renunciar a nosotros mismos, a nuestro propio Corazón todo envenenado por el pecado y el amor propio. Segundo, darnos a Jesús para que nos una en lo que vamos a hacer a su divino Corazón, al amor, la caridad, la humildad y todas las santas disposiciones de ese mismo Corazón, para adorar, amar, glorificar y servir a Dios con el Corazón de un Dios.

¡Oh Salvador mío! Sírvete del poder de tu brazo para separarme de mí mismo y unirme a ti; para arrancarme este mezquino corazón y en su lugar poner el tuyo a fin de que pueda decir: Oh Señor mío, te alabaré y amaré con todo mi corazón (Sal11, 1), es decir, con todo el gran Corazón de Jesús, que es mi propio Corazón. ¡Oh, Corazón de mi salvador, amabilísimo y todo amor! Sé el corazón de mi corazón, el alma de mi alma, el espíritu de mi espíritu, la vida de mi vida, y el principio único de mis pensamientos, palabras y obras, de todo el uso de las facultades de mi alma y de todos mis sentidos interiores y exteriores.

Jaculatoria: ¡Oh Corazón mío, mi único Corazón, se encierra todo para mí!

SEPTIMA MEDITACIÓN

HUMILDAD PROFUNDÍSIMA DEL DIVINO CORAZÓN DE JESÚS

Primer punto: Baja estima que el Corazón de Jesús tenía de sí mismo

Tener gran estima y bajo aprecio de sí mismo, menospreciar y odiar el honor y la gloria del mundo y amar la abyección y la humillación, son los tres efectos de la verdadera humildad. Es ésta una virtud en la que hay infinidad de grados, porque tenemos infinitos motivos para humillarnos; entre los cuales he aquí tres principales: el primero es nuestra nada que es abismo sin fondo de abyección y humillación.

El segundo es la grandeza infinita de Dios; porque toda grandeza lleva consigo inferioridad en los que le son de inferior condición; y cuanto más se eleva, más y mayor humillación reclama de los que se encuentran por debajo de ella.

El tercer motivo de humillación son los pecados. el menor de ellos es abismo infinito de rebajamiento, pues Dios nos puede convertir justamente en la nada por el menor de nuestros pecados.

Nota: bien el primer efecto que la humillación debe obrar en nuestro corazón y que obró de manera prodigiosa en el Corazón de nuestro salvador: la baja estima de sí mismo. Porque en primer lugar su humanidad santa veía con toda claridad que habiendo salido de la nada, nada era y no tenía de sí misma sino nada. Segundo, la idea clarísima que continuamente tenía de la grandeza de Dios, la mantenía siempre en incomprensible abatimiento.



En tercer lugar, sabía muy bien que era hija de Adán, y que el pecado original es océano inmenso de pecados, toda vez que es el primer manantial de todos los pecados que han sido, serán y podrían ser cometidos en todo el mundo, aunque durase más de cien mil años. No ignoraba tampoco la humanidad santa de Jesús que de haber nacido de otro seno que no fuera el de la santísima e Inmaculada Virgen, y si no hubiera estado personalmente unida al Verbo eterno, o si no hubiera sido preservada por algún otro milagro del pecado original en el momento de su concepción, hubiera sido capaz, como los demás hijos de Adán, de todos los crímenes imaginables; esto la mantenía en indecible humillación. Además, se veía cargada con todos los pecados del mundo, como si hubieran sido sus propios pecados; hizo suyos todos nuestros pecados, nos dice san Agustín, y por consiguiente se veía obligada a soportar ante Dios la confusión de un número de crímenes mayor que las gotas de agua y los granos de arena en el mar.

Oh, Jesús, ¿quién me diera a conocer las humillaciones que has soportado para destruir mi orgullo? ¿Cómo es posible que mi corazón pueda soportar un solo momento este monstruo espantoso?

Segundo punto: Menosprecio del Corazón de Jesús de la gloria y estima del mundo.

Para conocer el segundo efecto de la humildad en el Corazón de nuestro redentor, veamos el apreciable menosprecio que hizo de la estima y de la gloria del mundo durante todo el curso de su vida en la tierra. Es el Hijo único de Dios, Dios como su Padre; es el rey de la gloria; es el monarca soberano de los cielos y la tierra que merece los homenajes y adoraciones de todas las criaturas. Si quisiera hacer brillar el menor rayo de su majestad, se prosternaría a sus pies todo el universo para adorarlo. No hace ostentación de sus grandezas, ni en su nacimiento, ni en todo el curso de su vida, ni siquiera después de su resurrección, ni en el santísimo Sacramento donde se encuentra glorioso e inmortal. Cuando los judíos quisieron aclamarlo por rey, huye y se esconde, y declara que su reino no es de este mundo. Hasta tal punto desprecia cuanto la tierra tiene de glorioso y deslumbrante. ¡Oh Jesús, imprime estos sentimientos en mi corazón y haz que juzgue la estimación y las alabanzas humanas como veneno del infierno!

Tercer punto: Amor del Corazón de Jesús a las humillaciones

Pon ante tus ojos todas las humillaciones, desprecios, anonadamientos, oprobios e ignominias que nuestro adorabilísimo salvador soportó en su encarnación, en su nacimiento, en su circuncisión, en su huida a Egipto y en todos los misterios de su pasión. Considera que todo eso es festín magnífico que su divino amor le ha preparado, que todas estas ignominias son exquisitos platos con que ha saciado y satisfecho el hambre que le devoraba, pues de ¿dónde procedía esa hambre insaciable sino del infinito amor que tenía a su Padre y nosotros? Amor que encendía en él el deseo increíble de ser humillado y anonadado para reparar la infinita injuria y el deshonor inconcebible que el pecador hace a Dios, pues en cuanto le es posible lo arranca de su trono y lo pone bajo sus pies; lo anonada, para ponerse él en su lugar, prefiriendo sus intereses a los intereses de Dios, sus satisfacciones a las satisfacciones de Dios, su honor a su gloria, sus voluntades a la suya; injuria infinitamente enorme y ultrajante que no puede ser reparada sino por los abatimientos de un Dios anonadado. He aquí por qué el amor incomprensible del Hijo de Dios a su Padre no sólo le obligó a sufrir tantas humillaciones, sino que además le llevó a abismarse en las ignominias, y a poner en ellas su gozo y sus delicias, para reparar con la mayor perfección el deshonor hecho a su Padre; y también para librarnos de las confusiones eternas del infierno, adquirirnos las glorias inmortales del cielo, destruir en nosotros el orgullo que es la fuente de todo pecado y fundarnos en la humildad que es el fundamento de todas las virtudes.

Gracias infinitas, Jesús mío, a tu santísima humildad y alabanzas inmortales a tu Padre eterno que te ha exaltado tanto como has sido humillado, y que te ha dado el nombre sobre todo nombre. ¡Ah! Que se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno para adorar y glorificar a mi Jesús y confiesen todas las lenguas que mi salvador está gozando de la gloria inmensa y eterna de su Padre.

Jaculatoria: Jesús, manso y humilde de Corazón, compadécete de nosotros.

OCTAVA MEDITACIÓN

EL CORAZÓN DE JESÚS ES EL REY DE LOS MÁRTIRES

Primer punto: Dolores causados al Corazón de Jesús por nuestros pecados.

Todos los sufrimientos de los santos mártires son poca cosa, o mejor, son nada, en comparación con los dolores infinitos del adorable Corazón del rey de los mártires. Cuenta si puedes todos los pecados del universo, cuyo número es incalculable, y habrás contado las agudísimas saetas que afligieron al divino Corazón del salvador con infinidad de heridas, tanto más dolorosas cuanto más amor tenía ese corazón sacratísimo a su eterno Padre, a quien veía infinitamente e infinitas veces ultrajado y deshonrado por ese ejército incontable de crímenes.

¡Oh salvador mío, detesto y aborrezco todos mis pecados! ¡Son detestables verdugos que martirizaron tu benignísimo Corazón!

Además, pon ante tus ojos el número casi infinito de miserables almas a quienes nuestro bondadosísimo salvador tenía un amor increíble y cuya pérdida desgraciada, por solo culpa de ellas, preveía, no obstante, lo que sufría por salvarlas. Esto causaba dolores increíbles a su Corazón infinitamente caritativo.

¡Oh almas desventuradas! ¿Por qué no tuvieron corazón para amar al que en cierto modo las amó más que a sí mismo, pues dio su vida y su sangre por su salvación?

¡Oh queridísimo Jesús mío, quién me diera todos los corazones de esos infortunados para amarte y alabarte por ellos eternamente!



Segundo punto: Dolores causados al Corazón de Jesús por los sufrimientos reservados a los mártires y a los cristianos.

Trae a la mente todos los dolores, aficciones, congojas, tribulaciones y suplicios de tantos millones de mártires y de todos los verdaderos cristianos que ha habido y habrá en la tierra, y sabrás que todos esos males han sido otras tantas heridas muy sangrientas para el Corazón de Jesús. Porque este benignísimo salvador, cuyo Corazón es tan sensible al dolor como los corazones más tiernos que se pueda imaginar, estuvo lleno de infinito amor a sus queridos hijos y vio todas sus cruces y aficciones. Como todas esas penas venían a dar en el bondadosísimo Corazón de Jesús como en su centro no hay mente que pueda comprender los dolorosísimos martirios que por este motivo hubo de padecer este paternal Corazón. Lo expresó así el profeta Isaías: En verdad que él mismo tomó sobre sí nuestras dolencias (Is. 53, 4), y lo dijo san Mateo: El mismo cargó con nuestras dolencias y tomó sobre sí nuestras enfermedades (Mt. 8, 17).

¡Oh, con cuánta razón se puede llamar a este Corazón el rey de los mártires y el centro de la cruz! ¡Oh, qué consuelo para los afligidos saber que todas sus penas pasaron por el benignísimo Corazón de Jesús y que él fue el primero que por amor a ellos las soportó! Démonos a él para sufrir todos nuestros contratiempos en unión del amor con que Cristo los sufrió primero.

Tercer punto: Dolores del Corazón de Jesús en la Cruz.

Todos estos sufrimientos del Corazón de Jesús son nada al lado de los que el divino Corazón del Señor padeció en la cruz. Fueron tan violentos que su Corazón se rompió de dolor y fue entonces cuando Jesús entregó su alma en las manos de su Padre. ¡Oh salvador mío!

¡Quién te hizo sufrir tantos tormentos que por ellos tu Corazón se rompió de dolor, sino el amor infinito que tienes a tu Padre y a nosotros? Puede decirse que moriste de amor y de dolor y que tu Corazón se rompió, y fue magullado y despedazado por el dolor y el amor de la gloria de tu Padre y el de nuestra redención. ¡Oh, ojalá tuviera todos los corazones del cielo y de la tierra para sacrificarlos en las llamas de vuestro amor! ¡Oh Padre santo! No puedes negar nada de cuanto se

OCTAVA MEDITACIÓN

EL CORAZÓN DE JESÚS ES EL REY DE LOS MÁRTIRES

te pide por el amable Corazón de tu Hijo muerto de amor y de dolor por amor a nosotros y a ti. Es imposible. Antes se acabarían los cielos y la tierra. Así, pues, Padre adorable, por ese divino Corazón muerto de amor y de dolor por mí, te suplico que tomes plena y absoluta posesión de mi corazón y que establezcas en él perfectamente y para siempre el reino del santísimo amor de Jesús y de María.

Jaculatoria: Víctima augusta del Calvario santo, rey de los mártires y centro de la cruz; que ella sea amor, triunfo y dicha sempiterna.

NOVENA MEDITACIÓN

EL CORAZÓN DE JESÚS ES EL CORAZÓN DE MARÍA

Primer punto: Amor mutuo de los sagrados Corazones de Jesús y de María.

Así como el Corazón virginal de la santísima Virgen Madre de Jesús tiene más amor que todos los ángeles y todos los santos juntos a su queridísimo Hijo, así también el Corazón divino del Hijo único de María está tan abrasado de amor a su amabilísima Madre y la ama más que a todas las criaturas juntas.

Ofrezcamos a Jesús el Corazón de su Santa Madre en reparación de todas las faltas que en su amor y servicio hemos cometido y ofrezcamos a su dignísima Madre, que es también nuestra, el Corazón y el amor de su Hijo en reparación de todas nuestras ingratitudes e infidelidades con ella.

Segundo punto: Las tres divinas Personas han dado el Corazón de Jesús a María y por intercesión de ella nos lo han dado a nosotros

Después de Dios, la sacratísima Virgen es el primer objeto del ardentísimo amor del Corazón de Jesús. Pero también el Corazón de Jesús es el Corazón de María por cinco razones principales:

Primero, porque el eterno Padre le ha dado a María el Corazón de Jesús. Segundo, porque el Hijo se lo ha dado también. Tercero, porque el Espíritu Santo se lo ha



dado igualmente. Y las tres divinas Personas se lo han dado continua y eternamente, y se lo han dado para, por su mediación, dárnoslo a nosotros.

Alabanzas infinitas al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo por el don infinitamente precioso que hicieron a nuestra divina Madre, y por ella a nosotros.

¡Oh Santísima Trinidad, te ofrezco y te doy el Corazón de mi Jesús y el Corazón de la santísima Madre de Jesús como acción de gracias por tu infinita bondad conmigo!

Te ofrezco también en unión de esos dos amables Corazones, mi muy indigno corazón y todos los corazones de mis hermanos y de mis hermanas con la súplica humildísima de que tomen plena y absoluta y eterna posesión de ellos.

Tercer punto: Otras razones por las cuales el Corazón de Jesús es el Corazón de María.

La cuarta razón, por la cual el Corazón de Jesús es el Corazón de María, es que el eterno Padre, desde el momento de la Inmaculada Concepción de la santísima Virgen, la consideró como la que él había escogido para asociarla a su divina paterinidad y constituirla Madre de su Hijo; y así, le comunicó, desde ese momento, el amor que él tiene a ese mismo Hijo, y en grado tan alto, que según varios teólogos, ella, desde ese instante, tuvo más amor a Jesús que el que eternamente le tendrán los más encumbrados serafines. Por eso este amor incomparable al Hijo de Dios atrajo desde entonces el amor y el Corazón de Jesús al seno y al Corazón virginal de María, donde ha permanecido siempre y donde permanecerá eternamente como el Corazón de su Corazón y como sol divino que derramó en su espíritu torrentes de luces celestiales y abrasó su Corazón de inefable manera con ardores divinos. Por esto hay que alabar y bendecir al Corazón de Jesús eternamente.

La quinta razón por la cual el Corazón de Jesús es el Corazón de María es porque ella, en el momento de la encarnación, cooperó con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo en la formación del Corazón humano de ese mismo Jesús.

Jesús fue formado de la sangre purísima de María. De esa sangre que pasó por el corazón virginal de nuestra Señora. Allí esa sangre recibió la perfección requerida para formar el Corazón de un Hombre Dios. Y ese corazón humano- divino y divino-humano permaneció nueve meses 1745 en las entrañas sagradas de esa Virgen incomparable, a la manera de un horno de amor divino.

Ese horno sagrado encendió otro de amor a Jesús en el Corazón de su santísima Madre. Horno tan ardiente que transformó el Corazón de María en el Corazón de Jesús e hizo de esos dos corazones uno solo, por unidad de espíritu, de afecto y voluntad. De suerte que el Corazón de la Madre siempre estuvo íntimamente unido al Corazón del Hijo, para querer todo lo que él quiso, para dar su asentimiento a todo lo que él hizo y a todo lo que sufrió para salvarnos. Por eso dicen los santos Padres que la Madre del Salvador cooperó con él en forma particularísima en la gran obra de nuestra redención.

El adorable redentor, hablando a santa Brígida, cuyas revelaciones están aprobadas por la Iglesia, le dijo que él y su santísima Madre habían trabajado unánimemente con un solo corazón, en la salvación del género humano.

Así, pues, el Corazón de Jesús es el Corazón de María, y ambos Corazones no son sino uno solo; y por donación que nos hicieron el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo y nuestra divina Madre, ese único Corazón también es nuestro para que como hijos de Jesús y de María tengamos el mismo Corazón que su Padre y su Madre, y para que amemos y glorifiquemos a Dios con ellos, con un mismo Corazón, Corazón digno de la grandeza infinita de la majestad divina.

Jaculatoria: ¡Oh Corazón de Jesús y de María, Corazón mío amantísimo!

SEGUNDA SERIE

PRIMERA MEDITACIÓN

LA SANTÍSIMA TRINIDAD VIVE Y REINA EN EL CORAZÓN DE JESÚS

Primer punto: El Padre eterno vive en el Corazón de Jesús.

Considera que el Padre eterno está en este Corazón admirable, haciendo nacer en él a su Hijo amadísimo y haciéndolo en él vivir de la misma vida santísima y divina de que goza en el cielo en su seno adorable por toda la eternidad. Imprime en él sin cesar una imagen cada día más exacta de su divina paternidad para que este Corazón humanamente divino y divinamente humano sea el Padre de todos los corazones de los hijos de Dios. Por tanto, nuestros corazones lo han de mirar, honrar y amar como a Padre amabilísimo y han de esforzarse por grabar en ellos una perfecta semejanza de su vida y de sus virtudes.

¡Oh, buen Jesús!, graba tú mismo en nuestros corazones la imagen del tuyo y haz que no vivan sino por amor a tu Padre y que muramos de amor a ti, así como tú has muerto por amor a tu Padre celestial.

Segundo punto: El Verbo Divino vive y reina en el Corazón de Jesús.

Considera que el Verbo eterno está en este Corazón divino y lo une a sí mismo con el vínculo más íntimo que es posible imaginar cómo es el de la unión hipostática. Ella hace a este mismo Corazón adorable con el mismo género de adoración que se debe a Dios; está en él, si se nos permite la palabra, de un modo casi más



ventajoso que el que tiene en el seno y en el Corazón de su Padre porque en el Corazón y en el seno del Padre Eterno está vivo, mas no reina, y en cambio, vive y reina en el Corazón del Hombre-Dios, en el que ejerce su reinado absoluto sobre todas las pasiones humanas, (que tienen su sede en dicho órgano), y tan absoluto es su dominio que sin su licencia o mandato no pueden ejercer actividad alguna.

Considera que el Espíritu Santo también vive y reina de una manera inefable en el Corazón de Jesús; en él guarda los tesoros infinitos de la ciencia y de la sabiduría de Dios; y lo colma en grado sumo de todos los dones de su largueza, según estas divinas palabras: Y sobre él descansó el Espíritu del Señor, Espíritu de sabiduría e inteligencia, de consejo y fortaleza, de ciencia y piedad, y lo llenó el Espíritu del temor de Dios (Is. 11, 2-3).

Considera que el Verbo eterno está en este Corazón divino y lo une a sí mismo con el vínculo más íntimo que es posible imaginar cómo es el de la unión hipostática. Ella hace a este mismo Corazón adorable con el mismo género de adoración que se debe a Dios; está en él, si se nos permite la palabra, de un modo casi más ventajoso que el que tiene en el seno y en el Corazón de su Padre, porque en el Corazón y en el seno del Padre Eterno está vivo, mas no reina, y en cambio, vive y reina en el Corazón del Hombre-Dios, en el que ejerce su reinado absoluto sobre todas las pasiones humanas, (que tienen su sede en dicho órgano), y tan absoluto es su dominio que sin su licencia o mandato no pueden ejercer actividad alguna.

¡Oh Jesús, rey de mi corazón, vive y reina en mis pasiones; únelas a las tuyas y no permitas que haga uso alguno de ellas sino conforme a tus mandatos y deseos y por los intereses de tu gloria!

Tercer punto: El Espíritu Santo vive y reina en el Corazón de Jesús.

Considera que el Espíritu Santo también vive y reina de una manera inefable en el Corazón de Jesús; en él guarda los tesoros infinitos de la ciencia y de la sabiduría de Dios y lo colma en grado sumo de todos los dones de su largueza, según estas divinas palabras: Y sobre él descansó el Espíritu del Señor, Espíritu de sabiduría e

inteligencia, de consejo y fortaleza, de ciencia y piedad, y lo llenó el Espíritu del temor de Dios (Is. 11, 2-3).

Considera que estas tres divinas Personas viven y reinan en el Corazón del salvador, como en el más sublime trono de su amor, en el primer cielo de su gloria, en el paraíso de sus gratas delicias y derraman en él, con profusión y abundancia inexplicables, claridades admirables y océanos vastísimos de gracia, torrentes de fuego y hogueras inextinguibles de su eterno amor.

¡Oh santísima Trinidad! Alabanzas infinitas te sean dadas eternamente por todos los milagros de amor que obras en el Corazón de mi Jesús. Te ofrezco el mío, con el de todos mis hermanos y te suplico rendidamente que tomes entera posesión de ellos, que aniquiles en ellos cuanto te desagrada y establezcas en todos el reino de tu amor soberano.

Jaculatoria: ¡Oh Trinidad sacrosanta, vida eterna de los corazones, reina en el corazón de todos os hombres!

SEGUNDA MEDITACIÓN

EL CORAZÓN DE JESÚS ES EL SANTUARIO Y LA IMAGEN DE LAS PERFECCIONES DIVINAS

Primer punto: Las perfecciones de Dios viven y reinan en el Corazón de Jesús.

Adoremos y contemplemos todas las perfecciones de la esencia divina, que viven y reinan en el Corazón de Jesús. Son la eternidad, la inmensidad, el amor, la caridad, la justicia, la misericordia, la omnipotencia, la fuerza, la inmortalidad, la sabiduría, la bondad, la gloria, la felicidad, la paciencia, la santidad y, en suma, los atributos todos de Dios.

Adoremos estas divinas perfecciones en los efectos admirables de toda índole que operan en este Corazón maravilloso; de corazón démosle gracias, ofreciéndole todas las adoraciones, gloria y amor que le han sido y que le serán tributados por este mismo Corazón por toda la eternidad.

Segundo punto: Las perfecciones divinas imprimen su imagen en el Corazón de Jesús.

Consideremos que estas adorables perfecciones han grabado su imagen y semejanza en este Corazón divino de modo infinitamente más excelente que lo expresado o imaginado por todos los espíritus humanos y angélicos. En sí lleva impresa la imagen de la eternidad, por el desprendimiento perfecto que ha sentido siempre por lo temporal y caduco y por su afecto infinito por todo



lo divino y eterno; ¡profundamente impresa tiene la imagen de la inmortalidad por el amor infinito que! siente por su Padre, cuya inmensidad llena los cielos, la tierra y el infierno mismo. Si queremos atentamente contemplar este Corazón incomparable notaremos con facilidad que lleva en sí viva semejanza de todas las perfecciones divinas.

¡Oh Corazón admirable de Jesús!, te ofrecemos nuestros corazones participación de esta divina semejanza, a fin de que se cumpla en nosotros esta orden del divino Maestro: Sean perfectos, como lo es su Padre Celestial (Mt 5, 48).

Punto tercero: Devoción especial a la divina misericordia.

Entre las divinas perfecciones cuya semejanza lleva en sí el divino Corazón de nuestro salvador, debemos sentir especial devoción hacia la misericordia divina y esforzarnos por grabar su imagen en nuestro corazón. Para lograrlo hay que dar tres pasos:

El primero, perdonar de todo corazón y olvidar prontamente las ofensas recibidas de nuestro prójimo. El segundo, compadecer las miserias corporales de nuestros semejantes y tratar de aliviarlas consolando al que sufre. El tercero, compartir las miserias espirituales de nuestros hermanos. Esto es más importante que lo anterior; para ello hemos de apiadarnos de las almas desgraciadas que no tienen piedad de sí mismas, y valernos de nuestras oraciones, buenos consejos y ejemplos para preservarlas de las penas del infierno.

¡Oh benignísimo Corazón de Jesús, imprime en nuestros corazones una imagen perfecta de tus grandes misericordias, a fin de que demos cumplimiento a tu divino mandato: Sean misericordiosos a imitación de su Padre celestial! (Lc. 6, 36).

Jaculatoria: ¡Santo Dios, santo fuerte, santo inmortal, apiádate de nosotros!

TERCERA MEDITACIÓN

EL CORAZÓN DE JESÚS ES EL TEMPLO, EL ALTAR Y EL INCENSARIO DEL AMOR DIVINO

Primer punto: El Corazón de Jesús es templo del amor divino.

El amor increado y eterno, el Espíritu Santo, fabricó este templo magnífico, construyéndolo con la sangre virginal de María, la Madre del amor. Fue consagrado y santificado por el soberano pontífice y por la unción de la divinidad; está dedicado al amor eterno; es infinitamente más santo que todos los templos materiales y espirituales habidos y por haber en el cielo y en la tierra, y es también mil veces más digno y venerable que ellos. En este templo Dios recibe adoraciones, alabanzas y glorificación dignas de su grandeza infinita. En este templo el soberano predicador nos anuncia la verdad sin cesar. Es templo eterno, que nunca se acabará. Es el centro de la santidad, que no puede ser profanado está adornado de todas las virtudes cristianas en el más perfecto grado y de todas las perfecciones divinas.

Regocijémonos a la vista de todas las bellezas de este templo maravilloso y de todas las alabanzas que en él se tributan a la divina majestad.



Segundo punto: El Corazón de Jesús es el altar del amor Divino.

El Corazón de Jesús no es sólo el templo sino también el altar del amor divino. Sobre este altar, noche y día brilla el fuego sagrado de este mismo amor sobre este altar el soberano sacerdote Jesús ofrece sin cesar varias clases de sacrificios a la santísima Trinidad.

En efecto, primeramente, se ofrece y se sacrifica a sí mismo como víctima de amor, como la más santa y más preciosa víctima habida y por haber; se sacrifica enteramente, inmolando su cuerpo, su alma, su sangre, toda su vida, todos sus pensamientos, palabras y acciones; hace este sacrificio total a perpetuidad con amor infinito.

Segundo, sacrifica cuanto su Padre le ha dado, es decir todas las criaturas racionales e irracionales, sensibles e insensibles, animadas e inanimadas. Las inmola en sacrificio de alabanzas a su Padre; más sacrifica también a los hombres, tanto buenos como malos, así réprobos como predestinados. A los buenos los sacrifica, como víctimas de amor a la divina bondad; sacrifica a los perversos, como víctimas de la ira de Dios a su terrible justicia. Así este soberano sacerdote sacrifica a la gloria de su Padre todo cuanto existe en el altar de su Corazón. Por esto con toda verdad puede decir: Alegre lo sacrificué todo (1 Cr. 19, 17).

Ofrezcámonos a Él y supliquémosle nos inscriba en la lista de las víctimas de su amor, que nos consuma enteramente en los fuegos divinos que sin cesar arden sobre el altar de su Corazón.

Tercer punto: El Corazón de Jesús es el incensario del amor divino.

El divino Corazón de Jesús no es sólo el templo y el altar, sino también el incensario del divino amor. De este incensario de oro se habla en el capítulo octavo del Apocalipsis, que san Agustín aplica al amable Corazón de Jesús. En este incensario todas las adoraciones, alabanzas, oraciones, deseos y afectos de todos los santos son puestos para ser ofrecidos a Dios en el Corazón de su amadísimo Hijo, como

perfume de grato olor a su divina Majestad. Procuremos depositar también en él todos nuestros ruegos, nuestros deseos y nuestras devociones; los piadosos afectos del corazón, nuestros corazones mismos con todo cuanto hacemos y somos, suplicando al rey de los corazones que purifique y santifique todo y que como incienso de suave olor lo ofrezca a su Padre.

Así el Corazón sagrado de nuestro Jesús es el templo, el altar, el incensario, el sacerdote y la víctima del divino amor. Y es todo esto por nosotros y por nosotros ejerce las funciones de estas divinas calidades. ¡Oh amor! ¡Oh salvador mío! ¡Cuán excesivas y asombrosas son tus bondades conmigo!

¡Qué respeto y alabanza debo rendir a tu amabilísimo Corazón! ¡Oh benignísimo Corazón de Jesús, sea yo todo corazón y todo amor para ti! Que los corazones todos del cielo y de la tierra sean inmolados a tu alabanza y gloria.

Jaculatoria: Gloria ti, sacerdote de los corazones; gloria a ti, víctima igual a Dios, templo de Dios dignísimo y ara sacratísima.

CUARTA MEDITACIÓN

CON AMOR INMENSO Y ETERNO NOS AMA EL CORAZÓN DE JESÚS

Primer punto: Con amor eterno nos ama el Corazón de Jesús.

El divino Corazón de Jesús está lleno de amor eterno a nosotros. Para comprenderlo bien, hemos de saber que hay dos elementos constitutivos de la eternidad.

En primer término, no tiene principio ni tendrá fin y en segundo lugar, comprende todo tiempo pasado, presente y futuro en forma estable y permanente. Reúne todos estos tiempos en un solo espacio y punto indivisible e inmóvil.

Precisamente en esto radica su diferencia con el tiempo, que corre sin descanso, de suerte que, el momento que llega empuja al que le precedió y así sucesivamente, sin que jamás puedan dos instantes fundirse en uno solo. Por el contrario, en la eternidad todo es permanente, estable, inmóvil e inmutable.

Esta es la razón de que el amor eterno del Corazón de Jesús comprenda dos puntos. El primer radica en que este Corazón incomparable nos ha amado desde toda la eternidad, antes de que existiéramos y de que hubiéramos podido conocerlo y amarlo; no obstante, y aun sabiendo que lo habríamos de ofender, pues tenía presentes nuestros pecados aun antes de cometidos por su ciencia infinita, nos amó con eterno amor: Me amó con amor eterno. El segundo es que en cada instante nos ama con todo el amor con que nos ha amado y nos amará en todos los instantes que pudiéramos suponer en la eternidad. Y en esto estriba la gran diferencia que existe entre nuestro amor y el divino. En efecto, el amor nuestro es una acción pasajera, en cambio, el de Dios no es de la misma naturaleza, ya



que el amor que nos ha tenido, supongamos desde hace cien mil años, permanece aún en su Corazón acrecentado con el que nos profesará dentro de otros cien mil años, pues la eternidad hace que en Dios no haya ni pasado ni porvenir, sino que todo sea presente y actual. De tal suerte, Dios nos ama ahora con todo el amor que nos ha tenido desde toda su eternidad y con el que por toda la eternidad nos ha de seguir amando.

¡Oh eternidad! ¡Oh eternidad de amor! ¡Oh amor eterno! Si yo hubiera existido desde toda la eternidad, desde entonces hubiera debido amarte; no sé, empero, si aun ahora he principiado a amarte en debida forma. Al menos que comience a hacerlo desde ahora, ¡oh salvador mío! Y que principie a hacerlo como tú me lo pides. ¡Oh Dios de mi corazón!, me doy a ti para unirme al amor que me profesas desde toda la eternidad, a fin de amarte con el mismo amor. Me entrego igualmente a ti para unirme al amor con que tu Padre te ama, y al amor con el cual tú lo amas desde antes del principio del tiempo, a fin de amar al Padre y al Hijo con amor eterno, como lo mereces.

Segundo punto: El Corazón de Jesús nos ama con amor inmenso

El amable Corazón de nuestro Jesús nos ama inmensamente, pues el amor divino e increado que tiene, no siendo otra cosa que Dios mismo, y Dios siendo inmenso, tal amor es por lo mismo inmenso. Dios está en todas partes, en todo lugar y en toda cosa y su amor, por tanto, participa de los mismos caracteres; de suerte que, el Corazón de Jesús no nos ama sólo en el cielo o en cualquier otro lugar, sino que nos ama en el cielo y en la tierra, en el sol y las estrellas, y en todo lo creado. Nos ama en los corazones de todos los habitantes del cielo y de cuantos, sientan por nosotros algo de caridad en la tierra, pues toda caridad que hay en los corazones del cielo y de la tierra no es sino una participación del amor del Corazón de Jesús a nosotros. Y voy más lejos, pues no temo afirmar que nos ama aun en el corazón de nuestros enemigos, a pesar del odio que por nosotros puedan experimentar; más aún, me atrevería a asegurar que nos ama en el infierno mismo con el corazón de los demonios y de los réprobos, no obstante, la rabia que abriguen contra nosotros, pues este divino amor está por doquier y llena, como el mismo Dios, la tierra y los cielos y hasta los infiernos.

CUARTA MEDITACIÓN

CON AMOR INMENSO Y ETERNO NOS AMA EL CORAZÓN DE JESÚS

¡Oh amor inmenso!, me pierdo y me abismo en las llamas y ardores que llenan todo ser creado, para amar a mi Dios y a mi salvador en todo lugar y en toda criatura. ¡Oh Jesús! te ofrezco todo el amor inmenso de tu Corazón adorable, y el del Corazón de tu Padre junto con el del Corazón de tu amantísima Madre, y con el de todos los corazones que te aman en el cielo y en la tierra y deseo ardientemente que todas las criaturas del universo se conviertan en una sola hoguera gigantesca de amor a ti.

Jaculatoria: ¡Tarde te amé, oh bondad tan antigua y tan nueva, tarde te amé!

QUINTA MEDITACIÓN

EL CORAZÓN DE JESÚS ES EL PRINCIPIO DE LA VIDA DEL HOMBRE-DIOS, DE LA VIDA DE LA MADRE DE DIOS Y DE LA DE LOS HIJOS DE DIOS

Primer punto: El Corazón de Jesús, principio de la vida del Hombre-Dios.

El Corazón adorable de nuestro salvador es el principio de la vida del Hombre-Dios, y por tanto lo es de todos los pensamientos y afectos que el Hijo de Dios ha tenido en este mundo por nuestra salvación, de todas las palabras que ha dicho y de todas las acciones que ejecutó, de cuantos sufrimientos soportó y del amor incomparable con que lo realizó todo. A tu amable Corazón, pues, ¡oh Jesús! Te estamos infinitamente obligados. ¿Qué podremos hacer por ti para demostrarte nuestra gratitud? Nada más grato que ofrecerte este divino Corazón. Te lo ofrezco ¡oh salvador! en unión del amor infinito con que ejecutaste tan grandes maravillas por nuestra redención.

Segundo punto: El Corazón de Jesús, principio de la vida de la Madre de Dios.

Consideremos que el Corazón de Jesús es el principio de la vida de la Madre de Dios, pues mientras esta Madre admirable llevaba a su Hijo amantísimo en sus benditas entrañas, siendo su Corazón virginal el principio de la vida corporal de



su niño, el Corazón de este adorable infante era a su vez el principio de la vida espiritual de su Madre dignísima; por lo tanto, el Corazón deífico del Hijo único de María era el principio de todo piadoso pensamiento y afecto de su querida Madre, de todas las palabras que ella decía, de cuantas buenas acciones ejecutaba, de todas las virtudes que la adornaban y de cuantas penas y dolores generosamente sufría para cooperar con su Hijo a la obra de nuestra salvación.

Alabanzas eternas, Jesús mío, sean dadas a tu divino Corazón. ¡Oh! te ofrezco también, redentor mío, en gratitud por las grandezas que tu Corazón de Hijo ha obrado en tu gloriosa Madre, te ofrezco, repito, su Corazón maternal totalmente abrasado de amor a ti.

Tercer punto: El Corazón de Jesús, principio de la vida de los hijos de Dios.

Consideremos que el Corazón de Jesús es el principio de la vida de todos los hijos de Dios, pues siendo el principio de la vida de la cabeza, lo es también de la de sus miembros, ya que es el principio de la vida del Padre y de la Madre, y por lo mismo es el principio de la vida de los hijos. Es la razón por la que hemos de mirar y honrar este Corazón bondadoso como principio y origen de todos los buenos pensamientos de todo cristiano, de toda palabra santa que profieran sus labios, de toda acción piadosa que ejecute, de toda virtud que practique y de todos los trabajos que cristiana y santamente sufra por amor a Dios.

¡Oh Salvador mío! que todo esto se convierta en un himno de alabanza inmortal a tu divino Corazón. ¡Oh Jesús, puesto que me has dado este mismo corazón para ser el principio de mi vida, haz, te lo ruego, que sea también el principio único de todos mis sentimientos y afectos, de todas las funciones de las facultades de mi alma, de mi espíritu, y el corazón de mi corazón!

Jaculatoria: ¡Oh Corazón de Jesús, principio de todo bien, a ti alabanza, a ti gloria por toda la eternidad!

SEXTA MEDITACIÓN

TRES SON LOS CORAZONES DE JESÚS, QUE SIN EMBARGO NO FORMAN SINO UNO SOLO

Primer punto: Debemos adorar tres Corazones en nuestro Salvador, los cuales, con todo, no constituyen sino uno solo, por la estrecha relación que los une.

El primero es su Corazón Divino que desde toda eternidad ha tenido en el seno de su Padre, y que no es sino el Corazón y el amor de su propio Padre y que juntos, constituyen el principio del Espíritu Santo. Por esta razón, cuando nos dio su Corazón, nos dio al mismo tiempo el de su Padre y el de su Divino Espíritu. De donde, aquellas palabras maravillosas: Os amo con el mismo amor y con el mismo Corazón con que mi Padre me ama a mí mismo (Jn. 15, 9).

Mi Padre me ama con un amor eterno, inmenso e infinito y del mismo modo os amo yo; mi Padre me hace ser lo que soy, es decir, Dios, como él, e Hijo de Dios, y así yo los hago a ustedes, por gracia y participación, ser lo mismo que yo, por naturaleza y esencia, es decir, Dioses e hijos de Dios, y que, por consiguiente, no tengan sino el mismo Padre que tengo yo, y un Padre que os ama con el mismo amor y con el mismo Corazón con que a mí me ama: Los amaste como me amaste a mí. Mi Padre me ha constituido heredero universal de todos sus bienes»: Lo hizo su heredero universal, y yo los constituyo, a mi vez, coherederos míos: Herederos y coherederos de Cristo; yo les prometo hacerlos entrar en posesión de todos mis tesoros: Lo pondrá sobre todo lo suyo; mi Padre finca en mí todas sus delicias y complacencias, y yo en vosotros pongo mis delicias y mi cabal felicidad: Mis delicias consisten en estar con los hijos de los hombres (Jn. 17, 23; Heb. 1, 2; Rom. 8, 17; Mt. 24,47 y Prov. 8,319).



¡Oh bondad!, ¡Oh amor!, ¡Oh Dios de amor!, ¿Cómo será posible que los corazones de los hombres permanezcan fríos y helados frente a ti, que eres todo amor y fuego hacia ellos?

¡Oh! ¡que todo mi gozo y mis delicias todas consistan en pensar en ti, en hablar de ti, en servirte y amarte! ¡Oh mi todo! Que yo sea enteramente para ti y que tú seas el único dueño de todo cuanto en mí o fuera de mí me pertenezca.

Segundo punto: El Corazón espiritual de Jesús.

El segundo Corazón de Jesús es su Corazón espiritual, que es la voluntad de su alma santa, la cual es una facultad puramente espiritual, cuyo objeto es amar lo que es amable y aborrecer lo que es aborrecible. Mas este divino Salvador de tal manera sacrificó su voluntad humana a su Padre, que jamás se gobernó por ella mientras vivió en la tierra, jamás ciertamente la seguirá tampoco en el cielo, sino que siempre cumplirá estas palabras suyas: No busco mi voluntad, sino la de quien me ha enviado; he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad sino la del me mandó (Jn. 5, 30; 6,38).

Ahora bien, precisamente por amor a nosotros este amable Jesús renunció a su voluntad propia, para llevar a cabo la obra de nuestra salvación, de acuerdo con la voluntad de su Padre, especialmente cuando habló con El en el Monte de los Olivos en esta forma: ¡Oh Padre mío! que no se haga mi voluntad, sino la tuya.

¡Oh Dios de mi corazón!, si por mi amor sacrificaste una voluntad tan santa y divina, cuánto más he de renunciar yo a la mía tan depravada y corrompida ¡Oh! haz que de todo corazón y para siempre renuncie a ella ¡humildemente te suplico, oh mi adorable redentor! que aplastes en mí esa serpiente llena de veneno que es mi propio querer, para que la reemplaces con tu voluntad santa y adorable.

Tercer punto: El Corazón corporal de Jesús.

El tercer Corazón de Jesús es el santísimo Corazón de su cuerpo deificado, que es hoguera de amor divino y de amor indecible hacia nosotros. Porque este Corazón

sagrado, hipostáticamente unido a la persona del Verbo, está abrasado en las llamas de su amor infinito a nosotros; amor tan ardiente que le impele a llevarnos siempre en su propio Corazón y a tener de continuo sus ojos fijos en nosotros, para preocuparse en tal forma de nosotros y de nuestras necesidades que llega, según él mismo nos lo asegura, hasta contar los cabellos de nuestra cabeza, para no permitir que perdamos uno solo; amor que lo obliga a pedir a su Padre que nos dé su propio regazo por morada: Padre mío, quiero que los que me has dado estén conmigo donde yo esté (Jn. 17, 24); amor que lo mueve a asegurarnos que, si vencemos los enemigos de su gloria y de nuestra salvación, nos hará sentar en su compañía y en su propio trono, dándonos la posesión del mismo reino y de la misma gloria que su Padre le ha dado.

¡Oh, qué excesos de amor estos de Jesús por hombres tan ingratos y pérfidos como nosotros! ¡Oh Jesús! amor de mi corazón, o que no viva yo más, o que viva sólo para amarte, alabarte y glorificarte sin descanso; muera yo mil veces antes que hacer algo que te disguste.

Tienes, Jesús, tres corazones que no forman sino uno y lo empleas en amarme sin cesar. ¡Oh, ojalá tuviera yo todos los corazones del mundo para consumirlos en tu santo amor!

Jaculatoria: Te amo, ¡oh amantísimo Jesús!, te amo, bondad infinita, te amo con todo mi corazón y más y más te quiero amar.

SÉPTIMA MEDITACIÓN

LOS MILAGROS DEL CORAZÓN DE JESÚS

Primer punto: Milagros del Corazón de Jesús en el mundo de la naturaleza.

Contempla el mundo natural, este gran universo que encierra tantas maravillas: los cielos, el sol, la luna, los astros en general; los cuatro elementos de los que el aire está poblado de tan gran variedad de aves; la tierra cubierta de tantas especies de animales, de árboles, de plantas, de flores, de frutos, de metales y de piedras preciosas; y el mar repleto de multitud tan prodigiosa de peces. A esto añadamos las criaturas racionales, los hombres y los ángeles; considerémoslos en el estado natural de su creación. ¡Qué milagro tan maravilloso haber hecho todo esto de la nada! No es solamente un milagro sino un mundo infinito de milagros: cuenta todas las criaturas que Dios ha hecho, y enumerarás otros tantos milagros realizados por la divinidad al sacarlas del abismo de la nada; cuenta todos los momentos transcurridos desde la creación del mundo; en cada uno de ellos han sido creados, puesto que la conservación es una creación prolongada; y contarás también otros tantos milagros, sin hablar de otra infinidad de maravillas que han sido, son y serán constantemente realizadas en el gobierno del universo.

Ahora bien, ¿quién es el autor de tan incontables prodigios? Es la bondad inconcebible y el amor inefable del divino Corazón de este Verbo adorado, de quien san Juan Evangelista nos habla en estas primeras palabras de su evangelio: En el principio era el Verbo y el Verbo era Dios, y todo fue hecho por él. Por amor al hombre hizo todos los seres, a pesar de haber previsto todas las ingratitudes, ofensas y ultrajes infinitos que de él habría de recibir.



Todas las criaturas son otras tantas lenguas y voces que nos predicán sin cesar la caridad inefable de su benignísimo Corazón, y nos exhortan a adorar, amar y glorificar según nuestra capacidad a tan insigne bienhechor. El cielo y la tierra, dice san Agustín, y todo cuanto encierran, no se cansan de gritarme que ame a Dios.

Segundo punto: Milagros del Corazón de Jesús en el mundo de la gracia.

Figúrate el mundo de la gracia que encierra infinidad de maravillas que sobrepujan sin parangón las del mundo de la naturaleza, pues contiene todos los portentos de santidad que han sido operados en la tierra por el Santo de los santos; todas las maravillas realizadas en la Madre de la Gracia, en María santísima; toda la santa Iglesia militante; todos los Sacramentos, tesoros de gracia inefable con todos los efectos maravillosos que de ellos se derivan; todos los prodigios de la divina gracia realizados y por realizar en la existencia de todos los santos que han sido y que serán hasta el fin de los tiempos. Ahora bien, ¿cuál es la fuente de todas estas maravillas? ¿No es acaso la caridad inenarrable del bondadosísimo Corazón de Jesús, que ha establecido y que conserva este mundo prodigioso de la gracia en la tierra por amor a los hombres? ¡Oh mi buen Jesús!, que todos estos portentos de vuestro Corazón amabilísimo, y que todas las potencias de vuestra divinidad y de vuestra humanidad no se cansen de bendeciros por siempre. (Dn. 3, 61).

Tercer punto: Milagros del Corazón de Jesús en el mundo de la gloria.

Eleva tu espíritu y tu corazón al cielo, para contemplar el mundo de la gloria, es decir, esta bella, inmensa y gloriosa ciudad en la que todos sus moradores están libres de penas y colmados de infinidad de bienes. Mira esta falange innumerable de bienaventurados, que nadie puede contar, más resplandecientes que el sol, llenos de riquezas inestimables, de gozos indecibles y de gloria imponderable.

Considera los goces inefables que te esperan en la Jerusalén celestial, pues el Espíritu Santo nos declara que jamás ojo humano vio, ni oído alguno oyó, ni corazón de hombre comprendió, ni comprender podrá jamás, los tesoros infinitos

que Dios reserva a los que lo aman. Ahora bien, ¿quién ha hecho el cielo, y quién es el autor de cuantas maravillas encierra, sino el amor ardentísimo del amable Corazón del Hijo de Dios, que lo creó con su potencia infinita, que nos lo mereció con su sangre y que lo colmó de un océano inmenso de delicias inenarrables, para dárnoslo por toda la eternidad como morada segura e imperecedera?

¡Oh, mi Salvador!, acepta, te suplico, que te ofrezca en acción de gracias todas las glorias, todas las grandezas y todas las maravillas del paraíso.

¡Oh, si yo poseyera cien mil paraísos, gustosísimo, mediante vuestra gracia, me despojaría de ellos, para sacrificároslos en eterno holocausto de adoración y alabanza!

Jaculatoria: Celebren al Señor sus misericordias y sus maravillas con los hombres».

OCTAVA MEDITACIÓN

EL CORAZÓN DE JESÚS ES HOGUERA DE AMOR QUE PURIFICA, ILUMINA, SANTIFICA, TRANSFORMA Y DEIFICA LOS CORAZONES

Primer punto: El Corazón de Jesús es hoguera de amor a los hombres.

El amabilísimo Corazón de Jesús es hoguera de amor ardentísimo hacia nosotros: hoguera de amor que purifica, de amor que ilumina, de amor que santifica, de amor que transforma y de amor que deifica. De amor que purifica, porque es un horno en el que los corazones de los santos se purificaron más que el oro en el crisol ardiente. De amor que ilumina porque disipa las tinieblas del infierno que cubren la tierra, para hacernos vislumbrar las luces esplendorosas del cielo: Nos llamó de las tinieblas a su luz esplendorosa (1 Pe. 2, 9). De amor que santifica, que destruye el pecado en nuestras almas, para establecer en ellas el reino de la gracia. De amor que transforma, que transforma las serpientes en palomas, los lobos en corderos, las fieras en ángeles, los hijos del demonio en hijos de Dios, los hijos de cólera y de maldición en hijos de gracia y de bendición. De amor que deifica, que hace de los hombres dioses, haciéndolos participar de la santidad de Dios, de su misericordia, de su paciencia, de su bondad, de su amor, de su caridad y de sus demás divinas perfecciones: Partícipes de la naturaleza divina (2 Pe 1, 4).

¡Oh divino amor de mi Jesús!, me doy totalmente a ti. Purifícame, ilumíname, santifícame, transfórmame todo en ti, a fin de que sea todo amor para mi Dios.



Segundo punto: La hoguera del Corazón de Jesús extiende su acción a todos los seres.

El Corazón de Jesús es hoguera de amor que derrama sus llamas y fulgores hacia todas partes y en todas direcciones, en el cielo, en la tierra y por todo el universo; fuegos y llamas que abrasan los corazones de los serafines y que derretirían todos los corazones de la tierra si el hielo pavoroso del pecado no lo impidiera.

Estos fuegos divinos transforman todos los corazones de los que aman en el cielo, en otras tantas hogueras de amor al que es todo amor hacia ellos.

Todas las criaturas que existen en la tierra, aún las insensibles, las inanimadas y las irracionales, resienten los efectos de las bondades inefables de este Corazón magnánimo y magnífico, pues él ama todo lo que existe y no aborrece nada de cuanto ha hecho (Sab. 11, 25) y por lo mismo no odia sino el pecado que ciertamente no es obra suya.

Profesa, con todo, amor especial y extraordinario a los hombres, tanto buenos como malos, amigos como enemigos. Precisamente por los malos, los perversos, los pecadores abraza caridad tan ardiente que todos los torrentes y diluvios de las aguas de sus pecados sin cuento no pueden extinguir (Ct 8, 7). Prueba de ello es que no pasa un momento sin que deje de hacerles toda clase de favores y de beneficios, naturales y sobrenaturales, corporales y espirituales, aún en el punto y hora en que estos no piensan sino en ofenderle y ultrajarle con nuevos y más graves pecados.

Estas divinas llamas del bondadosísimo Corazón de Jesús alcanzan aún las tenebrosas profundidades del infierno, derramándose incluso sobre los demonios y los réprobos, al conservarles su existencia, la vida y las perfecciones naturales con que los adornó en el momento de su creación. Se abstiene de castigarlos según la gravedad de las ofensas que le irrogaron con sus pecados; por ellos ciertamente la divina Justicia bien pudiera castigarlos con un rigor mayor del que con ellos emplea: Y no hay quién pueda escapar al influjo de sus ardores (Sal. 19, 7).

¡Oh fuegos y llamas sagradas del Corazón adorable de mi Salvador! Derrámate sobre mí y sobre mi corazón y sobre los corazones de todos mis hermanos, transformándolos en otras tantas hogueras de amor a mi amabilísimo Jesús.

Tercer punto: Ardor admirable del amor del Corazón de Jesús.

Imagínate que toda la caridad, todos los afectos, ternuras y delicadezas que ha habido, hay y habrá, y que pudieran existir en todos los corazones que la omnipotente mano de Dios pudiera formar, llegaran a fundirse en un solo corazón suficientemente grande como para poderlos contener, ¿todo ello no sería capaz de constituir una hoguera inimaginable? Pues bien, haz de saber que todos los fuegos y llamas de esta hoguera no alcanzarían a ser sino una chispita insignificante del inmenso amor a nosotros que devora al amabilísimo Corazón de Jesús.

¡Oh hoguera incomparable! ¿Quién me diera la gracia de sumergirme en esta hoguera ardiente e inextinguible? ¡Oh Madre de Jesús! ¡Oh ángeles, oh santos y santas de Jesús!, me entrego a todos y a cada uno de ustedes en particular; y entrego también a todos mis hermanos y hermanas, y a todos los habitantes de toda la tierra, a fin de que nos arrojen en lo más ardiente y hondo de esta hoguera celestial! ¡Auxilio, auxilio, auxilio! ¡Oh hoguera inmensa y anhelada! ¡Es una brizna insignificante que te pide muy humildemente y con muchísima urgencia el favor de ser sumergida, abismada, consumida, devorada y aniquilada por los ardores de tu todopoderosa acción devoradora!

Jaculatoria: ¡Oh fuego que siempre ardes y nunca te extingues; oh amor que siempre hierves y nunca te enfrías, enciéndeme enteramente para que enteramente te ame!

CONCLUSIÓN DE ESTA OBRA

ELEVACIÓN A LA SANTÍSIMA VIRGEN PARA AGRADECERLE, ENCOMENDARLE LA CONGREGACIÓN DE JESÚS Y MARÍA Y PEDIRLE BUENA Y SANTA MUERTE

Oh, excelsa y admirable María, emperatriz augusta del universo, muy santa y digna Madre de mi Dios, aquí me tienes prostrado a tus pies para pedirte muy humildemente perdón por haber tenido la audacia de escribir esta pequeña obra sobre las perfecciones inefables y excelencias incompresibles de tu Corazón admirable. ¿Qué es, en efecto, este divino Corazón sino un abismo impenetrable de gracia y santidad, cúmulo inmenso de maravillas incomparables? ¿Y quién soy yo sino un minúsculo átomo, abismo de pequeñez y tinieblas, y la nada de las nada? ¿No es asombrosa temeridad de un gusanillo de tierra como soy, tener la osadía de levantar mis ojos al cielo para contemplar el primerísimo, muy digno y esplendoroso objeto del amor infinito de las tres Personas adorables de la santa Trinidad?

¿Pero cómo cerrar los oídos a tantos millones de voces que me gritan de continuo que sería monstruosa ingratitud no rendir el homenaje que debo a mi soberana princesa por tantos favores que he recibido y recibo sin cesar de las bondades inconcebibles de que su Corazón generoso está colmado para el último de todos los hombres?



Y, primeramente, ¿no es cierto, oh divina virgen, que después de Dios te debo respetar y honrar como a mi verdadera Madre, a la que debo mi nacimiento, mi ser y mi vida? Sin ti estaría todavía en la nada de donde jamás habría de salir. Estoy por tanto tan obligado contigo como hay de deberes y ventajas vinculados al ser y a la vida de una criatura razonable y cristiana.

En segundo lugar, oh Madre de bondad, te debo el haberme hecho nacer de un padre y una madre que se esmeraron tanto en educarme en el temor de Dios y en el espíritu del cristianismo, por el buen ejemplo de su vida y de sus santas enseñanzas.

Cómo debo agradecerte el haberles inspirado ponerme bajo la disciplina y guía de la santa Compañía de Jesús, en la ciudad de Caen y de haberme admitido en tu santa congregación, verdadera escuela de virtud y piedad, bajo la dirección de la misma Compañía. Es este, oh Madre de gracia, uno de los mayores favores que Dios me ha concedido por tu mediación.

Consigno otro favor muy particular. Para librarme de un peligro evidente en que estaba de perderme, me comprometiste en la Congregación de Jesús y María, que tú y tu Hijo amadísimo han establecido en la santa Iglesia para dos grandes fines, muy importantes y muy útiles a la misma Iglesia: dedicarse a las funciones de los seminarios eclesiásticos y a los ejercicios de las misiones. Por este medio, Dios me concedió la gracia, oh Madre de misericordia, de trabajar sin descanso durante cerca de cuarenta años en las funciones de los mismos seminarios, y cerca de sesenta años en los ejercicios de las misiones con bendiciones muy abundantes que la divina bondad derramó sobre mi modesto trabajo por tus manos sagradas, pues los santos nos aseguran que no desciende ninguna gracia del cielo a la tierra que no pase por esas benditas manos.

Me faltan las palabras que puedan expresar la excelencia infinita del favor incompresible que me hiciste al darnos a mis hermanos y a mí el Corazón adorable de tu amadísimo Hijo, con el tuyo amabilísimo, para ser el Corazón, la vida y la regla viviente de nuestra Congregación.

No me es posible omitir el grandísimo favor con que el soberano sacerdote, tu Hijo único y mi salvador, quiso honrarme por tu mediación, cuando me asoció

a su divino sacerdocio. Esta es una gracia en cierto modo infinita que encierra infinidad de otras, como el poder consagrar en el santo altar su Cuerpo adorable y su Sangre preciosa; el poder de ofrecerlos a Dios en sacrificio como él mismo se ofreció en el calvario; el poder de conculcar todos los pecados de la tierra y del infierno si existen en un alma: el poder de atar y desatar, de absolver y condenar, y de reconciliar a los pecadores con Dios, de abrir el cielo y cerrar el infierno; el poder de anunciar el santo evangelio y de predicar la divina palabra, y de llevar la luz admirable de la fe por todo el universo; el poder finalmente de conferir a los cristianos los divinos sacramentos de la Iglesia que son fuente inagotable de las gracias que nuestro redentor nos adquirió con su sangre preciosa.

No menciono las luces que tuviste a bien concederme para dar término a esta obra, y otras que la precedieron. En ellas todo lo bueno que hay procede del Padre de las luces y de esta admirable estrella que nos alumbró al sol eterno.

¿Qué diré de infinidad de beneficios que he recibido de la liberalidad de mi Dios por tu intercesión, oh Madre admirable? ¿Cuántos pecados he cometido que tú me has perdonado? ¿Cuántos otros hubieran podido cometer si no me hubieras preservado?

¿Cuántas veces me he visto en el borde de los infiernos con peligro evidente de caer en ellos si tu mano bondadosísima no me hubiera rescatado?

¿En cuántas ocasiones el león rugiente del infierno, que hace ronda incansable por doquier, para devorar las almas rescatadas con la preciosa sangre de tu Hijo, se hubiera tragado y devorado la mía, si la caridad admirable de tu Corazón no se hubiera opuesto?

Sin ti, mi queridísima y buena Madre, ¿en qué desgraciada situación no me encontraría hoy? Estaría quizás en los hornos ardientes del infierno de donde jamás saldría.

¡Oh qué raudales de bondad! ¡Qué exceso de misericordia! ¡Oh cuánta incomprendible gratitud tengo frente a la caridad increíble de tu muy benigno Corazón! ¡Oh qué gracias inmensas, gracias infinitas, gracias eternas! ¡Oh, que todos los



espíritus, todas las lenguas y todos los corazones del cielo y de la tierra te alaben, te glorifiquen, y te amen eternamente en mi lugar!

Pero la gracia suprema, el favor soberano son la gran multitud de cruces que mi muy adorable Crucificado me ha dado, con tu favor. Por ello sea alabado y glorificado eternamente.

Todas estas gracias, sin hablar de un millón de otras, son otras tantas voces que me gritan continuamente el respeto, veneración y reconocimiento que debo tener a tu Corazón augusto. Me asiste infinita razón para decir lo que san Crisóstomo dijo del corazón de san Pablo: es para mí fuente de número infinito de bienes. Sí, sí, el muy bueno y bondadoso Corazón de la Madre de mi Jesús es para mí fuente inmensa de toda suerte de bienes, de gracias y de favores inconcebibles. Lo quiero proclamar en voz alta y por doquier. Esto me obliga igualmente a terminar esta modesta obra con la que me propongo entusiasmar y animar, a quienes se den la pena de leerla, a bendecir, alabar y glorificar conmigo este dignísimo Corazón como al más santo, noble, generoso, regio, magnífico y amable de todos los corazones, después del Corazón adorable de Jesús.

Finalmente, mi muy buena Madre, he recibido tantos favores de tu Corazón maternal, que puedo afirmar con que superan el número de cabellos de mi cabeza.

Tengo todavía dos favores que quiero pedirte. Serán el colmo de todos los demás. Lo hago porque tengo grandísima confianza en la caridad sin par de tu Corazón admirable, y mi indignidad infinita no impedirá que tú me concedas esos dos favores.

El primero es que sea de tu agrado que yo te dé, María, mi amadísima madre, mejor, ponga entre tus manos la pequeña Congregación de Jesús y María. Quisiste dármele por un exceso de tu inexplicable bondad. Tú sabes que te la he ofrecido, dado y consagrado, cientos de veces en mi vida. Usa del soberano poder que Jesús te ha dado para tomar plena, absoluta y eterna posesión de ella. Y tú misma entrégala por entero a tu Hijo, Jesucristo. Ruégale que destruya en ella cuanto le disgusta y que establezca en ella el reino de su santo amor y de su adorable voluntad. Que la colme de su divino Espíritu, que la haga humilde, obediente, caritativa, pura y llena de celo por la gloria del Padre Dios. Que le infunda odio al

pecado, amor a la cruz, renuncia a cuanto no es de tu agrado. Que se desapegue del mundo y lo menosprecie. Que la proteja, la sostenga y la defienda de toda adversidad. Que atraiga a ella numerosos obreros evangélicos que se entreguen a formar muchos sacerdotes santos, y pastores denodados, y a trabajar eficazmente en la salvación de las almas mediante los ejercicios de las misiones. En fin, que la haga del todo conforme a su Corazón, y que cumpla en ella todos los designios de su bondad, cueste lo que cueste, que nos anonade antes de permitir que por nuestros pecados pongamos obstáculos a su querer.

Te ofrezco igualmente, oh sacratísima adre de Dios a todos los fundadores, bienhechores y amigos de esta pequeña Congregación. Te suplico muy humildemente conservarlos, bendecirlos y santificarlos. Ponlos en el rango de los hijos de tu Corazón y hazles sentir los efectos de esta santa oración que por ellos repetimos varias veces al día: Dígnate, Señor, retribuir con la vida eterna a todos los que, por tu nombre, nos hacen beneficios. Amén. ¡Oh Señor, da, por favor, por el amor de tu santo nombre, la vida a todos nuestros amigos y bienhechores!

El segundo favor que te pido, oh Madre de bondad, es que me mires siempre como verdadero hijo de la bondad inefable de tu santísimo Corazón, aunque sea infinitamente indigno de serlo. No es ilusión ni imaginación sino verdad real y constante que me diste el nacimiento y la vida por milagro seguro e indudable, como consecuencia del voto que mi padre y mi madre, que estaban sin hijos y no podían tenerlos, hicieron a Dios para obtener esta gracia por tu intercesión. Cumplido el deseo objeto de este voto, me llevaron todavía en el vientre de mi madre a un santuario dedicado a tu Nombre bajo el título de Nuestra Señora de la Recouvrance, para agradecerte el favor que les habías hecho. Me ofrecieron y consagraron a mi creador y a la que por su mediación me habían dado el ser. Mírame entonces y considérame, amabilísima Madre, como fruto e hijo de la caridad maravillosa de tu sagrado Corazón y no permitas que desdiga de tan santo y noble nacimiento. Imprime en mi corazón y en mi vida la imagen y semejanza de las santas virtudes que reinan en el Corazón y en la vida de mi divina Madre. De ellas, por desgracia, soy infinitamente indigno. Pero sobre todo te suplico, por todas las misericordias de tu benignísimo Corazón, que me obtengas de su divina clemencia perdón entero y remisión general de mis innumerables pecados ofensas y negligencias. Asísteme y protégeme con bondad extraordinaria en el último de mis días y en mi hora postrera.



Por desdicha, tú lo sabes bien, oh Madre de gracia, la debilidad y la miseria humana es tan grande que no existe hombre en el mundo que, luego de haber combatido a lo largo de ochenta y cien años contra los poderes infernales, no sea capaz finalmente de sucumbir y perderse en la última hora de su vida. Apíadate de mí, Madre bondadosa, Tú, mi máxima confianza, tú, total fundamento de mi esperanza, (san Bernardo), después de Dios. No toleres que los enemigos de mi salvación prevalezcan sobre tu pequeño. Que nunca el enemigo diga: lo vencí (Sal 13, 5). Que, por tu poderosa intercesión, todo lo que me resta de vida sea total y únicamente consagrado a la gloria de mi salvador y al honor de mi divina Madre. Que todos mis pensamientos, palabras y obras, mis respiraciones y latidos de mi corazón y de mis venas, todas las funciones de las facultades de mi alma y todos los usos de mis sentidos interiores y exteriores sean ejercicio perpetuo de alabanza y amor a mi muy adorable Jesús y a su amabilísima Madre.

Oh, mi muy buena Madre, alcánzame de Dios que yo muera con la muerte de los justos y mi fin sea como el de ellos (Nm. 23, 10). Que muera, quiero decir, con la muerte del rey y de la reina de los justos que son Jesús y María. Con la muerte de los que dice el Espíritu Santo: Dichosos los muertos que mueren en el Señor (Ap. 14, 13). Que muera en las santas disposiciones interiores y exteriores en las cuales todos ellos murieron.

Que yo muera con la fe de todos los santos mártires, con entera confianza en la misericordia inmensa de mi redentor y en la bondad sin par de su divina Madre, que es también la mía y en caridad perfecta hacia mi prójimo.

Que yo muera en el espíritu y en los sentimientos de humillación, contrición y penitencia que mi salvador tuvo por mis pecados durante su pasión y en su muerte.

Que yo muera con estas divinas palabras en el corazón y en los labios: JESÚS, MARÍA. Que las pronuncie unido a todo el amor que hubo, hay y habrá en los corazones que aman a Jesús y María.

Que yo muera en el amor, por el amor y para el amor de mi Jesús, que mi último suspiro sea un acto de muy puro amor, mediante el cual me ofrezco, me sacrifico a

mí mismo a mi Dios, en unión del mismo amor con el que mi redentor se ofreció y se inmoló en la cruz por amor de mí.

Finalmente, con todo mi corazón, te doy mi alma, oh Madre de amor, en unión del mismo amor por el que mi salvador te dio la suya en el momento de su encarnación. Consérvala, te ruego, como algo enteramente tuyo, recíbela en tus sagradas manos, cuando salga de mi cuerpo; alójala en tu Corazón maternal, preséntala y entrégala a tu muy amado Hijo para que le dé un puesto en el rango de las que lo bendecirán y amarán eternamente, contigo, con todos los ángeles y todos sus santos por toda la dichosa eternidad: Oh piadosa, o dulce Virgen María, vida, dulzura y mí amadísima esperanza.

LETANÍAS

EN HONOR DEL MUY ADORABLE CORAZÓN DE JESÚS PARA LA VÍSPERA, EL DÍA Y LA OCTAVA Y LA FIESTA DEL DIVINO CORAZÓN

Señor, ten piedad – Cristo, ten piedad – Señor, ten piedad
Jesús, óyenos – Jesús, escúchanos

Dios Padre celestial, ten piedad de nosotros Dios
Hijo Redentor del mundo, ten piedad de nosotros
Dios Espíritu Santo, ten piedad de nosotros
Trinidad santa, un solo Dios, ten piedad de nosotros
Corazón divinísimo de Jesús, ten piedad de nosotros,
Corazón amantísimo,
Corazón amantísimo,
Corazón pacientísimo,
Corazón humildísimo,
Corazón misericordiosísimo,
Corazón fidelísimo,
Corazón del eterno Padre,
Origen del Espíritu Santo,
Plenitud de la divinidad,
Santuario de la Trinidad,
Trono de la divina voluntad,
Corazón de la Virgen Madre,
Corazón adorable,



Corazón amable,
Corazón admirable,
Corazón incomparable,
Hoguera de amor,
Milagro de santidad,
Norma de la paciencia,
Espejo de obediencia,
Ejemplar de las virtudes,
Fuente de todas las gracias,
Herido de amor,
Destrozado de dolor,
Traspasado por la lanza,
Templo de caridad,
Altar de amor,
Sacerdote de los corazones,
Incensario de oro,
Holocausto eterno,
Cáliz embriagante,
Néctar deificante,
Consuelo de los afligidos,
Refugio de los pecadores,
Guardián de las almas,
Raptor de corazones,
Paz nuestra amadísima,
Esperanza nuestra dulcísima,
Gozo de nuestro corazón,
Corazón amadísimo de nuestro
Corazón, Tesoro de nuestro corazón,
Paraíso e nuestro corazón,
Vida de nuestro corazón,
Rey de nuestro corazón,

Muéstrate propicio con nosotros, ten piedad de nosotros,
Muéstrate propicio con nosotros, perdónanos,
Jesús, Muéstrate propicio con nosotros, escúchanos,

LETANÍAS

EN HONOR DEL MUY ADORABLE CORAZÓN DE JESÚS PARA LA VÍSPERA,
EL DÍA Y LA OCTAVA Y LA FIESTA DEL DIVINO CORAZÓN

Jesús, De todo pecado, líbranos, Señor
De la soberbia de la vida,
Del amor desordenado,
De la ceguera del corazón
Del descuido de tus inspiraciones,
De la muerte eterna,

Por su amantísimo Corazón, escúchanos, Jesús,
Por su máxima aversión al pecado, escúchanos, Jesús,
Por su infinito amor al Padre eterno, escúchanos, Jesús,
Por su tiernísimo amor a su Madre santísima, escúchanos, Jesús
Por su hondo amor a la cruz,
Por sus muy acerbos dolores
Por su Corazón destrozado de dolor y de amor
Por sus goces eternos

Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, perdónanos Jesús
Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, escúchanos Jesús
Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, ten piedad de nosotros

Jesús, óyenos – Jesús escúchanos.

OREMOS

Oh Dios, que por tu inmensa caridad, al hacernos miembros de tu Unigénito, quisiste que tuviéramos un corazón con nuestra Cabeza y nuestro Padre, concédenos, te rogamos, que, encendidos en el fuego de tu amor y en la llama de la caridad del Corazón amantísimo de Jesús, cumplamos en todo tu voluntad con decidido corazón, y anhelando lo que es recto, merezcamos recibir lo que deseamos. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo.

HIMNOS

EN HONOR DEL DIVINO CORAZÓN DE JESÚS

***E**xiste en latín el texto original de san Juan Eudes. Él mismo hizo una traducción en verso que conserva fundamentalmente el contenido de los himnos latinos. Hacemos traducción del texto francés. Nota del traductor.*

Para las primeras vísperas
Gran Jesús, Hijo único del Padre,
Corazón de su corazón y del Corazón virginal,
que toda mente cante con corazón ferviente,
los amores santos de tu Corazón de rey.

Corazón, todo fuego para Dios y para la Madre,
todo fuego para nosotros,
todo llama y todo ardor solo tú amas dignamente al Padre,
sé tú solo nuestra alma y nuestro corazón.

Este Corazón la divina amante,
herida en su Corazón, con dardo de amor hirió,
Corazón que bajo dolor intenso estalló al morir,
traspasado con hierro hiriente.

Corazón santísimo, víctima dolorosa,
rey de los mártires, corazón del dolor,
concédeme que la cruz, tu íntimo amor,
sea mi amor, mi gloria y mi dicha.



Hiere los corazones con tus dardos seráficos.
Corazón lacerado de amor y dolor,
embriáganos de delicias angélicas
y del néctar del amable salvador.

Corazón de llamas santas,
holocausto adorable, Corazón,
felicidad inmortal de los mortales,
fuente inagotable de
hontanares celestes, salvación eterna del universo.

Vengan mortales, vengan ávidamente,
a este Corazón bueno del redentor del mundo.
Es hogar encendido que por tierra y por mares,
difunde sus llamas sin pausa, sin límites.

Contemplo este Corazón colmado de llamas, abierto a nosotros:
arrojemos en él los corazones.
Sí, lo quiero, perdamos corazones y almas, en este brasero
y muramos consumidos en él.

Dios de amor y ternura inenarrable,
Dios de mi corazón, todo Corazón y caridad,
vive y reina por siempre jamás en
nuestro corazón, Trinidad adorable. Amén.

Himno para maitines

Verbo encarnado, anunciado en los oráculos,
permítenos proclamar tus grandezas;
que en todas las lenguas se canten los portentos de tu Corazón,
Monarca de los corazones.

Oh, Corazón del Padre y del Hijo juntamente,
hoguera fecunda del amor eterno,
en ti es unidad total la Trinidad santa,
en ti se juntan el cielo y la tierra.

Santo de los santos, sagrario privilegiado,
arca viviente donde el amor eterno,
conserva celoso sus divinos misterios,
que son tesoros de la tierra y
del cielo.

Corazón real, mi herencia y mi gloria,
mi único sostén, mi gozo y mis delicias,
mi divino fuego, mi dueño y mi Padre,
mi adalid, mi todo, mi espíritu y mi corazón.

¡Cuánta bondad, Dios mío, qué maravilla! Nos amas
con todo tu Corazón. Y para que te amemos de igual
manera nos regalas ese mismo Corazón.
¡Oh cuánto amor, Jesús y María!

Los dos nos obsequian su gran Corazón.
Si así lo deseo, puedo tener una sola vida,
un espíritu, un Corazón con Jesús y María.

Mi anhelo, Corazón de fuego llameante,
haz que arda en tus llamas.
¡Oh mar de amor, por quien desfallezco de amor,
que tus torrentes inunden todos los corazones!

¡Oh mi gran Corazón, mi salvación y mi vida,
tesoro mío amadísimo, objeto único de mis deseos!,
Corazón de Jesús y de María, todo amor,
en ti encuentro todo cuanto anhelo.



¡Oh, Dios de amor, bondad inenarrable!,
Dios de mi corazón, todo Corazón y caridad,
vive y reina por siempre
en todos los corazones, Trinidad amable. Amén.

Himno para laudes

¿A quién debemos amar y venerar
que no seas tú, Corazón de un Dios?
El Padre santo, omnipotente y sabio.
¿No lo ama él más que a todos los corazones?

¡Oh Corazón, amor de la Madre admirable!,
paraíso del Padre todopoderoso,
gloria incomparable del tres veces santo,
Corazón que es todo amor, jamás vencido.

Recuerda, Salvador bondadosísimo,
ese amor magnífico y regio,
que sacándote del regazo de tu Padre
te alojó para mí en el seno virginal.

Queden atrás la noche y las ilusiones mundanas,
mi querido amor y mi soberano bien,
solo en Jesús me encuentro seguro;
mi gran todo, fuera de ti nada quiero.

Escucha, Dios mío, el gemido de los que sufren
bajo el poder de fuerzas infernales.
Tu sangre derramada por esas ovejas perdidas,
rompa sus cadenas humillantes.

Terribles amarguras sufrió por todos tu Corazón santo.
No permitas que tantos martirios de Corazón tan bueno
queden infructuosos.

Dulcísimo salvador que cautivas las almas,
llévatelas contigo, arrebátalas;
devora en tus divinas llamas todo el universo,
y en tu Corazón sean transformadas.

Corazón amable, verdadero Corazón de María,
que en ti nuestros corazones vivan de amor,
que, en tu seno, fuente de nuestra vida,
muramos para ti y por amor.

Dios de amor, ternura inenarrable
Dios de mi corazón, eres todo amor y caridad,
en ti nuestros corazones, amable Trinidad,
vive y reina por siempre jamás. Amén.

Himno para las segundas vísperas

Cantemos entusiastas y alegres
las maravillas del rey de los corazones,
cantemos por doquier su bondad generosa,
con gratitud recibamos sus dones.

Corazón, dignísima víctima del Altísimo,
sacrificador de los corazones que aman,
altar dorado, santo y sublime,
templo lleno de gloria y amor para Dios.

Templo divino do se inmolan las almas en altar que arde noche y día,
toma y sumerge todo en tus llamas,
inmola todo en el fuego de tu ardiente amor.

Corazón de fuego, hoguera dichosa,
donde todos los santos encuentran su dicha,
no permitas que en nosotros algo te ofenda,
consume todo en tus santos ardores.



Está patente este Corazón, esta hoguera,
vamos, corramos hacia esos fuegos de amor,
traigamos, arrojemos nuestros corazones en esas ascuas,
este Corazón vive de corazones ardientes.

Aquí tienes corazones que te adoran,
divino Corazón. arrójalos en tus llamas, enciéndelos,
que tus fuegos devoren corazones, cuerpos, tierra y cielo.

Admiremos tan copiosas maravillas
de este Corazón grande, monarca celestial;
adoremos sus bondades sin par,
no calle nunca el canto de sus grandezas.

Jesús mío, hoguera seráfica,
día y noche sumérgelo todo en sus llamas.
Calcínanos, oh llama deífica,
que seamos mártires de su santo amor.

Dios de amor, ternura inenarrable,
Dios de mi corazón, todo Corazón y caridad,
en nuestros corazones, Trinidad amable,
vive y reina por siempre jamás. Amén.

SECUENCIA

De la misa del divino Corazón de Jesús

Alegres y exultantes entonemos
los encomios del Corazón de Jesús.
Este es el día sacrosanto
En que alabamos las entrañas del Padre.

HIMNOS

EN HONOR DEL DIVINO CORAZÓN DE JESÚS

Todos los corazones amen
el Corazón amable del salvador,
fuente de miel y de amor.
Toda lengua cante el Corazón dichoso
del sumo rey, Corazón y vida de la nueva alianza.

Sea plena la alabanza,
sea inmensa, sea perenne, ardiente en el corazón.
El universo entero lo alabe y lo cante;
entusiasta lo adore y ame,
con todo el vigor de su cuerpo y su alma.

Labios, manos y sentidos vigorosos,
ferviente la fe y puro el amor,
celebren este Corazón divino.

Encendidos en llamas santas,
pregonen los corazones las palabras y las obras de este Corazón.
Corazón admirable del redentor,
tú unes la tierra a los cielos, espejo de unidad.

Trono dignísimo de la Trinidad,
plenitud de la Deidad, milagro de amor.
Evangelio de amor, incendio de corazón puro,
infinita gloria de Dios.

Néctar celestial que das vida,
maná edificante del Corazón,
amor y felicidad.

Refugio sagrado del clero,
guía benigno de los corazones
encamina nuestros afectos.

Fuente de piedad eterna,
hoguera ardiente de caridad,
devora en tus llamas los corazones.



Dorada mansión del amor,
torre llameante de los que aman,
ley luminosa de nuestra congregación,
manantial perenne de gracia.

Corazón, tesoro de santidad,
abismo de humildad,
trono de la divina voluntad,
morada de la misericordia.

Paraíso de los santos,
consuelo de los afligidos,
Paz y salvación del pecador,
Corazón hecho todo para todos.

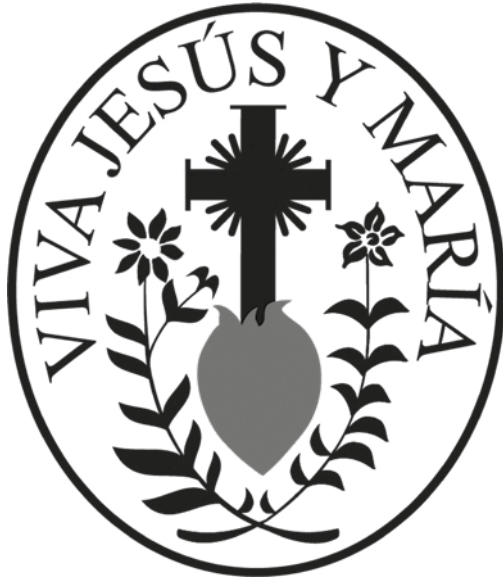
Oh, Jesús, raptor de corazones,
Que arde en amor de las almas,
tu Corazón seduzca mentes y corazones.

Oh Corazón, bondad suprema,
liberalidad sin límites, Caridad infinita,
felicidad verdadera del corazón,
Sé Corazón de quienes te suplican.

Haz, Jesús, que sigamos las huellas
de la caridad ardiente de tu Corazón,
de su divina piedad, y de su santidad altísima.

Trinidad beatísima,
caridad del Corazón de Jesús,
sea inmensa la misericordia,
inmensas sus gracias.

Sea para ti eterna gloria.
Y digan todos
Amén, Alleluia.



El Divino Corazón de Jesús es una obra escrita por San Juan Eudes, cuyo anhelo y deseo es sumergir al pueblo de Dios en la profunda experiencia del amor de Dios. El padre Eudes dedicó en sus escritos una particular atención en mostrar el Corazón de Jesús bajo la imagen de una hoguera de amor que abrasa la vida de toda persona.

El tema del Corazón de Jesús siempre fue un asunto importante en la vida y la misión de san Juan Eudes, razón por la cual fue llamado “padre, doctor y apóstol del culto litúrgico a los corazones de Jesús y de María”, según los términos de San Pío X en el día de su beatificación y que luego fueron retomados en el momento de su canonización.

Sin lugar a duda, esta obra es un tesoro que se nos ha sido confiado y que nos corresponde hacerlo fructificar para nuestro tiempo.

ISBN: 978-958-763-479-2



9 789587 163479 2



CONGREGACIÓN DE JESÚS Y MARÍA
PROVINCIA EUDISTA MINUTO DE DIOS

